
Comprar
UN MARIDO
ITALIANO
SERIE ITALIANOS INDOMABLES 01
LADY BLACKWOOD

Comprar UN MARIDO ITALIANO

SERIE ITALIANOS INDOMABLES 01

LADY BLACKWOOD

Copyright © 2025 – LADY BLACKWOOD
COMPRA UN MARIDO ITALIANO

1ª edición | Creado en Brasil
Edición digital

Autora: LADY BLACKWOOD
Revisión: @luanarevisora y Thalita Borjes
Diagramación: @js_diagramacaoebanner
Ilustraciones: @ilustradoradesenharte y @julio_drawn_arts
Portada: @designerttenorio

QUEDA PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTA OBRA, DE CUALQUIER FORMA O POR CUALQUIER MEDIO ELECTRÓNICO O MECÁNICO, INCLUYENDO PROCESOS XEROGRÁFICOS Y EL USO DE INTERNET, SIN LA AUTORIZACIÓN EXPRESA DE LA AUTORA (LEY 9.610 DE 19/02/1998).
ESTA ES UNA OBRA DE FICCIÓN. LOS NOMBRES, PERSONAJES, LUGARES Y SUCESOS DESCRITOS SON PRODUCTO DE LA IMAGINACIÓN DE LA AUTORA. CUALQUIER SEMEJANZA CON ACONTECIMIENTOS REALES ES PURA COINCIDENCIA. TODOS LOS DERECHOS DE ESTA EDICIÓN ESTÁN RESERVADOS POR LA AUTORA.



ÍNDICE

Nota de la Autora
Avisos
Sinopsis
Dedicatória
Prólogo
Capítulo 01
Capítulo 02
Capítulo 03
Capítulo 04
Capítulo 05
Capítulo 06
Capítulo 07
Capítulo 08
Capítulo 09
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Agradecimentos



NOTA DE LA AUTORA

Querido(a) lector(a),

Espero que disfrutes de esta historia tanto como yo disfruté al escribirla. "Se compra un marido italiano" es una novela con mucha ternura, clichés y escenas ardientes que te dejarán sin aliento. Ettore y Lily arrasan con todo a su paso sin importarles nada, y debo confesar que me deleité al contar su historia.

Lily es una joven dulce y sin ambiciones. Desde la infancia, mientras padecía una terrible enfermedad, se enamoró de su vecino, un joven bondadoso que supo ver mucho más allá de la frágil apariencia que ella mostraba. Lo que nunca imaginó fue que esa pasión platónica la llevaría a los brazos del hombre que tanto deseaba. Pero, ¿cuál será su reacción al descubrir que el marido italiano con el que siempre soñó y al que colocó en un pedestal… le fue entregado como un regalo?



AVISOS

Este libro, aunque es ligero, contiene algunas escenas que pueden generar cierta incomodidad y descripciones inapropiadas para menores de 18 años.

- BROTES EMOCIONALES;
- ANSIEDAD;
- CONSUMO DE ALCOHOL;
- SEXO CON DESCRIPCIÓN EXPLÍCITA;
- DUELO;
- BULLYING.



SINOPSIS

Lily Bellini es tan pura como una pintura italiana. En su infancia, se enamoró platónicamente de su apuesto vecino italiano: Ettore Vacchyano. En secreto sabía que él jamás la notaría, sin embargo, el destino encontró una manera extraña y deliciosa de cambiar su camino.

Cuando menos lo espera, su apuesto vecino aparece en su casa y le pide matrimonio. Lo que Lily no imagina es que, detrás de esa inusual propuesta, él fue "comprado" y entregado a ella como un regalo.

Él la odia y la hará pagar por ello.

Ella ama a su nuevo marido y caerá rendida ante su encanto seductor.

¿Será capaz Lily de domar el hielo del desprecio que, con frecuencia, ve en sus ojos? ¿O tendrá que marcharse cargando dos secretos que, cuando salgan a la luz, cambiarán su destino para siempre?



DEDICATÓRIA

A ti, lector(a), que amas un buen cliché. Que este pueda transportarte al más dulce mundo de los sueños.

"Los encuentros más importantes ya fueron acordados por las almas antes incluso de que los cuerpos se vean…" Paulo Coelho



PRÓLOGO

LILY BELLINI

Querido diario, quiero empezar el día anotando lo feliz que estoy por haber cumplido una etapa más de mi vida, por haber logrado hacer realidad el sueño de graduarme en Literatura Inglesa y demostrar que, sí, a pesar de todas las incertidumbres que enfrento a diario, soy capaz. Aunque, debido a mi salud frágil, algunos dudaron de que lo conseguiría, lo logré.

La mayor parte del curso fue a distancia, pero, de cualquier manera, eso no habría cambiado nada para mí, porque me siento como un animalito acorralado y fuera de lugar entre la gente; siempre me miran con lástima o con desdén.

Pero, claro, no quiero ser ingrata. Evidentemente me siento inmensamente feliz, pese a todos los desafíos que tuve que afrontar durante el curso. No fue fácil, pero soy alguien que intenta adaptarse de la mejor forma posible a las situaciones impuestas."

De repente dejo de escribir y cierro el diario, recordando mi terrible diagnóstico de cáncer infantil cuando tenía apenas diez años. Es triste pensar en ese periodo nebuloso y en el sufrimiento de mi querido padre. En más de una ocasión lo sorprendí llorando en su despacho, lamentándose y diciendo que si Dios ya se había llevado a mi madre, no podía arrebatármelo también a él. Incapaz de resistir, en esas ocasiones me echaba a llorar escondida en mi cuarto. Ver su

tormento me partía el corazón. Sentía su dolor. Era como si deseara que el grave problema de salud fuera suyo.

Luché, luché muchísimo, para recuperarme y que me consideraran curada, para no verlo aún más devastado. Fue un periodo turbulento. Ya había sufrido demasiado por la muerte de mamá, que era el centro de nuestro mundo. La amábamos con locura.

Sin embargo, siento que vivo con una bomba de tiempo, porque en cualquier momento ese diagnóstico puede reaparecer, puede detectarse de nuevo.

Solo quería ser una chica normal, como las otras. Quería haber disfrutado cada etapa de mi vida, haber ido a la escuela con normalidad y tener amistades. Pero muchas cosas me fueron negadas. Tuve los mejores profesores particulares que el dinero pudo pagar, pero, por más rico que sea mi padre — un empresario potentísimo, dueño de una cadena de restaurantes y franquicias por toda Italia y el Reino Unido — de ninguna manera podría comprar mi salud.

Con el dedo trazo con delicadeza las letras doradas en el diario. Lo había venido ignorando por un tiempo, pero siempre fue un buen confidente en mis momentos de confusión, cuando ni yo misma entendía mis propios sentimientos y angustias. En él pude escribir sobre mi primer amor y sobre cuánto me volví obsesiva por el hombre que hizo vibrar mi corazón y latirlo con fuerza otra vez.

El patriarca de la familia Vacchyano siempre ha sido una presencia constante aquí en el palazzo. Mi padre mantenía algunos intereses y negocios con ellos; producen y suministran, para el mercado internacional, una amplia variedad de alimentos y bebidas, como vinos, aceites y extractos de Multi Vacchyano Alimentos LTDA.

Recuerdo con nitidez mi primer encuentro con el hijo mayor de la familia. Aquel día yo estaba harta de todo el tratamiento y solo

deseaba irme al cielo, reunirme con mi madre. Había huido de Martina y de su control, de que quisiera saber si ya me había tomado las vitaminas o si ya había comido. Obviamente sabía que ella solo quería lo mejor para mí, pero ese día estaba cansada de la vida y de cuánto me había castigado.

Fui hasta una fuente, situada después del laberinto. Allí había un refugio secreto donde tardaría en encontrarme. Me quedé admirando las aguas brotando en aquella fuente tan límpida. Deseaba con todo mi ser que me sanaran. No sé cuánto tiempo permanecí aislada allí, pero cuando me di cuenta de que había perdido mi anillo de esmeralda, empecé a llorar desconsoladamente. Me lo había regalado mi padre el año anterior, en la fiesta de mi cumpleaños; un año antes de que descubriéramos mi temible diagnóstico de cáncer."

En un momento sentí un toque en mi hombro. Cuando giré la cabeza hacia un lado, vi a un muchacho hermoso. No sé cómo logró entrar en el laberinto, pero me quedé sin aliento al contemplar su rostro armonioso y devastadoramente atractivo. Sus cejas bien delineadas realzaban sus ojos color avellana con destellos dorados. Tenía la nariz recta y un perfil fuerte y enigmático. Debía de tener unos veinte años.

—¿Por qué lloras, señorita Bellini?

—¿Cómo sabes quién soy? — pregunté, sorbiendo por la nariz.

Me tendió un pañuelo y lo acepté, aspirando su fragancia, ese aroma levemente amaderado de su colonia.

—Escuché decir que el señor Bellini tiene una hija. Y si alguien está en un lugar tan apartado como este, solo puede ser ella. ¿Acerté?

Asentí con la cabeza y él sonrió. Su sonrisa era tan hermosa que terminé sonriendo también.

—Así está mejor. Tienes una sonrisa preciosa — me elogió.

Al instante sentí mi rostro arder. Yo no estaba acostumbrada a recibir elogios, sino burlas.

—¿Y quién eres tú? ¿Cómo lograste entrar aquí? — pregunté, curiosa.

— Oh... Perdona. Me llamo Ettore Vacchyano. Mi padre vino a tratar negocios con el tuyo y ambos siguen encerrados en el despacho. Como un día heredaré los negocios de la familia, estoy aquí. Perdona por interrumpir tu momento de soledad. Simplemente me aburrí después de que ellos se perdieran en asuntos de contratos y decidí tomar un poco de aire. Pero dime, ¿por qué lloraba una muchachita tan linda como tú?

Aquello me derritió. ¿Me llamó "muchachita linda"? ¿No se daba cuenta del pañuelo que cubría mi cabeza sin cabello? Odiaba las pelucas, me incomodaban y siempre quedaban torcidas.

Ir a la escuela había sido un tormento, la mayoría no quería ser mi amigo y me ponían apodos crueles, como "Eva Ernst", la gran bruja de La maldición de las brujas. Dolía recordar que por eso papá contrató a los mejores profesores particulares para que estudiara en casa.

Pero aquel muchacho no me miraba como si yo fuera una bruja.

— Solo estaba triste. Perdí mi anillo en la fuente y no puedo entrar a buscarlo, arruinaría mi vestido. Si Martina lo descubre, me castigará y seguro no me dejará ver el sol en una semana por el susto que le causé al escaparme. — Reí después. Era la primera travesura que hacía en mucho tiempo.

— Puedo recuperarlo por ti. Así no recibirás ningún castigo. — Me guiñó un ojo y empezó a buscar el anillo en la fuente.

Se quitó el saco y me lo entregó. Luego arremangó la camisa para no mojarse. Pronto levantó la joya entre sus dedos y tomó mi mano. Una vibración poderosa me recorrió el cuerpo, aunque no supe definir qué era. Colocó el anillo con delicadeza en mi dedo.

— Creo que ahora no habrá castigo.

— Muchas gracias, Etto... quiero decir, señor Vacchyano.

— Llámame solo Ettore, señorita...

— Lily.

— Lily es un nombre precioso. Ahora ya no habrá castigo, tienes de vuelta tu anillo.

— Aun así, nada borra el hecho de que me escapé.

—Ya estás siendo castigada por tu conciencia, pequeña. Estoy seguro de que no volverás a hacerlo.

— No puedo prometerlo, pero gracias por salvarme de la lección.

Y así fue como me enamoré. Sin embargo, Ettore es inalcanzable para mí. Es un amor platónico, no correspondido. Tengo la absoluta certeza de que ni siquiera debe ser consciente de mi existencia. Desde la muerte de su padre, hace tres años, asumió la presidencia de la compañía internacional y casi no visita la Villa Vacchyano, donde viven sus hermanos gemelos, Elena y Giovanni, y su madre, Eleonora.

A veces busco noticias suyas en internet y me duele verlo acompañado de una bella morena. Quizás sea su novia, porque aparece con él en tantos eventos. Apenas pisa el palazzo. Lo he visto

pocas veces aquí. Pero lo entiendo: desde el fallecimiento del señor Lorenzo Vacchyano, Ettore se convirtió en un workaholic dedicado por completo a la empresa, de la que es CEO y accionista mayoritario. Si su padre estuviera vivo, estaría orgulloso de ver el crecimiento exponencial de la compañía y de que su hijo se haya consolidado como un joven brillante e inteligente, capaz de expandir aún más su imperio.

Tengo la dolorosa certeza de que Ettore jamás me elegiría como esposa. ¿Qué podría yo ofrecerle a un hombre multimillonario? Soy solo una chica común, sin atractivos y con una salud frágil. Es como cargar una bomba de tiempo.

Desde aquel día, el hermano de mi amiga se convirtió casi en una obsesión para mí. Hasta hoy ha sido el único con quien he deseado construir un lazo profundo y formar una familia. Una idea que nunca había tenido antes, porque siempre viví como si mi vida se escapara a cada segundo, como la arena en un reloj de arena. Además, la posibilidad de dar vida a un hijo quizá me esté negada. Uno de los médicos me confesó que la infertilidad podría ser una consecuencia terrible de mi tratamiento. Y Ettore merece a una mujer completa, no a alguien debilitada como yo.

Suspiro lentamente mientras contemplo los jardines del palazzo, rodeado de lirios, las flores favoritas de mamá. Ella era inglesa, y eso influyó en la elección de mi nombre: Lily. La extraño tanto, aunque no tengo muchos recuerdos de ella. Lamentablemente, murió en un trágico accidente de coche.

Observo las enormes rejas a lo lejos. Me siento encerrada en una fortaleza. Hoy el clima está delicioso, el sol brilla alto en el cielo entre algunas nubes, y el aire es fresco para una mañana soleada.

Escucho pasos suaves en la terraza y ya sé que es mi niñera, Martina, que me cuida desde que tenía cinco años y se volvió como una madre para mí. Es una mujer negra preciosa, de cabello rizado y

oscuro, con ojos color castaño. Pronto aparece su silueta con una bandeja y un vaso de agua.

— Señorita Lily, traje sus vitaminas.

— Gracias. Martina, la verdad es que a veces me cansa tomar tantas pastillas. Estoy harta de esta rutina.

—Tienes que hacerte tus chequeos regularmente. De hecho, el doctor guapo me pidió que te recordara que tienes cita con él dentro de dos semanas. — Me guiñó un ojo con picardía.

—¿Doctor guapo? — sonreí, provocándola.

— Ay, niña... ¿me vas a decir que no te diste cuenta de lo guapo que es el doctor Ángelo? ¿Y de cómo te mira? Estás viva, pero vives tan encerrada en tu mundo...

Sé perfectamente lo que Martina intenta: jugar a cupido. Siempre me anima a relacionarme con otros jóvenes, aunque yo prefiero vivir en mi jaula, ese lugar seguro.

— El doctor es, de hecho, muy guapo — admití. Rubio, con ojos color miel.

—¿Pero...? — insistió.

— No siento esa chispa — respondí con un suspiro desanimado.

— Ya entregaste tu corazón a otro. Ay, niña, no quiero verte sufrir.

Martina ya debe haberse dado cuenta de que busco noticias de nuestro vecino. Aunque casi no lo veo, sigo recordando a aquel joven hermoso que me trató tan bien en la fuente del laberinto. Aunque el anillo que llevaba ese día ya no me entra en el dedo, lo conservo junto con el pañuelo que me dio. Su bondad y gentileza

quedaron grabadas en mí. Y debo reconocer que los años solo lo han favorecido. Si de adolescente ya lo consideraba guapo, como hombre ahora su belleza es letal. La palabra "guapo" me parece demasiado simple para describir su perfección masculina y su virilidad arrolladora.

Tomo las pastillas y dejo el vaso sobre la mesa de centro, donde también está mi diario. Quiero escribir un recuerdo hermoso en él. Basta de registrar días tristes.

Mi celular vibra en la mesa. Contesto: es Elena.

— Hola, Elena.

— Lily, ¿cómo estás?

— Bien. ¿Y tú?

— Maravillosamente bien, sobre todo porque estoy organizando una fiesta para reencontrarme con algunos amigos. Imagínate, es la primera vez que me dejan hacerlo. Ettore es un tirano, pero esta vez me dio carta blanca, y por supuesto quiero que vengas. Será el próximo fin de semana en la villa. ¿Vendrás?

Cuando mencionó a su hermano mayor, un escalofrío me recorrió. ¿Será mi oportunidad de verlo otra vez?

— Claro que iré — respondí casi de forma automática.

Después de la llamada de Elena, mi mañana se volvió mucho más ligera.



A la mañana siguiente me levanto temprano para dar un paseo ligero. Camino hasta el lago que queda cerca del palazzo,

llevando una bolsa de golosinas para los patos y gansos.

Cuando regreso, Martina me informa que la mesa del desayuno ya está lista. Después de darme una ducha rápida, encuentro a papá y a Mario sentados a la mesa. Ambos tienen el semblante cerrado, como si acabaran de tener una discusión. Sé muy bien que mi primo siempre está intentando conseguir un puesto mejor en la dirección de las franquicias y restaurantes Bellini, pero como lleva una vida desordenada, papá lo mantiene corto de riendas.

— Buenos días — los saludo, me acerco a papá y beso su mejilla.

— Buenos días, mi ángel — me responde, suavizando un poco el rostro.

Nunca habla de los disgustos de sus negocios delante de mí. Lo que sé, lo sé por lo que alcanzo a escuchar sin querer. Sin embargo, observo a Mario y noto lo irritado que está.

— Tío, está apoyando financieramente a un mocoso e incentivándolo a abrir su propia empresa, mientras no me da la oportunidad de demostrar mi valor al frente de las franquicias y restaurantes. Puede que no tenga talento culinario, pero sí el de gestionar.

— Si demostraras ser verdaderamente responsable y no un necio de temperamento impulsivo, ya estarías en la dirección. Bajo ninguna circunstancia deberías haber suspendido las donaciones a las instituciones de cáncer infantil sin consultarme. Además, tus gastos siguen siendo exorbitantes.

— Yo disfruto de las cosas buenas de la vida. Y es al contrario, tío: solo estoy cortando gastos inútiles, que no aportan ninguna ganancia al fortalecimiento de la empresa.

— Tú no estás al mando para decidir absolutamente nada. Yo sigo siendo tu jefe. Y no seas insensible: no se trata solo de instituciones, son vidas las que deben ser consideradas.

— Obviamente — murmuró Mario con aparente calma, aunque vi claramente que el tono autoritario de papá no le gustó. — Cuando yo asuma el mando de las franquicias y restaurantes, las cosas serán diferentes, sin duda — añadió con una seguridad insolente, sonriendo con confianza.

— Si en algún momento consideré ese cargo para ti, Mario, olvídalo. Todo lo que has demostrado es que eres un irresponsable, un derrochador y un hombre débil de carácter. Si quieres la vida de lujos y ventajas que desperdicias sin preocuparte, tendrás que empezar desde abajo — papá replicó con dureza.

— ¿Desde abajo? ¿Va a colocarme como un simple empleado? — su voz se volvió un susurro bajo y su expresión, ilegible, aunque era evidente que no le había gustado la respuesta de papá.

Tuve que contenerme para no meterme en la discusión. Lo que Mario había hecho era ridículamente errado: suspender las donaciones a instituciones que papá apoyaba. ¿No tenía ni un poco de empatía por cada vida que dependía de esa ayuda? Me limité a observar cómo se desarrollaba la conversación.

— Te hará bien esta nueva etapa — afirmó papá con firmeza.

— ¿Cómo, si mi salario será al menos diez veces menor?

— Eso será un incentivo para que demuestres tu garra y cuánto deseas, de verdad, administrar los restaurantes Bellini y las franquicias.

— No puede hacerme esto. Yo no le aconsejaría tomar una decisión tan drástica. Debería replanteárselo.

— No tengo ningún problema mental. Ya está decidido. Ya hablé con mi abogado y mano derecha, Enrico. Él te orientará en tu nuevo cargo el lunes.

— ¿Y en qué área voy a trabajar? — preguntó, con un dejo de burla.

— No te preocupes, todo se te informará el lunes. Nunca escuché que un poco de trabajo duro y disciplina mataran a alguien. Es más, si mi difunta hermana te hubiera aplicado esos métodos cuando eras más joven, quizás no te habrías convertido en un necio mediocre y sin carácter.

Noté cómo los ánimos subían y vi a papá llevarse la mano al pecho, como si sintiera una molestia.

— Papá, por favor, no olvides que no puedes alterarte. Tu corazón... — le recordé.

La última batería de exámenes había revelado que ahora sufría problemas cardíacos. Debía evitar el estrés y hasta le habían recetado medicación para el corazón.

— Tienes razón, querida. Perdóname. Mario, dejemos esta discusión para otro momento. Lily está en la mesa y no es hora de hablar de negocios.

— Como diga, tío. Faltaba más — dijo él con sarcasmo.

—¿Ya tomaste tu medicina? — pregunté a papá, y él negó con la cabeza. Seguía siendo tan terco como siempre.

— Escucha a Lily, tío. No queremos que tu corazón falle de repente. ¿No es cierto? ¿Qué placer tendrías en enviarme a un trabajo humilde y no poder disfrutar de tu victoria? — su tono seguía sarcástico. — Al fin y al cabo, si algo te pasara, toda la red de restaurantes y franquicias quedaría bajo mi mando.

Sonrió con falsedad. Era un joven atractivo, de cabello y ojos castaños, pero su expresión en ese instante era todo menos amable.

— No te preocupes, Lily. Tendrías una mensualidad, como siempre, sin trabajar — dijo con ironía, mirándome con desaprobación.

— Basta. Tomemos un desayuno decente — determinó papá.

A pesar de la mesa repleta de delicias — mermelada, tostadas, croissants, — el ambiente enrarecido me quitó el apetito.

Después del desayuno, decidí ir a mi clase de música para despejar la mente de las tensiones de las últimas horas.



CAPÍTULO 01

LILY BELLINI

Una semana después

Me siento un poco fuera de lugar en esta fiesta, en la Villa Vacchyano. Llegué hace apenas unos minutos y casi no he visto a conocidos. Imaginé que sería una celebración para poca gente, pero el lugar está claramente a reventar. Por donde mire, hay jóvenes bailando, bebiendo o conversando. Algunos, más desinhibidos y despreocupados, se besan y se tocan sin importarles dónde están.

Un DJ pone música electrónica del momento y la mayoría se mueve con ganas al ritmo. Noto que un grupo de tres chicas me mira con crueldad, intercambiando risitas. Al analizar cómo van vestidas, me siento todavía más fuera de sitio con mi falda larga y mi blusa de mangas largas. Muchos podrían llamarlo anticuado; yo prefiero decir conservador. Puede que no vaya a la última, pero estoy cómoda. Los zapatos de tacón medio siguen el mismo criterio.

Distingo un rostro familiar a lo lejos: Giovanni. Por su expresión, está tenso. Le hago una seña, pero no me ve y en seguida unos amigos se lo llevan a rastras. La villa es amplia y reservada, con al menos tres mansiones dentro de su terreno inmenso. Varios camareros circulan con copas de champán y aprovecho para pedir un vaso de agua. Al chico le sorprende mi

pedido —la mayoría lleva alcohol en la mano—, pero enseguida me trae lo que pedí.

Empiezo a aburrirme. Quizá fue una pésima idea venir. Hasta ahora no hay indicios de que Ettore haya vuelto a la villa y no he visto señal de Elena. Decido bajar al jardín. Necesito aire fresco, es evidente que pronto habrá jóvenes con los ánimos encendidos por el alcoholo, la circulación de camareros y camareras es frenética.

Me quedo pensativa y sola, escondida en un rincón del jardín. Me concentro en la luna, tan luminosa, y en cómo varias estrellas parecen rendirle homenaje; sonrío. Es algo cotidiano, natural, pero pocas veces nos detenemos a apreciar esa obra de arte creada por las manos hábiles del Creador.

Al volver la vista hacia la mansión, veo un movimiento extraño en el balcón de uno de los cuartos. Dos cuerpos aparecen en mi campo visual. El corazón me late con fuerza cuando reconozco primero la silueta alta y masculina. Su cabello castaño brilla bajo el esplendor de la luna. Se ve espectacular. Probablemente, si Ettore no estuviera de espaldas, me arrancaría el aliento con una sola mirada.

Solo entonces reparo en la mujer, y el corazón casi se me detiene. Lo acompaña una morena preciosa, el vestido tipo tubo resalta cada parte perfecta de su cuerpo, ambos parecen conversar en confianza. ¿Están involucrados?

La veo tocarle el brazo con posesión y una punzada aguda me atraviesa el pecho. ¿Son novios? Elena nunca me dijo que su hermano hubiera encontrado a alguien. De golpe se me humedecen los ojos y trato de controlar la reacción desmedida que me provoca ese pensamiento. No estaba preparada para que él perteneciera a otra; para que ya hubiera entregado su corazón.

No seas tonta, Lily. Él jamás te miraría, quizá sea hora de olvidarlo y seguir adelante.

Oigo pasos cerca y me seco las lágrimas a toda prisa. Al girarme, veo a Elena con un grupo de amigos. Ya no puedo esconderme. Con una determinación nueva encendiéndose en mí, fuerzo una sonrisa y hago un gesto con la mano. Ella me devuelve el saludo con una copa de champán y una sonrisa encantadora en su rostro bonito. Tiene el mismo tono castaño de cabello que su hermano, pero los ojos verdes.

Elena viene hacia mí acompañada de un hombre de ojos castaños y piel morena y de dos amigas más.

— Lily, te estuve buscando por todas partes. Pensé que no habías venido — me saluda, y yo la abrazo un buen rato.

— No me perdería tu fiesta por nada — sonrío, intentando ocultar el torbellino dentro de mí.

— Lily, quiero que conozcas a Francesco y a su hermana Mónica. Y ella es Monalisa. Con las chicas estudié Moda — hace las presentaciones y yo los saludo con educación.

Sin embargo, esa tal Monalisa me observa desde un pedestal, como si yo fuera un insecto insignificante que no merece estar aquí.

— Es hasta mona, pero alguien debería haberle dicho que esta no es una fiesta temática de los 80. Dio, hasta mi abuela se viste mejor —suelta la rubia con sorna, arrancando un coro de risas al pequeño público alrededor.

— Basta, Lisa. Lily es mi amiga y no vas a tratarla así. Guarda tu filo de "experta en moda" para otro momento — le advierte Elena.

El insulto no me hiere. He soportado peores en la escuela. La rubia parece del tipo patético y vacío.

— No quería molestarla, Elena, lo juro; solo hice una observación. Es que de verdad lo que lleva puesto está pasado y fuera de tendencia.

—Te dije que pares. Volvamos a la zona de la piscina: esto no es un desfile. Vamos a divertirnos — Elena me toma de la mano y me lleva.

En la zona de la piscina, abarrotada, los jóvenes bailan desbocados. Elena me arrastra a la pista improvisada.

— Vamos, Lily. Suéltate, mueve el cuerpo.

Intento integrarme y borrar de mi mente la imagen corrosiva de Ettore con otra mujer entre los brazos. Elena me alarga una copa de champán y me sonríe. Bebo casi todo de un trago, como si acabara de correr una maratón y muriera de sed. Las burbujas dulzonas me hacen reír como una tonta: nunca había probado alcohol.

Un rato después ya estoy algo mareada por las varias copas que tomé, pero me siento plena y relajada. Distingo a Ettore en algún punto cercano, moviéndose entre los invitados. En ningún momento mira hacia mí. Está tan serio. Un mechón rebelde de su pelo está fuera de lugar y me muero de ganas de acariciarlo. Es tan guapo. Me fijo en que no va acompañado de la morena.

De pronto alguien me jala y me saca de mi estupor. El tipo me arrastra a un rincón poco concurrido.

— Muero por descubrir qué esconden esas ropas horribles, linda. ¿Subimos a uno de los cuartos de la villa?¿Qué dices?

El tipo es osado, mejor dicho, un descarado. Intento ordenarle a mi cerebro que lo aparte, que lo empuje. Está claro que va borracho: el aliento a alcohol es fuerte. La palabra ya está en la punta de mi lengua, pero pronunciarla me cuesta. ¿Por qué me siento así? Solo fueron unas copas de champán y, sin embargo, parece que una tonelada de peso me pegara la lengua al paladar. Mi silencio fue interpretado como un sí, porque el joven empezó a

manosearme y a tocarme sin mi permiso. Un terror punzante me recorre la piel al comprender adónde puede llevarme esto.

Por desgracia, mi intento de apartar sus manos poderosas solo enciende más su atrevimiento.

— Muñequita, prometo ser suave — reconozco la voz: es el amigo de Elena, Francesco.

¿Por qué se comporta como un imbécil?

— Sué... suéltame — balbuceo al fin, logrando articular una palabra.

—¿Cuál es el problema, gatita? Me dan igual tus pintas anticuadas; lo que me interesa es lo de abajo. Y eres demasiado bonita — dice, ansioso, e intenta besarme.

Giro el rostro apenas a tiempo. Sus facciones se endurecen al no aceptar mi negativa.

—¿Demasiado buena para mí? — susurra, venenoso. — ¿Sabías que soy un heredero muy importante de la familia Martinni? ¿Y tú quién eres? Apuesto a que no eres más que una palurda. Seguro Elena te invitó por lástima.

Actúa por despecho por haber sido rechazado. Se nota que no le pasa a menudo. No negaré que Francesco es guapo, pero su ego desmesurado y su soberbia son deprimentes. Claramente se cree demasiado para mí, y mi no lo hirió.

— Simplemente no me... apeteces — digo, firme, sintiéndome un poco más lúcida.

Empiezo a alejarme, pero al pasar junto a la piscina me agarra del brazo con fuerza, me hace girar y quedamos cara a cara. Veo un destello de ira deformar su rostro joven y bello.

— Quizá te haga falta un baño frío, palurda, para lamentar lo que te pierdes.

La amenaza llegó demasiado tarde. No tuve tiempo de captar su verdadera intención. Siento el empujón certero y, en seguida, el impacto de mi cuerpo contra el agua. Me hundo como una piedra. Intento nadar, pero el peso de la ropa y el efecto del alcohol en mi cuerpo son devastadores. La sensación de que me tragan las profundidades y me arrastran hacia abajo es terrorífica. El aire se me escapa de los pulmones mientras un fuego voraz me arde en el pecho. El agua insistente entra por mi boca y mi nariz. Quiero toser, pero solo trago más.

Mi mente va lenta; a mi alrededor solo distingo gritos espantados. Oigo algo golpeando el agua... y, de repente, como un borrón, todo se apaga a mi alrededor.



CAPÍTULO 02

LILY BELLINI

Vuelvo en mí sintiendo unos labios suaves sobre los míos y el aire entrando lentamente en mis pulmones. Enseguida me veo privada de ese calor tierno: se aparta. Empiezo a toser frenéticamente, expulsando el agua que tragué.

—¡Jesús! Lily, ¿estás bien? — escucho el clamor de Elena. Es evidente que su voz está quebrada por el llanto.

— Apártense. Necesita espacio para respirar — reconozco el tono de mando de una voz poderosa. Es Ettore. Él me salvo. — ¿Estás bien, Lily? ¿Cómo te sientes?

Intento procesar lo último que pasó: el empujón de Francesco y mi desesperación en el agua. Miro con gratitud a mi salvador y asiento lentamente.

— Estoy... bien... ahora — mi susurro sale ahogado. Tiritó de frío: estoy empapada.

— ¡Madonna mia! Está helándose. La llevaré dentro a entrar en calor.

De pronto me alza en sus brazos fuertes y me lleva al interior de la mansión. Me recuesto contra su pecho poderoso, escuchando sus latidos rítmicos. ¿Así que eso era lo que tenía que hacer para

estar entre sus brazos? ¿Ahogarme? En pocos instantes estamos en un dormitorio lujoso en tonos blancos y azules. Ettore me deposita con cuidado sobre la cama y su madre y Elena entran en la estancia.

— Cuídenla. Voy a quitarme esta ropa mojada y vuelvo enseguida. Manténganla abrigada — ordena antes de salir. De inmediato echo de menos el calor de su cuerpo.

—¡Dio! Hija, ¿cómo pudo ocurrir algo así? ¿Perdiste el equilibrio? — me pregunta la señora Eleonora, preocupada, acercándome una toalla.

Al momento Elena aparece con ropa seca.

— Aquí tienes. Déjame ayudarte. No sabes cómo se me salió el corazón por la boca cuando vi que te estabas ahogando. Si no fuera por la rapidez de mi hermano, no sé qué habría sido de ti — desahoga Elena mientras me ayuda a cambiarme.

Sigo aturdida por lo sucedido, por la inconsciencia de Francesco después de ser rechazado.

Una empleada entra con una bandeja: una tetera y tazas. La señora Eleonora le da las gracias y la despide.

—Toma, niña; te ayudará a entrar en calor — me acerca una taza de té, como adivinando cuánto necesitaba ese líquido y sus propiedades reconfortantes.

De pronto me da un ataque de estornudos, como si anticiparan el resfriado que se avecina. Cuando por fin cesan, la señora Eleonora me entrega el té.

— Pobrecita. Parece que ya te pescó una virosis.

Tras beberlo, dejo la taza sobre la mesita de noche y abrazo mis propias rodillas, consciente de que estoy casi desnuda. El vestido que Elena me trajo apenas llega a la mitad de mis muslos y

el escote, atrevido, deja gran parte del pecho a la vista. No es que haya mucho que mostrar en esa zona; siempre tuve poco busto.

Elena y yo tenemos prácticamente la misma talla, pero nuestros gustos no pueden ser más opuestos. Yo prefiero lo conservador, aunque me haga parecer mayor. Tengo solo 22 años y Elena es un año menor. No es que su ropa sea vulgar, pero le gustan las prendas algo cortas y más escotadas. Yo me sentiría vulnerable con ese estilo; no tengo su misma seguridad. Y, además, no es mi gusto.

Ella está en el pleno de su juventud: linda y alegre. Yo, en cambio, a veces me siento decaída, aunque haya logrado superar y vencer aquella enfermedad terrible. Fue un proceso doloroso, y el miedo a una recidiva siempre me ronda.

— Gracias. Ya estoy mejor — murmuro con una sonrisa. De inmediato recuerdo la hora y pienso en la preocupación de papá. — Dios mío, ¿qué hora es? ¿Dónde está mi celular?

— Calma. Son casi la una de la madrugada. Y, lo siento, pero tu teléfono debe estar en el fondo de la piscina.

— ¡Oh, Dios! Papá seguro me ha llamado mil veces. Lo siento, Elena, pero no puedo quedarme.

— Está bien. Le pediré a Giovanni que te lleve.

—Yo la llevaré — anuncia Ettore, decidido, entrando al cuarto y llenándolo con su presencia dominante.

Se cambió de ropa y está guapísimo, como siempre: pantalón color caqui, camisa blanca y un abrigo. Informal, irresistible. Cómo me gustaría volver a sentir sus labios cálidos sobre los míos. Me mira fijamente y no consigo romper la conexión de nuestras miradas. Es algo indecifrable.

Salgo de mi estupor cuando oigo a la señora Eleonora hacer una pregunta y bajo la mirada a mis manos.

—¿Y Arabella?

Dios... ¿en qué estaba pensando?¿Acaso olvidé lo que vi en el balcón? Aquella morena de curvas debe de ser su novia. No debo hacerme ilusiones. Ettore me mira así solo por preocupación. ¿Qué otra cosa sería? Soy apenas la amiga invisible de su hermana.

—Ya se fue a casa — responde, y al instante una oleada de alivio me recorre.

Después de despedirme de la señora Eleonora y de Elena, Ettore me conduce por la parte trasera del edificio hasta otra mansión, a pocos metros. Me aliso el cabello con las manos: mis rizos rubios deben de estar rebeldes; debo parecer un espantapájaros.

¡Caramba! Nunca fui presumida. ¿Por qué, cerca de él, quiero verme siempre bonita?

—¿Algún problema con el vestido de Elena? No dejas de estirarlo hacia abajo.

— Es que me queda un poco corto.

—Te queda perfecto; tienes unas piernas esbeltas y fabulosas.

Me ruborizo con el cumplido. No estoy acostumbrada a ese tipo de halagos.

Lo observo quitarse el abrigo y colocarlo sobre mis hombros. El calorcito me envuelve y me embriaga su olor, esa colonia amaderada tan peculiar y única como su dueño.

—Toma; te mantendrá abrigada.

Al llegar al garaje contemplo una colección de autos de lujo. Todos son preciosos y se nota que son máquinas potentes y veloces. Me conduce hasta un Mercedes azul royal.

Hacemos el trayecto en un silencio sobrecogedor. De vez en cuando no puedo evitarlo y admiro sus facciones clásicamente italianas. Me hormiguean los dedos con el impulso de rozar su rostro varonil, la barba bien arreglada y esos labios, sugerentes y hechos para besar. Un frío dulce se instala en mi vientre cuando imagino su boca firme y tentadora apoderándose de la mía. Mi primer beso.

Mis ensoñaciones se disipan cuando llegamos al palazzo. Como un caballero, Ettore me abre la puerta. Me siento la chica más especial del mundo, aunque quizá solo haya sido un gesto educado. Me acompaña hasta la entrada, donde papá ya me espera. Veo la preocupación en su cara.

— Lily, ya estaba angustiado, hija. ¿Qué pasó? ¿Por qué no traes tu ropa y por qué tienes el pelo mojado?

— Me desequilibré y caí a la piscina, papá. Nada serio — sonrío para tranquilizarlo.

Por supuesto que no le contaré la verdad. Lo alteraría más y podría ir a pedir explicaciones al imbécil ese, incluso demandarlo. Sé que papá me ama y haría cualquier cosa por mantenerme a salvo y feliz; yo haría lo mismo por él. Es el mejor padre del mundo.

— Hola, George.

Veo a Ettore tenderle la mano a mi padre, que lo invita a pasar y tomar un trago.

— Lo dejamos para otra ocasión. Solo vine a dejar a Lily.

Intento devolverle su abrigo, pero lo rehúsa.

— Quédate con él, Lily. Aún pareces tener frío.

Me quedo como una tonta mirándolo marcharse, casi hipnotizada. Abrazo su abrigo contra el pecho como si, de algún modo, pudiera quedarme con Ettore. Solo cuando el Mercedes cruza los portones del palazzo llevo la tela a mi nariz, inhalando su colonia amaderada. Suelto un suspiro hondo, enamorada. Una sonrisa boba se me instala en los labios.

Al darme la vuelta, pego un brinco. Había olvidado por un momento que papá seguía ahí. Me sonrojo, avergonzada, como una niña traviesa sorprendida rompiendo las reglas. Él me examina minuciosamente.

— Estás enamorada de él, hija.

Noté que no fue una pregunta, sino una afirmación. Empecé a sudar frío. Dios mío, qué tonta fui. No logré ocultar mis propios sentimientos.

— Yo... yo... claro que no, papá. Yo... yo sé que el señor Vacchyano jamás me miraría. — Mi último suspiro fue de desencanto, como si una bofetada sonora me hubiera devuelto a la realidad.

— Pero eso no anula el hecho de que sientes algo por él — me abrazó.

Esta vez no lo negué, porque era obvio que papá ya había descubierto que solo estaba fingiendo. Amo a Ettore Vacchyano, aunque no sea correspondida. Es como una maldición estar tan cerca del hombre que es el centro de mi mundo y, al mismo tiempo, ser apenas algo invisible, inexistente.

— Pasará... —solté un sollozo triste. — Tiene que pasar.

— Ah, mi niña, yo estaría encantado con esa unión. Ettore es un buen muchacho y heredó el talento para los negocios de su padre.

— Él no me ve de esa manera, papá. Solo soy la amiga de su hermana; nada más.

— No te menosprecies, Lily. Eres una chica bonita, y algo me dice que muchas cosas pueden cambiar. Quizá llegues a ser correspondida por el hombre que amas.

— Papá, eso es todo lo que más deseo.

Mientras me consolaba en su abrazo, no podía imaginar que algo más, fuera de mi alcance, ya se estaba tramando y consolidando en algún rincón de su mente.



CAPÍTULO 03

ETTORE VACCHYANO

Estoy en una de mis oficinas de las corporaciones Vacchy, ubicada en el estado de California, ciudad de Los Ángeles, cuando recibo una llamada de mi madre. Entre sollozos y claramente desesperada, me hace un breve resumen del pandemónium que está ocurriendo en la villa y con mi hermano Giovanni.

—¡Cazzo! ¿Cómo es posible, madre?

— Ettore, tu hermano no es culpable de nada de lo que lo acusan esos tabloides sensacionalistas. Todo es una manipulación para incriminarlo y que los verdaderos culpables salgan impunes — me justifica, pero yo ya sé que mi hermano es un joven de carácter intachable.

A pesar de su espíritu libre y temerario, él jamás robaría ni defraudaría la propia empresa, perjudicando a socios y clientes. Sin embargo, Giovanni es joven... puede haberse metido en problemas.

Después de la conversación con mi madre, pongo en marcha a mi equipo jurídico y les paso el caso. Reservo un vuelo inmediato y ordeno a mi piloto que prepare el jet privado. Estaré de regreso en casa mucho antes de lo previsto.

Tomo el anillo de compromiso, una joya hermosa adornada con un solitario diamante. El momento oportuno para pedirle

matrimonio a Arabella nunca llega. Vuelvo a guardar la alianza.



El vuelo duró un poco más de lo previsto. Cuando llego a la villa, encuentro a mamá todavía inconsolable. Elena intenta calmarla, pero nada parece surtir efecto.

— Ettore, hijo, tienes que ayudar a Giovanni. Está destrozado, lo acusan de fraude financiero. ¡Dio mio! Mi niño nunca cometería semejante locura.

—Madre, cálmate. Los abogados ya están ocupándose de todo. ¿Dónde está?

— No lo sé. Desapareció después de enterarse de lo que le estaban imputando, como si fuera un delincuente. Dios, no sé si podré soportarlo.

—Elena, ¿ya llamó a un médico? Será mejor que le receten un calmante a mamá. Yo me encargaré de los asuntos de Giovanni —aseguro. Pero antes tendremos una larga conversación.

— Sí, ya le dieron medicación, pero parece que no hace efecto.

— Madre, vé al cuarto con Elena y descansa. Estoy aquí ahora y me ocuparé de todo.

—Oh, figlio, no sé qué sería de mí sin ti —susurra y, acto seguido, se desmaya.

¡Maledizione!

La alzo en mis brazos y la subo a la planta alta. Le indico a Elena que se quede con ella y que contacte al médico de nuevo



Después de un día largo y agotador, todavía no consigo localizar el paradero de Giovanni. Mamá ya está estabilizada.

Estoy en mi despacho, contactando a los amigos de mi hermano para ver si alguien sabe dónde está. Mi equipo de seguridad ya está desplegado, buscándolo.

En cierto momento, mi teléfono comienza a vibrar. Lo atiendo en automático y reconozco el número de mi jefe de seguridad.

—Tommaso, ¿alguna noticia sobre dónde está mi hermano? — pregunto.

—Sí, jefe. Hemos conseguido localizar a Giovanni.

Suelto un suspiro de alivio. Ese mocoso... Cuando lo tenga frente a mí, le voy a caer encima por habernos dejado así, angustiados.

— Bien. ¿Dónde está?

— Jefe, lamento no traer buenas noticias.

—¡Maledizione! ¿Qué le ha pasado a mi hermano? — me incorporo de un salto en la butaca y golpeo la tapa de la mesa de roble.

— Está en el hospital.

Tommaso me cuenta los detalles del accidente de coche que sufrió Giovanni y luego me da la dirección del centro médico.

Una hora después entro en la habitación donde está mi hermano. Está medicado y sedado. El doctor me explica la gravedad

del accidente y cómo Giovanni tuvo suerte de salir con vida. Tuvieron que operarlo de urgencia; ahora está estable y no corre peligro, pero se rompió una pierna y tiene dos costillas fracturadas. Necesitará cuidados y reposo.

¡Cazzo! ¿Por qué Giovanni fue tan imprudente y estúpido, poniéndose en peligro así?

Sabiendo lo grave de lo sucedido, llamo a la villa y les informo. Naturalmente, mi madre quiere venir al hospital de inmediato, pero sigue un poco groggy por los medicamentos. Le digo a Elena que se quede con ella. Yo me quedaré aquí con Giovanni y las mantendré informadas sobre su estado.

De algún modo, me siento culpable. Cuando él inició su nuevo proyecto, me ofrecí para financiarlo y ser un posible inversor; él se negó, diciendo que quería empezar desde abajo, sin mi influencia.

Estoy sentado en la butaca junto a su cama, observando su cuerpo joven y maltrecho. Dios, no me lo perdonaría si algo le hubiese pasado.

En cierto momento oigo gestos de protesta: Giovanni empieza a despertarse despacio.

— Ettore... —murmura en voz baja.

— Estoy aquí, Giovanni. Todo va a ir bien — le aseguro.

— No entiendes, yo no hice nada... ¡Ay! — dice, soltando una interjección y poniendo una mueca de dolor al intentar moverse. — Me tendieron una trampa para incriminarme.

— Giovanni, no es bueno que te alteres. Si no te has dado cuenta, estás hecho polvo. Tienes suerte de estar vivo.

— No me importa. Quizá sería mejor que no existiera. No quiero que me recuerden como un deshonesto, un tramposo.

— No digas tonterías. Todos sabemos que no cometiste fraude alguno.

—¿Me crees? Pero la prensa, los tabloides... están difundiendo mentiras horribles. — Veo algo que me parte: lágrimas comienzan a rodar por su rostro. — No sabes lo importante que es para mí saber que confías en mí, hermano. Quería tanto ser como tú... Sólo quería enorgullecer a la familia y montar mi propio negocio exitoso. Papá confió en ti la Vacchy, y la has hecho prosperar. Yo quería que mi nombre también estuviera en algo que fuera mío, con mi sello.

— La Vacchy es nuestra. Sólo que tú aún no trabajas en ella por tu terquedad —le recuerdo.

— Nunca podré salir a la calle. La prensa me perseguirá sin piedad. ¡Dio! Incluso puedo acabar en la cárcel por fraude fiscal. Mis firmas están en esos papeles, Ettore. No tengo cómo devolver lo que se llevó. Dário lo hizo todo a propósito.

— No irás a la cárcel. Yo me encargaré de esto. Ahora lo que tienes que hacer es guardar reposo y concentrarte en recuperarte. Tómatelo como una lección.

Parece exhausto y pronto vuelve a dormirse. La medicación está haciendo efecto.

Tendré que lidiar con toda esta mierda, pero Giovanni, definitivamente, no irá a la cárcel.



CAPÍTULO 04

ETTORE VACCHYANO

Han pasado dos semanas desde el accidente de Giovanni, y la mayoría de los problemas ya está resuelta. Él se recupera bien, recibiendo todos los cuidados necesarios. Mi madre y mi hermana lo están mimando demasiado. Cree que no lo noto, pero sé que se aprovecha de su convalecencia para coquetear con la enfermera bonita.

Yo resarcí y cubrí todos los costos de los clientes y la parte burocrática de la empresa de Giovanni. Mi equipo jurídico entró en acción de inmediato. Al día siguiente de mi llegada a la Toscana, se envió una nota a la prensa y retiraron todas las publicaciones tendenciosas sobre el supuesto desvío de dinero, publicando una retractación.

Sólo me queda una pendiente: George Bellini. Eso debería ser más fácil de resolver. George cree de verdad en la habilidad y la sagacidad de Giovanni para los negocios, siendo el mayor inversor en potencia de su casa de apuestas online.

Decidí tratar este asunto de forma confidencial. Ya concerté una reunión con él para hoy. Creo que será más sencillo hablar de la quiebra de la empresa reciente de Giovanni y del desvío que ocasionó el colapso. Tenemos algunos negocios en común y nuestras

familias siempre fueron cercanas, ya que nuestras propiedades son vecinas.

Llego al Palazzo Bellini un poco antes de lo previsto. Una de las empleadas me recibe e informa que George aún no ha llegado, pero me conduce a la sala para que lo espere.

— ¿Acepta un café o un zumo, señor?

— Un café, por favor. Gracias.

— Lo prepararé de inmediato, señor. — Se aleja.

Aun siendo un hombre de negocios, estoy tenso, como si algo determinante fuera a ocurrir a partir de aquí. Me criaron para enfrentar momentos críticos, no debería sentirme sofocado. Resarciré a George y le explicaré la situación. Después, todo quedará solucionado.

La empleada regresa con la bebida humeante. Pruebo el líquido fuerte, disfrutando de su aroma. Entonces mis divagaciones son interrumpidas por una melodía suave de piano. Es un sonido tranquilizador, proveniente de algún lugar cercano. Sin nada más que hacer mientras espero a Bellini, me levanto del sofá y sigo la fuente de esa inspiración.

Encuentro la puerta de un enorme salón abierta y veo a la hija de Bellini sentada, tocando el piano. Me apoyo en el umbral y la observo. La música, aunque serena, transmite tristeza, como si estuviera desahogando emociones a través de las notas.

Toca de forma divina. Podría ser artista. Parece ajena a todo, concentrada en su mundo, como si solo existieran ella y el piano. Me fijo en su postura delicada. La he visto otras veces aquí en el palazzo y en la Villa Vacchyano, ya que es amiga de Elena. Sin embargo, nunca la había notado de verdad. Ahora la examino con detenimiento, deteniéndome en detalles que antes me habían pasado desapercibidos.

El rubio de su cabello contrasta con su piel blanca y delicada, dándole un aire aún más frágil. El moño severo recoge sus mechas sedosas, y unos pocos mechones escapan, acariciándole el rostro suave. Sus ropas oscuras y severas no la favorecen; parecen envejecerla más allá de su edad. Viste una falda marrón larga y recta y una blusa oscura de mangas largas que no combina con nada.

La única vez que realmente la noté fue aquel día en que la salvé de ahogarse en la piscina. Al tenerla en mis brazos, comprendí lo pequeña que era, aunque con curvas femeninas y tentadoras pese a su ropa fea. Sería imposible no reparar en ello: su ropa estaba empapada y los pezones, duros y marcados, se dibujaban bajo el encaje de su sostén. Sus labios suaves contra los míos... La rapidez con que tuve que actuar para salvarla... Y aquella mirada suya después. No era sólo gratitud lo que vi en sus ojos azul lavanda, sino una gama de emociones indecifrables. Un verdadero misterio.

Ese mismo día debería haberle pedido matrimonio a Arabella, pero recibió una llamada y tuvo que marcharse de la fiesta de mi hermana. Ahora estamos cada vez más distantes. Mi novia recibió una oferta de trabajo en París en el mundo de la moda y de los nuevos talentos. Algunas veces nos vemos en California, pero cada vez menos. Y el pandemónium que he enfrentado, intentando mantener todo bajo control, me ha dejado sin ánimo para tomar el jet, volar a París y, finalmente, oficializar nuestra relación.

Un paso a la vez.

A pesar de mis treinta años, quiero tener hijos pronto, formar una familia. Nunca hablé de eso con Arabella, pero espero que su obsesión con mantener el cuerpo perfecto no sea un impedimento. A veces es incómodo cuando la llevo a cenar y ella solo bebe agua porque está con alguna dieta absurda. ¿Cómo se llama eso? ¿Ayuno intermitente? Ni sé qué carajo es, pero espero que cuando nos casemos no pretenda vivir solo de ensaladas y agua.

De repente, la melodía cesa. Al darme cuenta, Lily me está mirando fijamente. Parece sorprendida de haberme descubierto allí, espiándola. ¡Cazzo! Parezco un voyeur, admirando en silencio su talento mientras dejaba fluir tanta emoción en el piano.

¿Sería también ardiente entre las sábanas?

¿Qué demonios de pensamiento es ese? ¿Su música me evocó un sentimiento primitivo?

No pude resistirme a su melodía; estaba casi hipnotizado, como en el mito del canto de la sirena. Dicen que encanta a los marineros para llevarlos a la perdición. Pero, a diferencia de ese mito, Lily podría llevar a un hombre al paraíso con su dulzura angelical.

—Ettore... — murmura, como si no creyera que de verdad estoy aquí, observándola, admirándola, degustando sin moderación su interpretación.

—Tocas divinamente. Tienes un gran talento.

La veo levantarse y venir hacia mí. Aún parece desconcertada por haberla sorprendido en un momento tan íntimo.

—Toco más bien para distraerme o cuando quiero sacar algún sentimiento. Es una terapia.

— Si hubieras seguido la carrera de pianista, serías famosa. Tienes demasiado talento.

Ella sonríe. Es una sonrisa tan pura y hermosa que podría quedarme horas admirándola. Es como si no existiera maldad a su alrededor.

— No busco fama. Solo quiero ser yo misma y vivir de las pequeñas ambiciones que guardo en mi pecho.

Su mirada se entristece y se aparta.

— Hablas como si fueran deseos prohibidos.

—Y lo son. —Suspira.

—¿Ya lo intentaste? — rozo con suavidad su barbilla y la levanto hacia mí.

Su piel es tan sedosa que me enloquece. Dios... observo lentamente sus labios rosados y enseguida aparto el pensamiento profano que empieza a asomar.

— Uno sabe cuándo algo no es para él.

— Si lo deseas de verdad, será tuyo.

Me mira con asombro, como si hubiera dicho una barbaridad.

— No en mi caso.

— ¿Qué ambiciones puede tener una mujer como tú que se vuelvan imposibles?

Una sombra de tristeza oscurece otra vez sus ojos y se aleja de mí. Algo dentro de mí quiere protegerla de esa melancolía.

— Algo simple, como casarme, tener hijos, un marido que me ame.

— ¿Y por qué no podrías tenerlo?

— Es algo muy doloroso y profundo.

— Si no quieres contármelo, no es necesario. No deseo que te sientas intimidada — le aseguro.

Pero ¿por qué demonios estoy teniendo este tipo de conversación con la hija de Bellini?

— Está bien. Supongo que no lo recuerdas, pero nuestro primer encuentro fue en la fuente del laberinto. ¿Lo recuerdas?

Aprieto los labios y niego con la cabeza. Intento traer esa memoria lejana, pero casi no recuerdo nada.

— Imaginé que no lo recordarías. No importa. En aquella época atravesaba una enfermedad terrible y solo quería morir para reunirme con mi madre. Pero tú alegraste mi día. Me ayudaste a encontrar el anillo que había perdido en la fuente, para que Martina no me reprendiera, y me hablaste sin importar que yo no era como las demás niñas.

Recuerdo vagamente haber oído a mis padres comentar que la hija de Bellini estuvo muy enferma de niña y casi muere. Por eso él la protege tanto. Pero en aquel tiempo ese tipo de asuntos no me interesaban. Yo era un joven con las hormonas alborotadas, y lo único en lo que pensaba después de las reuniones con mi padre era en ir a buscar un buen coño que me descargara.

— Lo siento, Lily, pero no lo recuerdo. Aun así,¿qué tiene eso que ver con lo que deseas?

Todavía veo dolor en sus ojos, humedecidos por el tema delicado.

— Quiero decir que anhelo encontrar a alguien que me mire como tú me miraste aquel día, sin juzgarme. — Su mirada es tierna sobre mí.

¿Qué demonios quiere decir con eso?

No tengo tiempo de pensarlo. La mujer que siempre la acompaña se acerca apresurada. Parece agitada.

— Señor Vacchyano, el señor Bellini lo espera en el despacho.

— Gracias.

Cuando me dispongo a salir, siento la mano delicada de Lily envolviendo la mía.

— Ni siquiera te agradecí por el celular que me enviaste la mañana siguiente a la fiesta de Elena. Me enfermé y tuve que recuperarme, por eso no pude ir a la villa. Pero gracias.

— Me alegra que lo hayas apreciado, Lily. Ahora debo hablar con tu padre. Hasta pronto.

No sé qué me impulsa, pero me inclino y deposito un beso en su mejilla. Ella se sonroja y sonríe con timidez. Me parece gracioso su aire encogido. Todo en ella exhala inocencia y pureza. Parece no tener mucha experiencia con los hombres. Quizá Bellini la protege en exceso.

Frunzo el ceño, incómodo con este pensamiento. ¿Por qué diablos me importa la vida amorosa de la muchacha? Aparto esa idea inconveniente y me dirijo al despacho de George.





CAPÍTULO 05

ETTORE VACCHYANO

Ya he estado muchas veces en este despacho, pero hoy la atmósfera parece oscura e intimidante. George Bellini está sentado en su silla, imponente, analizando lo que le acabo de exponer.

—¿Me estás diciendo que la empresa de juegos online está en bancarrota y que estás dispuesto a resarcirme por las pérdidas? ¿Cómo sucedió esto, Ettore?

No quiero soltar toda la mierda de golpe, así que intento mantener la expresión neutra y fría. Después de todo, estoy frente a un hombre tan implacable en los negocios como yo.

— Una mala inversión. Tal vez mi hermano no analizó bien el mercado antes de lanzarse en ese sector.

La verdad es que Giovanni no eligió a las personas correctas para asociarse.

—¿Y esa imprudencia me hizo perder dos millones de euros? —su tono se vuelve más sombrío de lo habitual.

George suele ser un hombre centrado y receptivo en sus acuerdos, pero hoy no.

— Como dije, será resarcido y no habrá contratiempos. Estoy aquí para garantizarlo.

—¿Me estás ocultando la verdad, Ettore?

Enderezo la espalda en la silla. No quiero mentirle del todo, pero tampoco puedo dejar que sepa la estupidez que cometió mi hermano.

—¿Qué podría estar ocultando? — pregunto seguro, aunque Bellini parece ir un paso por delante.

— Quizá la transparencia de cómo sucedió todo. Soy un hombre de negocios, Ettore. No pretenderás que me trague el cuento de que la empresa quebró solo por una mala gestión, ¿verdad? La última vez que hablé con Giovanni me aseguró que los balances iban bien. ¿Y el dinero de los clientes? ¿Desapareció?

—Todo ya ha sido saldado. La única excepción es usted — lo aseguro con firmeza.

Si no hay víctimas, no hay crimen. Pero sigo queriendo al bastardo de Dário tras las rejas.

—¿Entonces solo estás limpiando la mierda que hizo tu hermano? —el viejo hijo de puta murmura, mirándome a los ojos como si ya lo supiera todo.

—Giovanni sufrió un accidente de coche y se está recuperando —informo, aunque sé que Bellini ya lo sabe; incluso envió un ramo de flores deseándole mejoría.

—Lo sé perfectamente, Ettore. Y, de hecho, estaba esperando tu contacto.

— Aquí estoy.

— Entonces, si viniste a negociar, estoy de acuerdo. Solo necesito saber si aceptarás mis términos.

— Por supuesto. Traje los papeles y estoy dispuesto a pagarle tres millones de euros. Una forma de compensar el trastorno. Basta con que firme y acepte la cantidad, y el dinero será transferido de inmediato a su cuenta.

— No quiero dinero. Si no lo has notado, Ettore, tengo otros términos. Quiero mantener una alianza con la familia Vacchyano. Pongámoslo así: lo que tengo en mente nos convertirá en aliados poderosos, como una gran familia.

Su expresión es un enigma, pero una leve sonrisa me deja claro que no se refiere a la quiebra ni al dinero perdido.

¡Maledizione! Lo que pensé que sería sencillo se me escapa de las manos.

—No entiendo, Bellini. La empresa está quebrada, ¿no lo comprende?

—Claro, esa parte la entendí perfectamente. Lo que hago es mostrarte mis cartas y mis deseos en este acuerdo. Esta vez será bajo mis criterios.

¡Cazzo! ¿Está extorsionándome? Siempre consideré a este hombre justo y honorable, pero ¿por qué diablos está dificultando cerrar este asunto?

—De acuerdo, George. Es innegable que tuviste pérdidas, pero si lo que deseas es más dinero, basta con que me digas la cifra y resolveremos este obstáculo —digo con aspereza, deseando poner fin a esta farsa.

Lo veo tamborilear los dedos sobre la mesa de roble. Sus ojos oscuros me escrutan con una determinación implacable que

infundiría miedo en cualquier hombre débil. Pero yo lo enfrento con la misma obstinación.

— Quiero que te cases con mi hija. Ese es mi precio.

Sus palabras penetran en mis oídos, pero me cuesta asimilar lo que acaba de decir. No puede ser real.

—¿Qué? ¿Casarme con su hija? — pregunto con rudeza.

La rabia asciende como un estopín encendiéndose dentro de mí. Estoy rígido en la silla, con los puños cerrados. Mi instinto es levantar a Bellini por el cuello, arrancarlo de su asiento y golpearlo hasta volverlo irreconocible. Pero me contengo. Debe tener más de sesenta años, y por consideración no lo destrozaré. Quizá alguna demencia senil lo está afectando.

Entonces me vienen a la mente las escenas recientes con Lily, su dulzura disfrazada, su música envolvente. Maldita sea... la chica estaba al tanto de todo, de esta propuesta repulsiva que su padre ahora pone sobre la mesa.

"Anhelo encontrar a alguien que me mire como tú lo hiciste aquel día, sin importarle nada."

Esas fueron sus palabras hace apenas unos minutos. La muy astuta me tendió la trampa, seduciéndome con su música y arrastrándome directo al precipicio.

— Ese es mi término.

—¿Cómo puede sugerir que me case con su hija como si fuera un simple negocio? — escupo, mis palabras como ácido.

— No es como si estuvieras enamorado de ella.

— Y no lo estoy. Entonces, ¿por qué diablos sugiere algo así?

— Porque creo que podrías llegar a amarla. Cualquier hombre se sentiría honrado de tenerla como esposa. Lily es dulce y pura, solo ve lo bueno de la vida, pese a que ya sufrió bastante. Estuve a punto de perderla...

Detecto angustia en su voz por primera vez, aunque enseguida recupera la compostura y su máscara de confianza vuelve a su rostro.

— Definitivamente no. Es inconcebible — respondo duro, recordando que la mujer con la que quiero casarme se llama Arabella.

—¿Seguro, Ettore? Quizá no piensas con claridad. Te di la oportunidad y no me contaste la verdad sobre la quiebra. Sé absolutamente todo. Tengo pruebas que incriminan a tu hermano; Dário me las entregó personalmente antes de desaparecer. Y si esas pruebas llegan a las autoridades, tu querido Giovanni pasará muchos años en prisión.

Congelo al escuchar su declaración brutal. Me levanto de golpe y golpeo la mesa con ambas manos. Bellini no se inmuta, sigue firme, un auténtico hombre de negocios frío.

—¡Maledizione! ¿Me estás chantajeando?

— No lo veas así. Esto es una negociación. Desde la antigüedad los matrimonios arreglados han existido, y, a mi juicio, sería una alianza poderosa. Las industrias Vacchy y las franquicias Bellini juntas generarían grandes beneficios. Lily no quiere administrar, y el acuerdo matrimonial te daría esos derechos plenos después de mi muerte. No tengo parientes vivos, salvo mi dulce Lily y Mario.

¡Cazzo! Está intentando comprarme. ¡Hijo de puta!

—Y mi Lily siente aprecio por ti — añade de repente, como si eso justificara su locura.

—¿Lily siente algo por mí? ¿Y cree que puede comprarme como si fuera una mascota para su hija? — camino por la sala como una fiera enjaulada.

El odio recorre mis venas, me arde en cada célula. Quiero romper algo, liberar esta cólera, pero me contengo.

— Como dije, solo quiero negociar, Ettore. Sabes que es una oportunidad excelente, y yo desearía que fuéramos una sola familia.

— Me pregunto cómo usted y su hija logran dormir tranquilos.

Su expresión se tensa; sé que he tocado su punto débil.

— Lily no sabe nada de esto, y así debe permanecer.

—¡Ah! Claro, la pobre e ingenua novia sacrificada — digo con sarcasmo.

Su rostro sigue siendo una máscara fría e indecifrable.

— Esos son los términos. Ahora dime si aceptas o no.

—¿Cómo puedo saber si dice la verdad?¿Dónde están las pruebas?

Lo veo abrir un cajón y entregarme unas hojas. Las reviso y suspiro con furia al reconocer la caligrafía de Giovanni. Parece que admite toda la culpa. Maldito Dário Rossi... lo encontraré aunque tenga que buscarlo en el infierno.

— Si acepto este absurdo, ¿cuándo me entregará los originales?

— Quizá dentro de unos años. Tal vez cuando nazca mi primer nieto. — Aprieto la mandíbula con rabia. Bellini juega conmigo como si fuera un ratón atrapado en su trampa. — No seas precipitado, Ettore. El secreto de tu hermano está seguro conmigo,

pero necesito asegurarme de que te tomarás el matrimonio en serio y harás feliz a Lily. Eso es lo único que me importa.

— Esto no es una negociación, es una chantaje repugnante. No me das opción de poner mis términos, como en cualquier acuerdo. O me caso con tu hija, o mi hermano se pudre en prisión.

— Si quieres verlo así, de acuerdo. Pero necesito una respuesta inmediata — dice implacable, como si de verdad tuviera alguna otra alternativa.

Acepto este acuerdo ultrajante, pero juro que mi futura esposa se arrepentirá de haberme comprado. Haré de su vida un infierno inolvidable.



CAPÍTULO 06

LILY BELLINI

El día irradia felicidad. La temperatura en el jardín es suave, con el aire primaveral apareciendo por todas partes; los pájaros cantan y las flores se abren, tan hermosas y perfumadas como nunca las había apreciado antes. Incluso Martina ha notado mi buen ánimo en los últimos días. Es innegable lo feliz y renovada que me siento. Hasta mis mejillas han recuperado un color más vivo y saludable.

Me descubro cada vez más enamorada. Aquella vez en que sorprendí a Ettore observándome tocar el piano, sentí mi corazón latir tan fuerte que llegué a creer que la fuerza de mis pensamientos lo había traído hasta mí. Lo que jamás imaginé es que, después de ese encuentro, finalmente me notaría.

Ese día estaba triste, porque había encontrado una cajita de joyas de bailarina que pertenecía a mi madre, y eso me provocó recuerdos y heridas que todavía me duelen. Aunque conservo pocas memorias de ella, apenas unos destellos, extraño tener su regazo y una confidente a quien contarle mis anhelos de mujer. Es cierto que tengo a Elena, mi mejor amiga, y a Martina, que es como una madre para mí, pero hay ciertos temas que con ellas son prohibidos... especialmente los que se refieren a Ettore.

Cada vez que lo veo, siento cómo mi cuerpo se enciende y mi corazón se acelera como si quisiera salirse por la boca. Ni hablar de las incontables mariposas en mi vientre. Sería demasiado vergonzoso confesarle a Elena el efecto que su hermano mayor provoca en mí y esa dulce punzada que siento entre las piernas.

Por eso fue una sorpresa absoluta cuando, una noche, Ettore vino a cenar al palazzo y me invitó a dar un paseo por el jardín. Aunque lo percibí tenso a mi lado, disfruté de su compañía. Su aroma viril me hechizaba, su mirada misteriosa me analizaba, y su porte austero recorría mi piel como una corriente eléctrica. Mi pulso se desbocó, en una expectativa dulce, cuando se detuvo frente al lago, me giró hacia él y me hizo la propuesta más inesperada de mi vida: me pidió matrimonio.

Me quedé inmóvil, como una estatua petrificada. Solo podía contemplar su rostro de facciones perfectamente esculpidas y temer que, de repente, despertara del sueño más dulce que jamás había tenido.

— De este modo voy a pensar que me estás rechazando — susurró, con aparente indiferencia.

— Debo estar soñando...

—Yo no diría que esto es un sueño. Para mí sería contradictorio decirlo. Estoy aquí, desempeñando mi papel de novio enamorado. — Aunque la frialdad de su tono lo hacía parecer distante, estaba muy real, tan cerca de mí, y no en el pedestal donde siempre lo había idealizado.— Así que necesito que me digas: ¿aceptas casarte conmigo, Lily?

— Oh, Dios... Sí... Sí. — Me lancé a sus brazos.

Fue un momento mágico. No hablamos de la boda, la fiesta ni de las invitaciones, pues todo está siendo organizado por una wedding planner, según me informaron. Aunque eso pueda parecer

frío e impersonal, yo estoy feliz, porque me casaré con el hombre al que amo. Algo que creía imposible.

Estaba tan perdida en mis pensamientos que apenas escuché el sonido de un coche acercándose. Al ver la Mercedes azul, mi corazón retumbó como un tambor, reconociendo al dueño de aquel auto de lujo. Era mi prometido y futuro esposo: Ettore Vacchyano.

Lo vi descender del coche con una elegancia impresionante. El traje gris oscuro se ajustaba perfectamente a su cuerpo imponente, y llevaba gafas de sol. Por un instante, me decepcioné al notar que no era yo el centro de su atención. Lo observé subir los escalones hacia el palazzo y comprendí que había venido a tratar un asunto con mi padre.

Entonces noté, con cierta sorpresa, que no venía solo, sino acompañado de Elena. Me sentí un poco avergonzada por no haber reparado en la presencia de mi amiga antes. Caminaba hacia mí, muy elegante, con un vestido de lino que le llegaba a mitad de los muslos. Aunque era un atuendo algo atrevido, realzaba su silueta y su frescura, mostrando lo segura de sí que estaba. No era casualidad que hubiera elegido la carrera de moda y que estuviera abriendo su primera empresa de consultoría de imagen. Elena incluso ya tenía una colección que llevaba su nombre. Me sentí inmensamente feliz por su logro.

— Hola — me saludó con un beso en la mejilla. — Iba a preguntarte si estás bien, pero no hace falta: pareces irradiar felicidad por cada poro. Seguro estás felizísima con la boda tan cerca. Dios, todavía no me lo creo... ¡te vas a casar con mi hermano!

— Hola también para ti, Elena. Y sí, estoy realmente feliz. — Sonreí sin ocultar nada de lo que sentía. Señalé una de las sillas del jardín y le pedí que se acomodara. — ¿Y cómo va tu nuevo proyecto?

— Con mucha prisa. Estoy dividiéndome entre mi nueva empresa de consultoría de moda y la recuperación de Giovanni. Y como mi hermano tenía que tratar un asunto con tu padre... No sé bien de qué se trata. Pero necesito una modelo para una prueba, y pensé en ti.

—¿Una modelo¿Cómo así?

— Lily, sé que prefieres tu estilo conservador. Nunca te lo dije, pero los cortes y colores que eliges no te favorecen. Se puede combinar lo conservador con lo elegante sin perder tu esencia.

— No lo sé... yo me siento bien así.

— Lo sé, Lily. Pero ¿y si pudieras sentirte maravillosamente bien? No olvides que ahora serás una Vacchyano. Te casarás con mi hermano, y seguro empezarás a moverte en los mismos círculos y eventos sociales que él.

Quizá Elena tenga razón. Sin embargo, Ettore me notó tal como soy y se interesó en mí. Nunca creí que un hombre como él me miraría, y aun así aquí estoy, con un anillo de compromiso en el dedo. Reflexiono, observando el diamante amarillo solitario, y me descubro todavía dudosa ante la propuesta de Elena.

— Además, necesitas buscar un vestido de novia. Créeme, Lily, no tendrás una consultora mejor que tu amiga — insistió Elena, con una sonrisa confiada en su rostro radiante.

Al final, terminé cediendo.



Los centros comerciales de lujo de Florencia están muy concurridos; sin embargo, cada vez que entramos a alguna sección

nos atienden de forma personalizada. No sé qué clase de artimaña está usando Elena. Después de una mañana repleta, entrando y saliendo de tiendas con múltiples bolsas y probándome un sinfín de prendas, me siento agotada. Pero debo admitir que Elena es una excelente asesora de imagen.

Me enamoré de todos los vestidos, pantalones, cárdigans y demás prendas que compramos. Además, ella aprovechaba para darme consejos sobre cómo combinar accesorios con los conjuntos y qué colores favorecerían mi tono de piel, destacando mis puntos fuertes. Cada vez que me miraba al espejo me maravillaba con cada prenda que probaba.

Cuando entramos en la sección de lencería, me sentí incómoda ante tanta variedad y por esos complementos que van desde lo básico hasta lo sensual y, en algunos casos, lo vulgar. Algunas piezas eran apenas tiras — eso me hizo sonrojar.

Tras la mañana ajetreada, ya estoy hambrienta. Decidimos almorzar en un restaurante cercano; pedí una chuleta con ensalada y Elena un risotto. Disfrutamos la comida entre una conversación agradable.

Casi al salir, nos topamos con dos mujeres. Una es tranquila; la otra, la morena, ya la conocía. Es la misma que estaba en el balcón con Ettore el día de la fiesta de Elena. Su expresión rezuma pura hostilidad. Es una mujer fría hasta la médula.

El encuentro resulta tenso y desagradable: por más amable que yo sea, ella me mira como si fuera un gusano despreciable.

—¿Así que por esa chica Ettore me cambió? — susurra con acidez.

— No seas venenosa, Arabella. Si mi hermano te dejó y ahora está con Lily, es porque la ama — interviene Elena.

Al principio me quedo paralizada por el ataque desproporcionado, pero enseguida comprendo que tiene razones para odiarme. No es que yo deba ser chivo expiatorio de su furia.

—¿Él la ama? Mira cómo está, Elena, y fíjate en la diferencia. Y no me refiero solo a su ropa ridícula, obviamente. — Me mira con desprecio.

— Estoy aquí para arreglar esto.

— Por favor, Elena. — Observa que traemos bolsas —- ¿Crees que unos vestiditos caros de marca van a darle personalidad a una chica como ella?

— No hace falta que me ignores ni finjas que no estoy — respondo, pero ella me ignora deliberadamente. — ¿Cómo te llamó Elena? ¿Arabella? Puede que tengas razón con la ropa, porque la personalidad se trae dentro, con la esencia. Y perdona si soy un poco directa, pero tú pareces haber olvidado la educación en casa.

— Una chica insolente. Voy a averiguar qué hizo que Ettore me dejara; estoy segura de que iba a pedirme matrimonio.

— Nada cambia el hecho de quién lleva ahora el anillo de compromiso.

La veo fijarse en mi mano y fulminarme con la mirada. Resopla y se marcha furiosa del lugar.

— Lily, la pusiste en su lugar.

— De cierto modo, siento pena por ella, Elena. Debe estar sufriendo. Por lo que entendí, tu hermano rompió con ella hace poco y aún está en proceso de recuperación.

— Es puro ego herido. Mi hermano debió haberse dado cuenta de que estaba enamorado de ti. Menos mal. Antes tarde que nunca. Peor habría sido si lo descubriera después de casarse con la

bruja de Arabella. Porque, claro, prefiero a mi mejor amiga como cuñada.

— Ay, Elena, no digas eso, me moriría de infelicidad si él se hubiera casado con otra. — Hago una mueca afligida.

— Lo bueno es que conseguiste atraparlo a tiempo, antes de que cometiera esa locura. — Elena se ríe y me arrastra hacia la acera llena de gente.



CAPÍTULO 07

LILY BELLINI

Llegó el gran día. Estoy nerviosa, como cualquier novia. Toda mi mañana fue planificada y organizada para que tuviera un día perfecto e inolvidable. Recibí masajes, tratamientos de hidratación en la piel y en el cabello. Nunca tuve el cuerpo ni el cabello tan suaves. El último equipo, el de maquilladores, se marchó hace apenas unos minutos. Martina también se fue hace instantes; sus ojitos brillaban de emoción cuando me vio con el vestido por primera vez. Me dio su bendición, como lo haría una madre, deseándome toda la felicidad del universo.

— Estás tan hermosa, mi niña — me dijo, secándose el rostro y mirándome fascinada.

Mi vestido de novia parece sacado de un cuento de princesas, con una falda amplia que resalta mi cintura delgada. Tiene diminutos diamantes incrustados en la tela. Es elegante, perfecto, fabuloso, y se ajusta a mi silueta como un guante. Decidí llevar el cabello en un moño bajo, sujeto y ligeramente suelto, adornado con delicadas piezas de diamante exclusivas.

Ahora estoy sola. Martina fue a su habitación a buscar algo que había olvidado. Contemplo mi reflejo en el espejo, maravillada una vez más. Jamás me sentí tan bonita.

Quizás, por sentirme tan enamorada, casi no pude dormir anoche. Imaginaba a mi prometido, cómo serían sus besos, sus caricias, nuestra primera vez. ¿Será tierno y delicado o atrevido e impetuoso?

Ettore estuvo tan distante en los últimos días. Apenas nos vimos. La última vez fue en casa de su madre y, cuando llegué, ya estaba saliendo rumbo a Estados Unidos. Solo me saludó con un beso casto en la mejilla y se marchó.

Intento no volverme paranoica. Sé que respira negocios y que es un hombre ocupado.

Recuerdo la lencería que llevo bajo el vestido y pienso en su reacción. ¿Le gustará cuando me vea? ¿O pensará que fui demasiado atrevida? Las inseguridades me rondan, aunque no debería sentirme así. Ettore me ama, y en pocas horas seremos uno solo: marido y mujer, como dictan las escrituras sagradas.

Aun así, algunas angustias me hacen pensar en cómo será nuestra vida de casados. ¿Seguirá viajando tanto? ¿Y Arabella? ¿Seguirá siendo una amenaza? Espero que esa mujer siga con su vida. No quiero imaginar que mi esposo guarde algún sentimiento por ella.

Dejo los celos a un lado. En instantes tendremos nuestra vida de pareja y viviremos en una de las mansiones dentro de la villa.

Estaba distraída y apenas escuché un suave golpe en la puerta. Cuando me giro, me encuentro con papá en su traje Armani. Tan elegante a sus sesenta y dos años. Aún sería un hombre vigoroso de no ser por su problema en el corazón. Veo cómo la emoción invade sus ojos; una mezcla de ternura, remordimiento y amor se refleja en ellos.

— Papá.

— Lily, mi niña eterna, cómo has crecido y qué hermosa estás. Mi amor, cuánto desearía que tu madre estuviera aquí para ver a la mujer maravillosa en la que te has convertido —su voz se quiebra por la emoción.

—Yo también, papá.

— Lily, no quiero que me odies. Hay decisiones que un hombre debe tomar a veces sin medir consecuencias.

—¿Por qué te odiaría, papá? Yo te amo. Siempre fuiste mi héroe.

—Todo lo que hago es por ti, mi amor. Naciste para ser feliz, mi ángel. La vida ya fue demasiado cruel contigo.

— Siempre te tuve a ti, papá, y eso ya lo es todo. Ahora no me hagas llorar, o pareceré un espantapájaros en mi boda.

Entonces sonríe y me ofrece su brazo para que me apoye. Me conduce fuera de la habitación, hacia el hombre al que entregué mi corazón.

Martina ya nos espera junto a la limusina. Me abraza y yo la abrazo de vuelta. Está visiblemente feliz por mí, emocionada como si fuera mi propia madre. Intento contener las lágrimas, porque no quiero que mi futuro esposo me vea con los ojos manchados como un panda.

Subimos a la limusina y me quedo observando las colinas y los viñedos bañados por el tono anaranjado del atardecer en Toscana. Tan frescos y hermosos. El clima es perfecto para una celebración de tarde. Intento distraerme y no dejarme consumir por la ansiedad y el deseo de encontrarme con mi prometido.

Una hora después, llegamos a la Piazza del Duomo, donde se alza la Catedral de Santa Maria del Fiore, en Florencia. La construcción es majestuosa, grandiosa y hermosa. Aunque no es

común celebrar bodas allí, se concedió una excepción especial para la unión de dos familias poderosas de Toscana: los Bellini y los Vacchyano. La recepción será en uno de los hoteles más prestigiosos de Florencia, y después de la fiesta partiremos en un jet privado hacia la isla de Elba, donde pasaremos una semana de luna de miel.

Contemplo la magnífica catedral. A pesar de estar repleta de invitados, parece vacía por su inmenso tamaño. Entro del brazo de mi padre en la enorme nave. La decoración es preciosa, con innumerables flores blancas y amarillas distribuidas por el recinto. El aroma dulce y sereno se percibe incluso desde la entrada, dando un aire etéreo al lugar.

Cuando el piano empieza a entonar la marcha nupcial, piso con inseguridad la alfombra blanca que parece interminable. Fijo mis ojos en la figura masculina frente a mí y se me corta la respiración. Mi futuro esposo luce imponente con su traje azul oscuro, que se ajusta a su cuerpo viril y dominante. Su barba está perfectamente arreglada y su mirada afilada es la de un depredador. Al mismo tiempo, una arrogancia peligrosa se dibuja en sus facciones arrebatadoramente atractivas.

Estoy tan magnetizada por su belleza que apenas registro a los padrinos. Elena es una de mis madrinas, y Giovanni uno de los padrinos de Ettore.

Estoy tan absorta en mi apuesto prometido que ya no veo la arrogancia gélida de segundos atrás. Ahora percibo deseo, fuego, hambre. Tiemblan mis rodillas al notar cómo me devora con la mirada, analizándome de arriba abajo, como si imaginara de mil maneras distintas cómo va a poseerme.

¡Santo Dios! ¿De dónde surge este pensamiento tan impúdico? ¿Será profano imaginar caricias carnales dentro de una iglesia? Tal vez todo se deba a la mirada lujuriosa de mi prometido. Me sonrojo, confusa, preguntándome si los demás invitados notan nuestro lenguaje silencioso.

Rompo brevemente esa conexión y observo a los presentes. Son pocos los rostros conocidos y amistosos que encuentro. Un destello rosa me llama la atención, pero no alcanzo a fijarme más, porque debo concentrarme en mis pasos o terminaré tropezando.

Ettore me recibe de las manos de mi padre. Antes de entregarme a mi futuro esposo, escucho su ruego:

— Por favor, solo ámala y hazla feliz.

Un largo silencio se instala. Creo que mi prometido no contestará, hasta que finalmente declara, seco y autoritario:

— Lo haré. Lily ahora me pertenece, y yo cuidaré de ella.

Un estremecimiento de pertenencia recorre mi piel.

El sacerdote da inicio a la ceremonia, recibiendo a los presentes, bendiciéndonos y pronunciando sermones sobre el amor y la fidelidad dentro del sagrado vínculo matrimonial. Hace referencia a pasajes bíblicos, edificándonos con la base sólida del matrimonio y recordándonos que pronto seremos una sola carne.

En cierto momento, mira a Ettore y declara:

— "El que encuentra esposa, halla algo bueno; ha alcanzado el favor del Señor." (Proverbios 18:22). —Luego dirige sus ojos hacia mí y cita otro versículo—: "Por encima de todo, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto." (Colosenses 3:14).

El sacerdote dejó en claro cuánto necesitamos mantenernos fieles al amor que sentimos el uno por el otro.

La ceremonia fue conmovedora. Cuando llega la hora de los votos, fijo mis ojos en los de Ettore, color whisky, y contemplo el fuego ardiente de su determinación y firmeza mientras recita las palabras tradicionales. Me toma la mano con fuerza. Aunque estoy temblando, no puedo romper nuestra conexión. Desliza en mi dedo,

con delicadeza, la alianza: símbolo de la unión eterna y del amor incondicional de un matrimonio. Luego hago lo mismo, aunque mi voz no tenga la misma firmeza que la de mi esposo, pues la intensidad del momento me embriaga.

Cuando el sacerdote pronuncia las palabras finales y anuncia que el novio puede besar a la novia, siento mi corazón golpear con fuerza mi pecho. Fantaseo con el sabor de sus labios firmes sobre los míos.

Mi querido diario es testigo de que, desde mis quince años, sueño con ese gusto y con su posesión. Ettore me sujeta con firmeza por la cintura y las incontables mariposas en mi vientre amenazan con elevarme. Sin embargo, mis planes se ven frustrados cuando deposita un beso casto en mi frente. Me desconcierta, pero enseguida me siento agradecida. De algún modo, debió percibir mi nerviosismo y ansiedad. Mi primer beso sería demasiado íntimo como para compartirlo con una multitud.

Solo le sonrío con ternura. Después, seguimos hacia la recepción en el hotel. No puedo pensar en otra cosa que en lo dichosa que me siento junto al hombre al que verdaderamente amo.



CAPÍTULO 08

ETTORE VACCHYANO

Escucho, a lo lejos, una bella canción italiana resonando en el salón del hotel donde ocurre la fiesta de boda. Todos los invitados ya regresaron de la ceremonia religiosa y tuvimos que recibirlos uno por uno.

Aunque intento mostrar una expresión aburrida, soy malditamente consciente de que mi hermosa esposa está a mi lado, y el olor de su perfume delicado y floral, de vez en cuando, me golpea las narices, haciendo que mis instintos masculinos se impongan, evocando la necesidad primal de llevármela a la cama.

¡Dios mío! Todo esto es una abominable farsa. Cansado de todo el teatro que tengo que interpretar, busco refugio en una parte apartada del jardín, bajo una pérgola cubierta de plantas. Un sitio alejado de la agitación de la boda. Necesito mantenerme lejos de todos los invitados.

Aprieto los dientes, sintiendo que una profunda oleada de rabia me inunda. El plan de Bellini funcionó. Me compraron y me entregaron como si fuera una mascota para su linda princesita. Esto debería ser un día memorable: el día en que me casara con la mujer que elegí — Arabella. — Ella estaba realmente preciosa con ese vestido rosa. Me sorprendió encontrarla entre la multitud de la

celebración; no tengo la menor idea de quién la invitó. Que estuviera allí fue una locura.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón y siento el anillo de compromiso que debería pertenecerle. Tal vez fue una pequeña rebeldía mía, una forma de demostrarme que Bellini no podría controlarme por completo.

Me rompió el corazón ver a Arabella en la iglesia, entre los testigos, presenciando mi boda con otra. Debería haber sido ella la que entrara por esa nave. Pero, cuando cierro los ojos un instante, es a Lily a quien veo desfilando por la alfombra blanca del largo pasillo de la catedral, con su cabello rubio adornado por brillantes y una sonrisa inocente que irradia felicidad al verme esperándola en el altar.

Abro los párpados de golpe. ¡Maldita sea! No debería permitirme ese tipo de ensoñaciones. La chica debe sentirse satisfecha por haberme comprado. Un artículo de lujo para una niña mimada y egocéntrica. Pero debo reconocer que tiene una belleza ingenua y delicada. Y después del cambio en su vestuario — los nuevos tonos de tela y los modelos refinados de la última colección, — aunque de estilo conservador, la realzan. A diferencia de las prendas oscuras y excéntricas, las piezas nuevas valoran su silueta esbelta y subrayan su belleza natural.

¡Joder! El hecho de que me excite la idea de llevármela a la cama no entra en esta ecuación. La única explicación plausible es que esté en abstinencia de sexo.

Oigo ruidos detrás de mí, como pasos entre el follaje. Al girarme, me topo con Arabella. Veo sus ojos húmedos y enrojecidos. ¡Joder! Su expresión es un náufrago de tristeza.

— Arabella, ¿qué haces aquí? — pregunto, sorprendido.

— Tenía que venir. Tenía que ver con mis propios ojos si de verdad tendrías el valor de desecharme. En el fondo pensé que abandonarías a la ratoncita en la iglesia llena —jadea y se lanza a mis brazos. La abrazo; quisiera borrar todo su dolor—. ¿Por qué, Ettore? Este día debería ser nuestro —lamenta sobre mi hombro.

— No quiero verte así. No quiero que llores. Sé feliz y encuentra un nuevo amor — sugiero, aunque mi corazón esté hecho pedazos.

Puedo estar empujando a Arabella hacia los brazos de otro hombre. Eso me destroza, pero sufriría aún más viéndola remoer lo que no pudo ser.

— No puedo aceptar que esto termine así. ¿La amas? ¿Está ella embarazada y te obligaron a casarte con ella? — me acusa, golpeando mi pecho.

— ¡Dios! Obviamente no. No amo a mi esposa y ella no puede estar embarazada, porque nunca la toqué.

— Entonces, ¿qué pasó? Me estoy volviendo loca, porque pensé que me amabas y que me pedirías matrimonio.

Ella nunca supo cuánto estuve cerca de cumplir su deseo. El destino me arrastró al centro de un huracán y disolvió, en un instante, mis planes.

— Me fue necesario casarme.

Arabella parece no aceptar mi explicación y trata de arrancarme algo.

— ¿Tienes problemas financieros?

— Los negocios están cada vez más sólidos y rentables.

— ¿Qué tiene esa zorrita que yo no tengo? — me presiona. Está claro que está herida.

— No hagas eso; acepta que tuvimos que tomar rumbos distintos. Quiero que te quedes con algo. — Busco en el bolsillo del pantalón el solitario con un hermoso diamante.

Debería habérselo entregado el día que Elena dio la fiesta en la villa; sin embargo, Arabella se fue después de recibir una llamada y tuvo que marcharse antes. Consecuentemente, ese momento nunca volvió a presentarse. Parece ridículo y fuera de lugar entregarle un anillo pensado para una petición de mano el mismo día de mi propia boda, a mi exnovia. No obstante, mi pequeño acto de insubordinación viene bien: de ninguna manera esa joya podría pertenecer a mi esposa Lily. El anillo pertenece a un ciclo que debe cerrarse.

Arabella no puede ser mi esposa, y me niego a hacerla esperar hasta que yo quede libre de esta miserable trampa. Tendré que cumplir con mi karma, y, por cierto, sería inconcebible que yo quedara realmente libre, ya que no existen divorcios en la familia Vacchyano. Es una tradición de siglos que no se romperá.

— Quédate con él o véndelo — sugiero, observándola colocar el delicado solitario en su dedo.

— Te amo, Ettore. Te amo — intenta besarme, pero la aparto.

— No me malinterpretes; acepta que se acabó — digo, gélido, destrozando todos sus sueños.

— Oh, perdóname. Yo... yo... —oigo la voz de mi adorable esposa detrás de mí. Estaba tan absorto en la despedida a mi ex que no escuché la llegada de Lily—. ¿Entro en algo?

Al girarme la veo hermosa y vulnerable, con el rostro pálido. Parece incómoda por haberme sorprendido con mi ex. Lily es una excelente actriz. Su aire de sorpresa y su fingimiento disimulan que

sabe perfectamente del acuerdo en el que, obviamente, fue cómplice con su padre. Nuestro matrimonio se sostiene sobre una asquerosa extorsión.

¡Joder! El que sea hermosa y me excite sin esfuerzo me enciende la rabia profundamente. Odio que ocupe mis pensamientos gran parte del día. Su respiración está acelerada y observo el balance perfecto de sus dulces pechos, que parecen querer desbordarse del recatado escote del vestido de novia.

¡Madre mía! Mi voluntad primal de morder sus pezones duros y deliciosos me tortura sobremanera.

— No. Arabella ya se iba —la rapidez con la que respondí sorprendió tanto a ella como a mí. Pude percibir su leve jadeo detrás de mí.

— Bueno... es que es la hora del baile de los novios. Y como desapareciste... fui a buscarte.

— Aquí estoy. Entonces no perdamos tiempo. Los invitados nos esperan. — Me acerco a Lily y tomo su brazo.

Su aroma floral llega a mis fosas nasales, dejándome ligeramente trastornado. Es como un maldito feromona que me domina. Mi miembro reacciona de inmediato; puedo sentir el molesto hervor dentro del pantalón. Y, joder, no es la primera vez que he tenido que controlarme.

No miro atrás ni por un instante. Puedo comportarme como un hijo de puta insensible con Arabella, pero sería aún peor si alimentara su pasión por algo imposible. Ahora pertenezco a otra mujer, aunque sea contra mi voluntad, y volverme un rebelde sin causa no cambiaría ese hecho: Lily seguirá siendo mi esposa.



Circulamos entre las mesas de algunos invitados. Lily lleva una sonrisa clavada en el hermoso rostro y charla alegremente con conocidos. La banda se prepara para tocar el vals de los novios y la dirijo hacia la pista, que montaron en una parte del amplio jardín del hotel.

Después de bailar dos canciones, la pista se va llenando. En la siguiente pieza lenta, siento las dos manos delicadas de mi pequeña esposa rodear mi cuello, mientras yo sujeto su cintura estrecha con manos posesivas. Apoya la cabeza en mi pecho y seguimos bailando al compás lento.

— No quiero parecer celosa, ni paranoica, pero ¿por qué tu exnovia estaba en nuestra boda?

— Estaba triste porque me casé — respondo con brutal sinceridad.

— Debe odiarme por habértela robado, pero no tenemos la culpa de habernos enamorado — comenta, con una sonrisa dulce y cínica en su bonito rostro, como si no supiera del todo la farsa que es nuestro matrimonio.

Qué gran mentirosa.

Me mantengo en silencio. Cuando termina la canción, vamos a nuestra mesa. Veo a George conversando enérgicamente con mi madre, y la cólera amenaza con romperse dentro de mí.

Me dan ganas de partirle la cara a mi querido suegro, pero ahora somos una hermosa familia — pienso con ironía.

Tras dejar a mi esposa con su padre, me aparto, sin querer sucumbir a la tentación de romperle la cara a Bellini. Veo a Elena

bailando animada con un joven y un camarero me sirve una copa de champán.

¿Qué mejor que anestesiarme con alcohol en la celebración de mi boda? — pienso, sarcástico.

Cuando un banquero de Florencia muy reconocido, Nikollas Barbiery, viene a felicitarme, hablamos unos minutos sobre negocios. En cierto momento, fijo la vista en la pista y siento hervir mi sangre. Un odio visceral y provocador quema mis entrañas al ver a Lily bailando con un hombre rubio. Él la sujeta con posesividad por la cintura y ella sonríe a algo que el desgraciado le susurró al oído. Tengo que contenerme para no ir allí y arrancarla de sus brazos.

¿Qué carajo estoy pensando? Parezco un hombre celoso. ¡Maldita sea!

No me importa si sonríe de oreja a oreja como una bufona. Es mía, y al final de la noche estará en mi cama. Le arrancaré sus dulces gemidos mientras la posea y le meta mi polla hasta el fondo. Sonrío con lascivia y desvisto con la mirada a la pareja en la pista, con fingida indiferencia.

Analizo a la linda chica que acompaña a Giovanni. Se separa de su mesa y charla con un grupo de mujeres. Me acerco a mi hermano. Se está recuperando bien. Sigue con la fisioterapia y pronto estará totalmente restablecido. Cuando me ve, me felicita; debe ser la milésima vez que lo hace. Si supiera que los causantes de mi disgusto fueron sus actos imprudentes...

Un camarero nos trae más tragos. Giovanni se lleva a la boca un trozo de antipasto de calabacín y champiñón, disfrutando la abundante y típica comida italiana. Me siento junto a él.

— Quería saber de quién fue la brillante idea de invitar a Arabella a mi boda.

Lo veo detener lo que hacía y mirarme. Sus ojos, con un atisbo de culpa, me confirman lo que ya sospechaba: Giovanni siempre se llevó muy bien con Arabella.

— Lo siento, hermano — dice — me conmovió su pedido. Arabella prácticamente me suplicó que estuviera en la ceremonia y me aseguró que permanecería invisible al fondo de la catedral, que nadie la vería.

— Ella está en la fiesta también. Hablé con ella hace un rato en el jardín. —Giovanni se incorpora incómodo en la silla. — ¿Sabes lo inconveniente que es esto?

— Perdóname, Ettore. No lo calculé bien. Pensé que no te importaría, al fin y al cabo te casarías con Lily.

Lo tomo del cuello con brusquedad y lo acerco. Le susurro al oído, duro:

— ¡Stupido! ¿Cómo no ibas a suponer que la mujer que amo, viendo mi boda con otra, sería inadecuado? Más aún cuando me caso por tu culpa, para que no acabes pudriéndote en una maldita celda.

Abre los ojos y lo suelto de golpe. Controlo mi temperamento.

Evidentemente, no quiero ser el centro de atención ni, peor aún, la comidilla entre los invitados.

— ¿Cómo dices eso, Ettore?¿Te casas para que yo no vaya a la cárcel? ¿Bellini cree que soy culpable?

— Olvídalo, Giovanni. Ya está todo resuelto. Creo que el alcohol me está embotando el raciocinio; hablo de más. Y no olvides que cuando te recuperes trabajarás en la Vacchy y no harás más locuras.

— No me importa trabajar en la Vacchy — responde, con el rostro pálido y la expresión congelada.

¡Mierda! Hablo de más. Veo que el remordimiento lo corroe, pero no quiero su pena. Ya me sacrifiqué, no necesito compasión.

— Pensé que te habías casado con Lily porque descubriste que la amabas, y que por eso dejaste a Arabella — le digo, mirándolo como a un lunático. Pero noto una chispa diferente en su mirada. — Aún puedes huir, Ettore. Te ayudaría y...

— No digas tonterías, Giovanni. Olvida lo que dije —le corto, seco.

— Pero...

— Ya te dije: olvida el tema. Dime solo quién es el tipo que está bailando con mi esposa.

Lo veo girar la cabeza hacia la pista.

— Ah, es el doctor Ángelo Carelly, un oncólogo y clínico muy reputado.

Interesante. Así que ese hombre forma parte constantemente de la vida de mi mujer. Será mejor que mantenga una distancia respetuosa; se nota el brillo de admiración en sus ojos hacia Lily. Tras separarse, considero que es lo mejor. No quiero hacer el hombre cavernícola y arrastrar a mi adorada esposa chantajista fuera de la pista. Y seguro que el doctor, "accidentalmente", terminaría con un buen puñetazo en el ojo para que aprenda a no codiciar lo que no le pertenece.

Soy naturalmente posesivo. Lo que es mío, es mío, punto, aunque Lily no sea la esposa que elegí. Que esa chica me atraiga y encienda mi impulso de posesión es lo que me perturba y enfurece.

Percibo que Giovanni quiere decir algo, pero se calla cuando alguien se acerca a la mesa. Veo que es mi dulce esposa, acompañada de Elena. Lily me rodea por la espalda y besa mi mejilla. Interpreta a la perfección el papel de esposa devota,

enamorada e ingenua, que no sabe nada del vil acuerdo de su padre.

Debería aburrirme su actuación, pero ¿por qué diablos reacciona mi cuerpo? Su aroma embriagador, su piel suave, sus labios en forma de corazón... ¡Joder! No puedo pensar en esos labios, o la imaginaré ahogada, con mi polla caliente y gruesa en su boca, o soñando con el dulce sabor de su beso.

Esos pensamientos sórdidos se infiltran en mis células. De inmediato, mi polla se endurece y engrosa, y mis testículos se tensan.

¡Maledizione! No puedo admitir que a veces consulte la hora. No quiero reconocer que estoy ansioso por llevármela de aquí, desnudarla y perderme dentro de su cuerpo.

— Vamos a bailar, Giovanni. ¿O aún pareces una momia? — bromea Elena, alegre.

— Qué graciosa. Y no te mostraré ahora quién es la momia porque pienso bailar con nuestra nueva cuñada — responde, burlón, y mira a Lily con rabia.

Un instinto protector se enciende automáticamente en mí. ¿Qué coño hice?

— Bailaré con mi esposa. Sabes lo posesivo que soy, Giovanni — me levanto y llevo a Lily a la pista.

Varias parejas interrumpen sus bailes para observarnos en el centro. Desde lejos, parecemos un matrimonio enamorado y nadie imagina la farsa que es lo nuestro.

¡Porra! Intento enfriar mi ardor, pero tenerla entre mis brazos me deja aún más duro. Ella parece entregada al baile y ni nota el efecto que provoca en mi cuerpo. Mi hambre es animal y el despertar de mis sentidos es intenso por su dulce aroma. Lily me

mira; veo cuán pura es. Le acaricio la mejilla, sintiendo la suavidad de su piel bajo mis dedos. Ella esboza una sonrisa tierna y me dan ganas de probar sus labios sabrosos.

— Todos los invitados nos miran — dice tímida.

— Es una bella novia; todos miran a ti. Y no puedo culparlos, si yo tampoco puedo dejar de devorarte.

Es cierto. Lily es hermosa, debo admitirlo, aunque sea una ordinaria chantajista. Solo la imagino desnuda sobre las sábanas arrugadas, exhalando un olor a sexo puro, con mi polla caliente marcando cada centímetro de su deliciosa piel. Mi polla vibra y se endurece con la imagen de ella desnuda en mis fantasías profanas.

¿Qué coño estoy imaginando?

Mis pensamientos lascivos se rompen cuando mi celular vibra en el bolsillo. Miro la pantalla: Paolo, mi piloto, me avisa que todo está bajo control y que mi jet privado está listo para despegar cuando queramos.

— Despídete de los invitados, cara mia. Tenemos que ir — le digo a Lily, y ella me mira con una sonrisa dulce mientras salimos de la pista.

Giovanni, a estas alturas, ya está con su acompañante. Solo espero que no tenga la estupidez de contarle a mi esposa lo que le confesé. Pasaremos la noche de bodas y una semana de luna de miel en la isla de Elba. Probablemente será una semana aburrida, lejos de los negocios. No sé si lo soportaré. Definitivamente no soy de quedarme ocioso.

Mi dulce esposa se despide de su padre, de Martina y luego de mi madre. Observo sus rasgos delicados y siento el deseo primitivo hervir en mis venas. Una molestia persistente en la ingle me obliga a contener los pensamientos sucios que tengo sobre mi hermosa esposa. Tengo una ganas salvajes de arrancarle su

magnífico vestido de novia y entrar en ella con una estocada profunda y larga.

¡Infierno! Ese tipo de ensoñaciones nubla mi juicio.

He decidido no ser un marido títere, pero, de algún modo, espero ser recompensado y que Lily sea buena en la cama, porque solo imagino una forma de quedarme atado y sin trabajar: disfrutando de su cuerpo dulce y tentador. Quizá pasar una semana follándola calme este maldito deseo oscuro que se ha instalado en mi mente.

Unos minutos después, espero a Lily cerca de la limusina. Subió a una de las habitaciones del hotel con mi hermana para cambiar el vestido por algo más cómodo. Cuando la veo de nuevo, lleva un vestido tubo blanco que le llega a media pierna y zapatos a juego. Sexy como la puta madre. Su pelo rubio cae en ondas suaves por su espalda esbelta, sin los adornos de antes. El retrato de la esposa pura e inocente está impreso en su rostro delicado. Todo en ella transmite ese atractivo dulce y virginal.

Un odio punzante por Bellini llena mi amargura. No puedo olvidar, de ningún modo, que esto es solo una farsa y que Lily interpreta perfectamente a la esposa inocente.

Sonrío y hago una promesa: algún día Lily será mi presa y cambiaremos los papeles. Pero mientras tanto, aprovecharé lo que me ofrecen. Que sea una ordinaria será irrelevante mientras exista el deseo.



CAPÍTULO 09

LILY VACCHYANO

Me siento ridículamente nerviosa y mareada, quizá por las dos copas de champán que tomé durante la fiesta... o tal vez porque apenas probé bocado, gracias a la ansiedad de ser novia.

Desde que dejamos la recepción y subimos al jet privado, Ettore me ha estado ignorando, y no sé por qué. Está sentado en un sillón frente al mío, con el portátil apoyado en sus poderosos muslos, como si yo no existiera. Y lo que más me duele es que, en ningún momento de la ceremonia ni de la fiesta, me besó en los labios. Esa ausencia me deja devastada. ¿Será que descubrió que no tengo experiencia alguna en ese aspecto y eso lo desanimó? Me siento como si cargara una enfermedad contagiosa, una lepra invisible.

Sacudo esa inseguridad absurda de mi mente. Seguramente estoy exagerando. Quizá Ettore solo esté ocupado con algún asunto urgente de la empresa. Me casé con un workaholic, lo sé, y las corporaciones Vacchyano son un legado que mi esposo maneja con mano de hierro.

Además, debo reconocer que él hace lo posible: terminó una relación porque descubrió que me amaba y planeó nuestra luna de miel en la isla de Elba, a pocos kilómetros de la Toscana. Una isla bañada por el mar Tirreno, preciosa. No tardaremos mucho en llegar.

Debería sentirme en éxtasis... y sin embargo estoy aburrida, porque no soy el centro de sus pensamientos. Desvío la vista hacia la pequeña ventanilla del avión. El cielo está oscuro y la inmensidad del mar negro bajo nosotros me provoca pánico, como si las casitas diminutas allá abajo fueran simples miniaturas a punto de desaparecer.

En un momento, bostezo, agotada por las últimas horas. Apenas probé bocado en la recepción, estaba demasiado nerviosa. Mi estómago parecía un nido de mariposas agitadas.

—Hay un compartimento con un dormitorio en la aeronave — me informa Ettore.

Nuestros ojos se cruzan por un instante, tan intensos que me dejan sin aliento, pero él enseguida aparta la mirada y vuelve a concentrarse en el portátil. Como si ese deseo que me estremeció hubiese sido solo mío.

—Gracias, estoy bien —murmuro.

Pocos minutos después, termino quedándome dormida en el sillón.



Cuando despierto, estoy en los brazos de Ettore. Puedo percibir el aroma delicioso de su colonia amaderada. El lugar está parcialmente envuelto en penumbras, iluminado apenas por diminutas luces que crean un aire romántico. Descubro que estamos en una cabaña de luna de miel.

—¡Oh! Creo que me quedé dormida... ¿Podrías bajarme, por favor? — le pido, avergonzada.

Jamás imaginé que dormiría durante todo el vuelo. Lo que yo quería era que Ettore hablara conmigo, que me besara, disipando las dudas que me atormentaban y asegurándome que todo estaría bien. A veces, sus ojos arden con fuego y pasión, pero en otros momentos están llenos de rabia e indiferencia.

— Me gusta tenerte en mis brazos, piccola. Además, es tradición que el novio cargue a su esposa.

Entramos en el chalet. El ambiente está decorado para recibir a una pareja enamorada: un balde con champán sobre hielo, globos en forma de corazón, pétalos de rosas rojas esparcidos por la habitación y una música cálida y provocadora de fondo. Ettore me deposita en el suelo y de inmediato extraño el calor de sus brazos. Este sería el momento perfecto para un beso... para mi primer beso con el hombre del que estoy locamente enamorada. Tengo una sonrisa boba en el rostro, pero al girarme hacia él para agradecerle, me encuentro con su expresión cerrada, sombría. Sus ojos reflejan asombro, incluso algo de disgusto.

—¡Santo cielo! Esto solo pudo haber sido idea de Elena. Ella se encargó de las reservas y seguramente dijo que era para una luna de miel.

—A mí me encantó — le respondo, aunque en el fondo me decepciona un poco que no haya sido él mismo quien pensara en ese detalle, convirtiéndolo en un gesto impersonal.

Ettore se aleja de mí, busca en la mesa del aparador y se sirve un whisky, ignorando por completo el champán.

—Será mejor que vayas a la suite, Lily. Te daré espacio y en unos minutos me reuniré contigo — su tono es seco, mientras lleva el vaso de licor oscuro a los labios.

El dormitorio tiene la misma atmósfera acogedora y romántica que la sala. Me dirijo al vestidor y suspiro aliviada al ver mis nuevas

prendas ordenadas en los estantes, junto a las de Ettore. Nuestras maletas habían sido despachadas el día anterior. Paso la mano suavemente por una de sus camisas blancas y sonrío, soñadora. A partir de hoy, compartiremos mucho más que un espacio en el armario: compartiremos la vida, los sentimientos y, sobre todo, la complicidad y el amor de una pareja.

Elijo una de mis camisones nuevos: es blanco y largo, con encajes en los laterales y aberturas profundas. Sexy. Al principio dudé en comprarlo, pero Elena insistió tanto en que me quedaría hermoso que terminé cediendo. Tomo lo que necesito y me encierro en el baño para darme una ducha tibia y relajante.

Poco después, lo espero en la cama, ansiosa y ridículamente nerviosa. Parece una eternidad la que paso aguardando a mi esposo. Todavía llevo la liga de novia, blanca con detalles azules.

De repente, la puerta se abre bruscamente y Ettore entra, imponente y peligrosamente irresistible. Ya se deshizo del traje y de la corbata; algunos botones de su camisa están desabrochados, dejando al descubierto parte de su poderoso pecho. Es tan guapo... Sus ojos, oscuros e intensos de deseo, me devoran como si quisiera probar cada pedacito de mí. Tiemblo.

Se acerca lentamente a la cama, como un depredador nato. Esta vez, su mirada no se aparta de la mía ni un instante. Me tiende la mano para ayudarme a levantarme y siento cómo la corriente de excitación recorre cada célula de mi cuerpo. La necesidad de pertenecerle crece en oleadas. De alguna forma, sé que Ettore no me lastimará. Soy virgen, y él será delicado.

La humedad entre mis piernas es la prueba del deseo que me consume... y ni siquiera me ha besado aún.

— Déjame contemplarte, piccola — susurra, levantando mi barbilla con suavidad para obligarme a mirarlo.

Creo que por fin me besará. Cierro los ojos lentamente y siento cuando inhala mi aroma, rozando con la nariz la piel sensible de mi cuello. Luego la besa con lujuria, arrancándome un gemido entregado. Sus dedos juguetean con el tirante de mi camisón, y sus labios pecaminosos dejan un rastro ardiente en mi hombro desnudo.

De inmediato, la seda resbala por mi cuerpo y se acumula a mis pies. Abro los ojos despacio y descubro su mirada clavada en mis pechos, devorándolos con los ojos. Instintivamente quiero cubrirlos.

—Bella mia... —murmura con deseo, trazando mi pezón rígido con la yema de su dedo.

Luego atrapa todo el seno, endureciendo aún más el bulto bajo el calor de su contacto. Su mano audaz desciende lentamente por mi vientre hasta colarse, sin pudor, dentro de mi ropa íntima. Ahogo un suspiro. No esperaba un ataque tan brusco, tan descarado.

— Madonna mia, estás empapada, dolcezza.

— Estaba pensando en ti — confieso ingenuamente, sonrojándome al instante.

— Obviamente. Soy el dueño de tus pensamientos, amore mio — responde con cierta sequedad. No entiendo su reacción. — De cualquier modo, me agrada... me agrada muchísimo que estés tan húmeda — su voz grave me acaricia el oído, erizando mi piel.

Las sensaciones que provocan sus palabras me sacuden entera.

— ¡Oh! Esto es mejor que en mis sueños... — balbuceo, completamente entregada.

La presión firme sobre mi clítoris casi me hace desfallecer. Me aferro a sus anchos hombros para no caer, mientras una energía

deliciosa se concentra en mi sexo, creciendo sin freno. Entonces siento la punta de su dedo presionar mi entrada, y gimo.

— Por Dios... qué apretadita. Hasta mi dedo tiene dificultad para entrar — gruñe Ettore, forzando suavemente la entrada.

A pesar de mi humedad, mi cuerpo ofrece resistencia. Cuando por fin logra atravesarme, muerdo su hombro, sollozando. Duele. No es un dolor insoportable, pero sí incómodo. Es la primera vez que un hombre me toma de forma tan íntima.

—Ah, Ettore... yo...

—Tranquila, dolcezza — me susurra, hundiéndome más su dedo largo y grueso.

Inicia un vaivén rítmico en mi interior y pronto una oleada de placer comienza a formarse en mi vientre. Cuando añade un segundo dedo, el ardor se convierte en excitación pura, llenándome de una presión deliciosa que me consume.

— Qué maravilla... tan entregada y apasionada, piccola — ruge en mi oído, con la voz ronca y pecaminosa, derrumbando lo poco que me quedaba de cordura.

En cuestión de segundos, me estremezco y estallo. Un grito desgarrado escapa de mi garganta. El calor líquido empapa sus dedos, mientras mi cuerpo entero se rinde en éxtasis. Nunca imaginé que mi primer orgasmo me arrasaría con semejante intensidad. Estoy blanda, rendida, entre sus brazos. En su mirada se refleja la satisfacción masculina de verme gozar... y apenas me ha tocado con los dedos.

Ettore me deposita con cuidado en la cama, pero el hambre primitiva en sus ojos me anuncia que esto es solo el principio.

¡Dios! Si otra ola de placer me sacude así... estaré perdida.



CAPÍTULO 10

ETTORE VACCHYANO

Está preciosa, esparcida en el colchón, con esos pequeños y tentadores pechos erguidos. El pedazo de encaje cubre su coño suave y caliente, y la liga blanca se aferra a su muslo derecho. Todo en ella inspira algo virginal y a la vez malditamente sexy. Estoy seguro de que esa elección fue idea de mi querida hermanita.

Lily jamás fue una chica preocupada por la moda. Siempre tuvo ese aire nerd y torpe. Pero el cambio en su apariencia solo acentuó lo que ocultaba, aunque no fuese intencional. Sus facciones son clásicas y delicadas, su nariz pequeña y respingona, y sus labios suaves, en forma de corazón, me enloquecen, haciéndome ansiar probar su sabor.

Maledizione. No debería desearla de un modo tan primitivo e inmoral. Aplasto esa idea en mi cabeza, categórico.

El único lugar donde debería apretar es en su cuello delgado, mientras la follo hasta dejarla sin aire. Y aun así, recuerdo cuál es nuestra situación. ¡Carajo! Fui comprado. Estoy aquí únicamente para complacerla y fingir ser un esposo feliz y enamorado, al lado de una mujer que desprecio con todo mi ser.

De todos modos, quiero follármela, ya que al final no soy más que su gigoló. Ya me libré del traje, el chaleco y la corbata. Empiezo a desabotonar con lentitud mi camisa blanca, revelando mi torso

fuerte. Ella parece hipnotizada, me mira con devoción, como si fuera la primera vez que ve a un hombre desnudo. Y lo cierto es que, a partir de hoy, no tendrá otras comparaciones.

El deseo silencioso en su mirada me pone más caliente que nunca.

—Quiero verte desnuda, dolcezza. — La tomo de los muslos y la arrastro hacia el borde de la cama.

Lily jadea. Intento apartar la vista de ese pequeño triángulo de encaje, pero es imposible. Aferro el lateral de la prenda diminuta y la desgarró de un tirón. Ella grita, sorprendida por mi crudeza. Su coño depilado y perfecto queda expuesto frente a mis ojos. Toda ella es delicada y proporcionada, hasta sus labios vaginales son pequeños.

Dio, voy a destrozar a esta chica.

El olor femenino me embriaga, mi polla late y babea dentro de la ropa interior. ¡Joder! Está deliciosa.

—Yo... nunca lo hice antes — confiesa, lo que ya sospechaba. Cuando la toqué con los dedos noté lo cerrada y resistente que era.

—No puedo prometer que no dolerá. Aunque vaya despacio, eres diminuta... y nunca tuve a una virgen antes — le digo brutalmente sincero. — . Además... eres hermosa... perfecta... — Deslizo mis dedos por sus labios húmedos y diminutos, y siento cómo su cuerpo tiembla.

— Quiero tanto ser tuya — admite, acariciando mi rostro con sus manos suaves. Una sonrisa encantadora se pinta en sus labios tentadores.

La tentación de tomar esa boca con la mía es feroz, pero me contengo. Nada de besos. Así es como actúan los chicos de compañía: solo sexo. Absolutamente, ningún beso.

—Sé que serás cuidadoso. — Su confianza en mí es absurda, cuando lo único que deseo es apretar ese cuello delicado mientras la follo sin piedad.

— Ragazza... —las palabras se me enredan con crudeza en la garganta, abrasadas por el deseo.

Recorro su cuerpo suave con mis manos y labios. La dejo con la liga puesta y me dedico a explorarla, besando su piel ardiente, buscando sus zonas erógenas. Bebo de sus pechos, casi devorando los pezones rosados, rígidos en mi boca. El calor de su piel sedosa contra mi lengua me enloquece aún más. Ella gime, y ese sonido abrasador me prende fuego.

Quiero hundirme en ella de un solo golpe, sin importarme el daño. El resentimiento hierve en mi interior. "Odio" sería la palabra justa. Odio haber sido obligado a casarme con Lily. Pero algo me frena de ser brutal: quizá su fragilidad dulce. Aun así, es tan pequeña que incluso conteniéndome, le causaré dolor.

Me pongo de pie, desabrocho el cinturón y me despojo de los zapatos y calcetines. La miro, saboreando esa chispa incitante en sus ojos. Bajo el cierre de mi pantalón y, de un tirón, lo dejo caer junto con la ropa interior. Mi polla queda libre, dura y enorme.

Su mirada inocente se agranda. Sé que tiene miedo, y que entiende que le dolerá por mi tamaño. Sus labios entreabiertos me tientan a pecar aún más.

— No temas, Lily. Seré generoso — la tranquilizo, aunque mi interior hierve con pensamientos posesivos y obscenos.

— Ahora, abre las piernas, piccola.

Su rostro se tiñe de rojo, pero me obedece. La contemplo sin pudor, fascinándome con su sexo húmedo y brillante. Está tan mojada que la sábana ya está manchada. Lily es demasiado sensible. Tomo mi polla con firmeza y la bombeo con la mano, en

movimientos lentos de vaivén, mientras ella observa con hambre disfrazada.

Subo a la cama y la rozo suavemente, desde el muslo hasta la hendidura empapada. Fricciono mi glande contra su clítoris hinchado y la oigo gemir. Con lentitud, comienzo a entrar, forzando su estrecha entrada. Avanzo poco a poco, sintiendo cómo su calidez me envuelve. Su sollozo de dolor me golpea.

—¡Cazzo! Lo siento, piccola. No quiero hacerte daño, pero estás deliciosa — gruño al sentir cómo sus músculos me estrangulan.

—Eres demasiado grande... y arde mucho — lloriquea.

—¿Quieres que me detenga? — pregunto, casi sufriendo, mientras su coño apretado me traga con perfección.

Aún no he roto su himen, aunque siento la barrera.

— No... por favor... quiero que sigas... —suplicó con sus ojos color lavanda, embriagados de fuego y deseo.

Suelto un gruñido de alivio. No quiero abandonar su calor. Me obligo a controlarme, aunque mi instinto animal grita por hundirme hasta el fondo. Me recuerdo que es su primera vez. Mi primera virgen. Tan frágil...

Me deleito en sus pechos, lamiendo, besando, devorando. Salgo casi por completo y vuelvo a entrar con fuerza. El himen cede y ella solloza. Bebo sus lágrimas, consolándola, mientras la lleno entera. Su interior me drena hasta el alma.

Espero que su cuerpo se acostumbre a mi grosor. Estoy tan profundo que siento su útero. Permanezco quieto, conteniéndome, aunque es una tortura no moverme. Luego empiezo a marcar un ritmo lento, perezoso, preparando el terreno.

Cuando noto que su expresión ya no refleja dolor, aumento el ritmo. Alzo sus piernas sobre mis hombros y la cabalgo sin control. La penetro rápido y fuerte. Sus pechos rebotan, sus gemidos son un cóctel de dolor y placer.

— Ettore... Dios... así...

Sus manos intentan frenar mis avances, empujando mis muslos para que no entre del todo, pero no cejo. La increíble sensación de ser aplastado dentro de ella es surrealista. ¡Joder! Estoy a punto de correrme como un adolescente. Disminuyo el ritmo, embistiendo lenta y constantemente. Beso sus pechos y su cara. En un momento dado, gira la cara hacia mí, buscando mis labios, pero me desvío y termino besando su barbilla. Bajo, seduciéndola lentamente, hasta que vuelvo a sus pechos y empalo sus sensibles pezones en mi boca. Son tan sexys y deliciosos. Embisto lentamente mientras chupo sus tiernos y firmes pechos.

Lily intenta tocarme y acariciarme la cara, pero le sujeto las muñecas por encima de la cabeza y acelero el paso, follándola con fuerza. Gime sumisamente. Tan dulce y adictivo. Le suelto las muñecas y la agarro lentamente del cuello, sintiendo la excitación entre mis dedos. Sería tan fácil estrangular a mi hermosa esposa chantajista mientras me la follo. Me mira, embelesada. Alterno entre embestidas lentas y fuertes con otras rápidas y profundas. Siento su apretado coño apretándome con fuerza. Su respiración es más agitada y comprendo que está a punto de correrse. Aunque un deseo frenético se apodera de mi cuerpo y anhelo la misma liberación, me aparto de ella. Oigo su leve gemido de protesta y abandono.

— ¡Ettore! Por favor... Lo deseo tanto... Oh... Esto se siente tan bien... Siempre te he amado", murmura frases incoherentes, entregándose a la pasión.

— Tranquila, bella mía. Te vas a correr... pero primero, necesito compensarte por el dolor. Rodeé su clítoris hinchado y

comencé a hacer movimientos suaves y precisos con los dedos. Está muy lubricada.

Tan duro y excitado como estoy, quiero hacerla correrse por completo. Acerco mi boca a su delicioso coño, ligeramente rojo por la brusquedad con la que la tomé. Sin embargo, no siento remordimiento. Le doy una buena mamada a su deliciosa y húmeda rajita y subo hasta su hinchado montículo. Su miel es un narcótico delicioso. Aún puedo ver el brillo radiante de su dulce excitación y algunos rastros de sangre de la pérdida de su virginidad.

Lily se retuerce y sacude las caderas en una dulce oleada de placentera liberación. Intensifico la estimulación en la zona sensible de su sexo palpitante. Luego la monto de nuevo y penetro en su canal con una embestida cruda y enérgica, arrastrándola a una nueva y gloriosa concepción del orgasmo. La oigo gritar y gemir mi nombre al alcanzar el éxtasis. Continúo embistiendo unas cuantas veces hasta que me corro, llenando su vientre hasta los cimientos con mi semen.

Un jadeo de satisfacción escapa de mi garganta. Dejo de moverme, pero permanezco enterrado profundamente en ella, sintiendo su calor húmedo alrededor de mi polla. Aunque me he corrido, la excitación no ha disminuido. ¡Diablos!

¿Bellini quiere que un nieto me entregue los papeles? Pronto lo hará.

El pequeño cuerpo de Lily tiembla y jadea bajo el mío. Estoy sudoroso y lleno de energía al mismo tiempo. Siento ligeros besos en el hombro y una ligera caricia en la espalda. Me apoyo en un codo, observándola intensamente. Su rostro es encantador, mostrando los últimos vestigios de placer. Debo estar aplastándola, y ella ni siquiera protesta.

No estaba preparado para tanta pasión en su cama. Sabía que sería una esposa sumisa y dulce, pero no podía imaginar la

fuerza del violento placer que me envolvería. El calor, el deseo, la lujuria y la necesidad desenfrenada me corrompieron hasta los huesos.

Mi hermosa esposa chantajista. Eso fue como un nocaut.

Sigo completamente alojado dentro de ella, sintiendo los últimos estertores del mejor sexo que he tenido en mi vida. Por algún instinto loco, quiero quedarme en lo más profundo de ella y tomarla en un beso apasionado. Sin embargo, me resisto a esa idea descabellada.

Fue un polvo formidable, debo admitirlo.

Oigo su gemido de dolor mientras me aparto de su canal a regañadientes. Sigo rígido. Me separo de ella y ruedo hacia un lado de la cama. Mi respiración sigue siendo dificultosa. Noto que la chica se acomoda a mi lado e intento ignorarla a propósito. Sin embargo, su aroma, mezclado con el olor a sexo, me está volviendo loco, sofocándome y despertando un deseo ardiente y visceral dentro de mí de nuevo. ¡Joder!

Me incorporo en el colchón, mirando mi polla semierecta. Noto algunas manchas de sangre alrededor de la base de mi miembro. Todavía me siento aturdido por todo lo que pasó. El polvo fue mejor de lo que imaginaba. Estoy considerando si follarla de nuevo y rodearla con mis brazos, o si seguir ignorándola y salir de la habitación. Pero no tengo tiempo para decidir, porque sus delicados brazos me han envuelto por detrás. Lily parece tener un carácter cariñoso. Sus suaves labios depositan un beso en mi hombro y me estremezco. El suave calor que me da... No quiero pensar en esa mierda.¡Dios mío! ¿Qué hago, siendo solo una marioneta? ¿Y por qué, en lugar de alejarla, de mostrarle todo mi desprecio, me encuentro preguntándole si está?

— ¿Estás bien, ragazza?

— Mmm. Fue doloroso, pero a la vez, delicioso", susurra la zorra de una forma sensual que me pone duro al instante.

Puedo sentir la sangre caliente y hambrienta corriendo por mis venas, envolviendo y estirando la gruesa estructura de mi polla. ¿Cómo es posible? Acabo de correrme. Ella no puede ver mi estado ahora mismo por la sábana que cubre mi desnudez.

— No usaste condón, y yo no uso nada.

— No te preocupes, todo está bajo control.

— Quizás las probabilidades sean escasas. No estoy seguro." Noto la tristeza en su voz, pero la ignoro.

El sabor de su dulce coño en mi boca tampoco ayuda; todo lo contrario. Solo me atormentan los recuerdos ardientes y tentadores de nuestro polvo travieso y su calor apretado, drenándome hasta la médula, volviéndome loco. Con esta locura en mi mente, aparto sus delicadas manos de mi entorno y me levanto bruscamente de la cama.

Lily se sobresalta al verme alejarme abruptamente del colchón, y su inocente mirada se posa rápidamente en mi polla erecta y pesada. Veo que sus ojos se abren de par en par y sus mejillas se sonrojan. Sé que probablemente no esté lista para otro polvo. Si no me contengo, mañana su coño estará en carne viva, dolorido.

Su cabello rubio cae desordenado alrededor de su rostro angelical, en un revoltijo un tanto libertino. Sus pechos desnudos y firmes son como una magnífica ofrenda para mí. Es hermosa, debo admitirlo. Tan deslumbrante y magnífica como una obra de Botticelli. Su expresión aún delata los últimos vestigios del placer post-eyaculación. Sus pechos pequeños y firmes llevan las marcas rojas de la pasión salvaje que compartimos.

¡Maldita sea! ¿Qué demonios estoy haciendo? Con los pensamientos agitados por los conflictos de odio y deseo que libran una guerra brutal en mi interior, cojo una bata negra de una percha cercana y me dirijo al baño pisando fuerte. Noté que los delicados rasgos de Lily delatan incomprensión y decepción. ¡Mierda! ¿Acaso esperaba que volviera a la cama y me hiciera el marido cariñoso? Obviamente, debía hacerlo. Era lo que se esperaba del maldito trato; después de todo, me compraron para hacer feliz a la hijita de Bellini. Soy su botín de guerra.

Cierro la puerta con más fuerza de lo habitual. Luego me dirijo a la ducha, intentando refrescarme el cuerpo y la mente.

Ya estoy sereno después de varios minutos bajo el agua fría, intentando controlar mi polla, que estaba hambrienta de ella, la mujer en mi cama. Revivo la última hora con mi hermosa esposa. ¡Dios mío! ¿Por qué, en ningún momento, pude imaginar otro rostro femenino en mi mente, como el de mi exnovia Arabella? Ella era la mujer elegida, la que se suponía que sería mi esposa. Pero, al contrario de lo que pensaba, lo único que podía imaginar, durante ese sexo apasionado, era cuánto deseaba los labios de Lily con los míos.

Regreso al dormitorio, pero ni una sola vez miro la cama. Voy directo al armario y elijo otro traje. Luego salgo del camarote, sin rumbo. Lo siguiente que recuerdo es que estoy en un bar. Bebo para ahogar mis penas y la rabia de disfrutar tanto del trato con Bellini. Mi atracción por Lily fue inesperada. O sea, nunca me había fijado en ella.

¡Dios mío! Quizás he fantaseado, alguna vez, con lo que esa ropa oscura ocultaba a la provocadora amiga de Elena. Admitirlo es un fastidio, pero sin duda, una parte oscura y profunda de mi cerebro lo reconoce, aunque no sea mi voluntad. Lily es ese tipo de chica: seduce sutilmente. Y para cuando el hombre se da cuenta, ya está enredado, atado por los huevos. Y ella ni siquiera se da cuenta.

Creo que he bebido demasiado y estoy delirando, sufriendo una especie de alucinación.

Odio a esa chica. Puede que ahora mismo sea su botín de guerra, pero la guerra aún no está perdida. La destruiré, pienso mientras decido volver a la cabaña.



Lily está tumbada en un sillón cerca de la puerta de cristal que da al balcón. La luz de la luna ilumina sus rasgos. Es obvio que ha estado llorando; puedo ver las lágrimas en su rostro. No sé por qué, pero de alguna manera esta revelación me destroza. La levanto y la llevo a la cama. Al acostarla en el colchón, se despierta.

— Ettore, volviste. Pensé que había pasado algo. Te fuiste sin decir nada. Pensé que estabas enfadado conmigo. Intenté llamarte, pero luego me di cuenta de que había dejado el móvil en la cabaña.

— Estoy aquí. Necesitaba aclararme las ideas.

— Por favor, no me dejes más. Tenía la horrible sensación de que me habías abandonado." Me agarra del cuello.

Nunca me han gustado las mujeres así, tan pegajosas, pero de alguna manera me gustaba que Lily pensara en mí.

— Vale, chica. Ahora vuelve a dormirte. No me voy a ningún sitio "Creo que me quedé dormido y no he podido dormir." ¿Cuándo podemos volver a hacerlo?

¡Maldita sea! Al instante, mi pene se hincha y la sangre corre insaciable por mis venas, dejándolo como un destello. Ya me siento terriblemente incómodo con él en ropa interior.

¿Tiene idea de lo que me está haciendo?

Incapaz de resistir su mirada apasionada, la reclamo para mí. El fuego del deseo parece insaciable. La tomo una y otra vez, hasta que casi se desploma de cansancio en mis brazos.

De hecho, no sé cuántas veces la he tomado. Quizás tres o cuatro. La forma en que me responde me vuelve loco. Mientras cae, exhausta, en mis brazos, su aroma floral y el aroma de nuestro sexo comienzan a llenar mis pulmones. Es tentador. Observo la expresión de serenidad y satisfacción en sus hermosos rasgos. Se queda dormida y susurra algo, en medio del suave sueño, que me hiela la espalda.

— Te amo, Ettore...

Me separo de ella de repente, sin despertarla. ¿Qué estoy haciendo? Se supone que debo odiarla, no hacerme el marido cariñoso. Frunzo el ceño.

No me duermo hasta mucho más tarde, pero en algún momento de la madrugada, noto una suave nube dorada acurrucada contra mi pecho. Por alguna razón, no puedo apartarla. Nuestros cuerpos están entrelazados, absorbiéndose y consumiéndose más el uno al otro. Darme cuenta de que quiero, con todas mis fuerzas, despertarla y devorarla lentamente me aterra.



CAPÍTULO 11

LILY VACCHYANO

Cuando abro los ojos por la mañana, Ettore no está en la cama. Recorro con la mirada todo el cuarto, pero no encuentro ningún rastro de mi marido.

¡Dios mío! Los fragmentos de lo que hicimos anoche estallan en mi mente: él succionando con desesperación mi clítoris y luego embistiéndome sin piedad. Tiemblo con esos recuerdos ardientes.

Jamás imaginé que mi primera vez pudiera ser tan intensa y especial, y además con el hombre que amo; el amante secreto de mis fantasías juveniles, a quien siempre idolatré en silencio.

Mi sexo aún protesta por su posesión y siento un leve cólico en el vientre bajo al moverme entre las sábanas. Suelto un gemido ahogado. Mis labios vaginales palpitan como si estuvieran en carne viva, consecuencia de tantos excesos. Todo mi cuerpo está terriblemente tenso. Me sumerjo en un baño tibio con sales, buscando relajar mis músculos. Sin embargo, en el primer contacto con el agua, mi intimidad arde con violencia.

Después del baño, elijo un vestidito suelto de flores. Decido no usar ropa interior, porque el roce del tejido contra mi piel sería insoportable. Salgo hacia la terraza del chalet y lo encuentro allí, sonriendo, mientras coloca la última bandeja de croissants recién

hechos sobre la mesa. Camino hacia él y noto la preocupación en sus ojos oscuros.

—¿Es cosa mía o caminas diferente? — comenta Ettore sin ningún pudor.

El calor me sube al rostro de inmediato. Estoy mortificada por su falta de tacto. Él sabe lo intensa que fue la noche anterior. Desde que vi el tamaño de su miembro supe que terminaría así, pero lo deseaba demasiado. Aunque fue cariñoso y paciente, dolió.

— Es que... estoy adolorida — susurro apenas. La verdad es que siento brasas entre las piernas.

Me siento a la mesa y comienzo a servirme con hambre voraz: croissants, tostadas con mermelada, frutas, cereales, capuchino... El aroma es delicioso. Ettore se sirve café, saca el móvil, llama a uno de sus hombres y da una orden que no alcanzo a entender. Luego guarda el aparato.

— Es una pena. Tendremos que cancelar el paseo de esta mañana.

Me invade la tristeza. Quería una luna de miel perfecta, pero mi cuerpo no me permite seguirle el ritmo.

Tras el desayuno, regreso al cuarto. Algún tiempo después, Ettore aparece con una bolsa en la mano.

—¿Qué es eso?

— Pomada para rozaduras y analgésicos.

Me quedo boquiabierta. ¡No puedo creer que haya mandado a uno de sus hombres a buscarme pomada para rozaduras y medicinas! ¿Cómo voy a salir del chalet y mirarlos a la cara?

—Ahora acuéstate, Lily. Yo cuidaré de ti — dice con naturalidad.

Obviamente no pienso desnudarme delante de él a plena luz del día.

—No hace falta, puedo aplicármela en el baño — propongo.

— De ninguna manera. Si estás así es por mi culpa. Sabía que podía lastimarte. Eres diminuta.

—Y tú demasiado grande — respondo, mordiéndome el labio.

Recuerdo lo doloroso que fue sentirlo entrar hasta el fondo, partiéndome en dos, marcándome de forma brutal.

— Me halaga tu cumplido, pero debí contenerme. No fui delicado —admite, seco.

— Yo te deseaba demasiado — le confieso.

Su sonrisa de depredador me estremece.

—Y sigues deseándome, piccola. Pero ahora debo cuidarte para que te recuperes y vuelvas a darme placer. Abre las piernas para mí, dolcezza.

Me dejo llevar por su magnetismo. Su mirada se fija en mi sexo y un escalofrío me sacude.

— Dio mio... eres hermosa en todos los sentidos — gruñe con voz ronca, inclinándose sobre mí, robándome el aliento.

Siento su calor, su respiración densa entre mis piernas. Es tan erótico que pierdo la razón.

— Uhh... hueles delicioso, piccola — ronronea, soplando sobre mis pliegues húmedos.

¡Cielos! Está viendo todo, hasta cómo reacciono a su cercanía. Siento un beso en mi sexo, seguido de una lamida lenta, descarada. Gimo.

— Oh... eso... —pierdo el hilo de mis pensamientos mientras repite el movimiento, cubriéndose con mi néctar y haciéndome arañar las sábanas, lloriqueando, desesperada por más.

— Porca miseria, qué rica estás. Si no estuvieras lastimada, te metería ahora mismo — confiesa con voz cargada de deseo.

El bulto en su pantalón me provoca un vuelco en el vientre. Imaginar toda esa carne dura dentro de mí me hace estremecer, aunque el dolor de anoche aún me acompaña.

—Yo... yo no podría — suspiro, con pesar.

Lo deseo, pero estoy demasiado adolorida.

—No soy un animal irracional, piccola. Necesitas recuperarte — dice mientras abre la pomada, unta sus dedos y la desliza suavemente entre mis labios hinchados. El alivio es inmediato. Jamás pensé que Ettore pudiera ser tan cuidadoso.

— Ahora necesito una ducha fría, o no podré mantener mis manos lejos de ti.

Al caer la tarde damos un paseo ligero y cenamos en un restaurante local. La comida es exquisita. Esa noche dormimos abrazados, aunque siento la dureza de su erección presionando mi espalda.



Dos días después ya estoy completamente recuperada. No encuentro a Ettore en la cama. Después de hacer mi higiene y arreglarme, me pongo un vestido sencillo y salgo del chalet.

Escucho ruidos que vienen de la piscina y descubro que es mi marido. Me quedo observándolo, fascinada. Ettore nada con una destreza impecable. Cuando se da cuenta de que ya no está solo, sale del agua y me deja con la boca abierta al notar que está desnudo.

Un cuerpo poderoso, cubierto de músculos. Mis ojos se fijan en un punto en particular: la protuberancia semierecta entre sus piernas, amplia y gruesa, que me provoca un cosquilleo líquido de deseo entre los muslos.

Su sonrisa enigmática se amplía al notar que lo estoy mirando... o mejor dicho, devorándolo sin disimulo. Los abdominales marcados relucen con cada movimiento. Es evidente que, aunque sea un adicto al trabajo, también disfruta entrenar y practicar deportes.

Lo veo tomar una toalla de la tumbona y secarse lentamente antes de envolverla alrededor de sus caderas. El tejido apenas consigue ocultar la dureza que crece bajo él.

— Buongiorno, piccola — me saluda avanzando hacia mí, y yo estremezco, deseando con ansias que me bese.

—Buenos días.

—¿Cómo te sientes hoy?

Me sonrojo al comprender a qué se refiere.

— Estoy bien.

—¿Sin dolor?

Asiento. El malestar latente desapareció por completo. Ettore acaricia suavemente mi barbilla y creo que va a tomar mis labios, pero me frustra al depositar un beso casto en mi frente.

— Perfecto, dolcezza. Tenemos una jornada bastante intensa hoy. — Roza también mi mejilla con sus labios y se aleja rumbo al chalet, dejándome decepcionada.

Nuestro primer paseo como matrimonio resulta muy agitado. Recorremos las maravillas de la isla de Elba. Como nunca había salido de mi burbuja, todo para mí es novedad. Visitamos en Portoferraio los museos de la Villa dei Mulini y la Villa San Martino; lugares turísticos destacados por haber sido residencia de Napoleón Bonaparte durante su exilio aquí. Ettore parece conocer mucho de la historia de la región y me explica cada detalle con paciencia, señalando que la influencia de Napoleón en la isla es parte esencial de la cultura local.

Paseamos en barco y conozco varias playas paradisíacas de Elba.

Al anochecer, Ettore me lleva a cenar a un restaurante maravilloso, con una vista espectacular al mar. La comida es, simplemente, exquisita.



Todas nuestras noches siguientes terminaron bañadas en sexo ardiente.

En nuestra última noche en el chalet, Ettore ordena la cena. Esta vez no salimos. A la mañana siguiente viajaremos temprano de regreso a la Toscana.

Y sin embargo, algo me incomoda... como un insecto persistente que no me deja en paz.



ETTORE VACCHYANO

La cena fue pedida y llevada hasta el chalé. Después de comer el plato principal, regado con mariscos, Lily se deleita con una copa de mousse de maracuyá, mientras yo elijo una porción de tarta de limón. Un frasco de nata montada está sobre la mesa, y no puedo evitar imaginarme degustando esa crema blanca y deliciosa en sus pechos y en el coño de mi dulce esposa. Lily saborea la mousse con una devoción que no intenta disimular, apreciándola como si fuera lo más rico que ha probado en el mundo. En realidad, es muy fácil complacerla. Aparentemente, mi bella esposa nunca había salido de la Toscana, y todo lo que veía la maravillaba. La sonrisa genuina siempre estaba en su precioso rostro.

La veo pasar la lengua lentamente por la curva de la cuchara, buscando los últimos restos del dulce, y siento un latigazo, insatisfecho y ardiente, en la cabeza de mi polla. Sería una imagen jodidamente excitante ver esos labios suaves y aterciopelados intentando tragarse y acomodar mi estructura gruesa en la cavidad húmeda y convidante de su boca. Me remuevo, inquieto e incómodo, en la silla. De pronto, ella me mira como si adivinara el tipo de pensamiento perverso que me atraviesa la mente. Sin embargo, noto algo más en las profundidades color lavanda.

—¿Por qué no me besas?

Al principio, me sorprende su pregunta y dudo si lo que escuché fue real.

—¿Qué?

Ella fija la vista en el postre de su copa, como si se arrepintiera de haber formulado la pregunta. Pero luego toma coraje y continúa:

—Nunca me besas, ni siquiera cuando hacemos el amor. —El color de sus mejillas cambia con fuerza, pero sigue.— De hecho, en ningún otro momento desde que nos casamos.

Puede que sea joven, pero no es tonta; se dio cuenta de que todavía no la he besado de verdad. Sabía que en algún momento exigiría respuestas por mi actitud. Nunca la besé de hecho, salvo algunos besos leves en la cara o en la frente. Incluso en la catedral, cuando el sacerdote dijo que podía besar a la novia, deposité únicamente un beso casto en su frente y me aparté lo más rápido posible.

El beso profundiza la relación; es un intercambio de cariño y caricia que suele llevar a otros sentimientos intensos y duraderos. Lo cual no será nuestro caso. Estoy consumido por el odio y el resentimiento, mientras Lily disfruta de lo que consiguió con chantaje y manipulación, cómplice de su padre.

—Pensé que no estabas interesada —digo lo primero que me viene a la cabeza.

Debería añadir que los besos son para parejas que se aman de verdad, no para un matrimonio en el que el novio fue comprado para satisfacer un capricho de una niña de papá. Sin embargo, me contengo. Jugaré su juego. Quiero ver hasta dónde llega Lily con su fingimiento.

—¿Bromeas? — dice — He soñado con tus besos desde que cumplí quince años. En realidad, pensé que de alguna manera sabías que nunca me habían besado, y por eso te sentiste desanimado.

¡Dios mío! Virgen en todos los aspectos. No esperaba que fuera tan ingenua, inocente y ordinaria al mismo tiempo —pienso,

con desdén.

¿Es por eso que me siento cada vez más atraído por su juego dulce y seductor?

—¿También es virgen por arriba... — murmuro, impresionado — ¿Por qué te lo guardaste tanto?

— Me enamoré de ti y soñé todas mis primeras veces contigo. — Sonríe.

Lily me ha puesto en el papel de su príncipe encantado.

De hecho, la chica es una bruja; seguro que me echó un hechizo.

Me levanto de la silla y le extiendo la mano. Lily me mira con duda, pero enseguida siento el calor de su mano pequeña y temblorosa sobre la mía.

— Creo que debemos cambiar eso, esposa — susurro, ronco, ya imaginando la locura que voy a cometer.

— ¿Qué vas a hacer?

Ella grita, sorprendida, cuando la alzo en brazos y la llevo al aire fresco de la terraza del chalé. La dirijo hacia un sillón, me siento y la hago sentar sobre mi regazo, con una pierna a cada lado. Estoy dolorosamente excitado, y quiero que sienta el efecto abrumador y excitante que su sola cercanía provoca en mí. El olor de su cuerpo es un afrodisíaco estimulante y natural.

—Entonces, mi bella esposa nunca ha sido besada, ¿y tendré yo el honor de ser su primero?

Ella asiente con la cabeza.

— ¡Dios! ¿Sabes lo hermosa que eres y el sacrificio que hago para mantenerme alejado de tus labios?

Una sombra de tristeza empaña sus rasgos.

— Entonces, ¿no quieres besarme?

—¡Joder! — respondo — ¿No sabes las mil porquerías que puedo imaginar con tus labios? Me he fantaseado degustando tu sabor muchas veces, piccola, y si es tan dulce y adictivo como tu coño, estaré jodido.

— Oh... — gime ella y, al mismo tiempo, se ruboriza por haber oído mi lenguaje descarado.

Apenas rozan nuestros labios y ya abro su boca con mi lengua. Oigo un gemido ahogado cuando introduzco la lengua, con audacia, en la cavidad húmeda y busco la suya. Tímida y torpe al principio, ella hace el primer movimiento. Pero, sin demora, toma el ritmo. La succiono, la saboreo y la devoro, presionándola contra mi polla y apretando su trasero. Ella gime, mimosa y entregada.

Cuando nuestros labios se separan, está preciosa, roja y jadeante.

— Eso fue tan bueno, justo como siempre lo imaginé.

Subo las manos por sus muslos, desnudándolos en el proceso.

— No tenía ni idea de que esa era tu obsesión secreta — susurro, seco, llegando al cálido monte entre sus piernas.

¡Hostia! Ya siento la humedad femenina empapar mis dedos, incluso a través de la tela fina y profana de sus bragas. Es tan deliciosa y receptiva.

— No podemos hacer esto aquí. ¿Y los guardias?

La verdad es que no me importaría que algunas fotos se filtraran a algún tabloide sucio de una follada con mi bella esposa.

Pero ya puedo imaginar su reacción inocente de vergüenza. Podría hacer lo que quisiera sin tener en cuenta sus sentimientos y sus deseos tontos, pero algo me empuja a protegerla.

— No te preocupes, piccola. Estamos solos. Ninguno de mis guardias entraría aquí sin mi orden, y el lugar es seguro y aislado. Me aseguré de que tendríamos privacidad cuando alquilé el chalé.

— Oh... — gime cuando tiro de su vestido, dejando al descubierto sus pechos deliciosos para mi mirada codiciosa. Lily no lleva sujetador.

Los montes suaves y perfectos se erizan con la brisa fría de la noche. Sin demora, empalo los pezones puntiagudos con mi boca, alternando uno y otro. Rasgo sus bragas en un solo impulso, dejando su coño libre y apetecible. Busco el montículo hinchado y pegajoso en medio de sus piernas.

Lily me sorprende buscando la hebilla de mi cinturón y empezando a desabrocharla. Mi polla salta, majestuosa y completamente erecta. Está tan hambrienta por ella que el dolor es insoportable. Dirijo su mano hacia el eje duro y palpitante y comienzo a masturbarme, sincronizando mis movimientos con los de ella. Sus ojos se quedan vidriosos ante cada gesto, y veo un fuego voraz consumir sus iris color lavanda. La levanto por las caderas y la coloco sobre mi polla.

—Entonces, ¿mi bella esposa quiere ser comida y besada?

Tomo sus labios dulces mientras entro despacio en ese cuerpo femenino y caliente, tan malditamente apretado y acogedor. Al principio hago el amor con suavidad, entrando y saliendo despacio. La fricción lasciva entre nuestros sexos me deja fuera de control. Piel y sudor mezclados, conectados.

Pronto el voraz fuego del deseo pide liberación y acelero los movimientos, guiándola con mis caderas para que me culeen de una

vez por todas. Lily es arrastrada por el placer, mientras yo quedo noqueado por el mismo éxtasis. Ella cae, exhausta, sobre mi pecho, temblorosa y jadeante.

En algún momento de la noche la llevo al cuarto. Está floja y satisfecha. La coloco en la cama con suavidad y la acuno contra mi pecho.

—No imaginé que tu vida hubiera sido tan limitada. Pensé que habrías tenido novios o algo así.

— Nunca me interesaron esas cosas antes. Siempre fui una chica tímida. Y quizá, por tener una pequeña obsesión con mi vecino irresistible, otros chicos se volvieron solo una sombra pálida para mí. — Bosteza y se duerme en mis brazos.

Sus últimas palabras fueron como ácido corrosivo en mi mente. ¿Qué carajos estoy haciendo, haciendo de marido enamorado? Soy como un muñeco de nieve en sus manos. Ella me eligió, y su padre movió los hilos para que yo le fuera regalado. Debo odiarla. No puedo olvidarlo ni por un instante: fui comprado. Lily tendrá mi desprecio, y nunca mi amor.



CAPÍTULO 12

LILY VACCHYANO

Tres meses después de la boda

Nunca imaginé que mi nueva vida de casada sería tan solitaria. Obviamente, no supuse que Ettore dejaría de ser un workaholic tras la boda, pero ¿por qué tengo la clara impresión de que sus horas de trabajo se triplicaron, como si quisiera mantener distancia de mí? Cuando lo llamo, apenas hablamos brevemente. Siempre está ocupado o en alguna reunión, y cuando regresa después de semanas seguidas lejos de casa, casi siempre yo ya estoy dormida. Mi marido pasa tan poco tiempo en la mansión, que es inevitable no extrañarlo, porque nunca sé cuándo lo volveré a ver.

La única área en la que no tenemos problema es en el sexo. Cuando está en la villa, hacemos el amor mucho y en distintos rincones. Ettore es tan desinhibido y descarado en el arte del placer... A veces todavía me avergüenzan algunas posiciones en las que me coloca, pero es tan delicioso que termino rindiéndome. Sin embargo, enseguida se marcha y yo me quedo con una tristeza insoportable.

Con frecuencia visito la casa de papá. Él está bien, aunque siente mi ausencia. Para compensar, casi todos los días almuerzo con él, ya que Ettore trabaja tanto.

—¿Eres feliz, Lily? ¿Ettore es un buen marido para ti? — me pregunta papá durante uno de nuestros almuerzos en la mansión.

— Sí, papá.

No quiero contarle nuestros problemas matrimoniales. Claro que Ettore no me deja faltar nada material, incluso me dio una tarjeta de crédito ilimitada, pero viaja demasiado. Sé que parezco una esposa necesitada, pero imaginaba que sería un marido más presente. Y si algún día logro concebir hijos, ¿seguirá viajando tanto? Tal vez ni siquiera sea posible, porque a pesar de que tenemos tanto sexo sin protección, mi menstruación nunca se atrasa. En esos días me siento tan desdichada que lloro sin consuelo.

— Qué maravilla, hija. Estoy seguro de que Ettore llegará a amarte un día.

Estoy llevando un pedazo de cordero a la boca cuando me quedo petrificada y lo miro, intrigada.

—¿Crees que mi marido no me ama, papá?

Él se endereza, incómodo, en la silla. Su rostro se vuelve lívido, como si hubiera hablado de más.

— Por supuesto que te ama, hija. Fue solo una manera de decirlo. ¿Quién no te amaría? Eres una chica maravillosa.

Cambia de tema y comienza a hablar de algo más ligero, hasta que siento la presencia de alguien en el comedor. Es Mario, y parece indignado.

— Almuerzo en familia. Cuánto extrañaba esta atmósfera, tío — dice, sentándose a la mesa y sirviéndose. — Lily, primita, estás cada día más guapa. Ya ni pareces aquella nerd encallada. Después de casarte con un billonario, no tienes que preocuparte por absolutamente nada. A eso le llamo suerte de principiante.

— No seas desagradable. No me casé con Ettore por dinero — respondo, cortante.

No sé por qué Mario está tan frío últimamente.

— Obvio que no, pero es una fusión que tal vez convenga. Y, trágicamente, eso no sería nada bueno — murmura, sarcástico, lanzándole una mirada cortante a mi padre.

— No sé a qué te refieres — balbuceo.

— Deja esas discusiones para otro momento, Mario. Sabes perfectamente que a Lily le molesta que hablemos de negocios durante las comidas — papá lo interrumpe bruscamente.

— No estaría aquí si no fuera necesario. El asunto es que necesitas revisar mi posición en la Bellini. No soporto más estar en ese sector de despacho; es un puesto humillante. Cuando me dijiste que me pondrías en un cargo menor, imaginé que sería dentro de la directiva, obviamente.

—¿Por qué humillante? Todo trabajo es digno. ¿Acaso crees que la Bellini se fortaleció de la noche a la mañana? Yo fui apenas ayudante de chef antes de abrir mi primer restaurante.

— Lo que gano apenas me alcanza para mantenerme. Tuve que mudarme a un apartamento más pequeño porque no puedo mantener el mismo nivel de vida, y estoy buscando otras formas de ingreso.

— Entonces, aprende a vivir de acuerdo con tu presupuesto.

— Está bien, tío. Ya vi que no lograré nada aquí. Pero cuando yo esté al mando de las franquicias y restaurantes Bellini, expandiré mucho la marca y verá mi potencial.

— Si tan solo te concentraras en ser un buen líder, progresarías en cualquier sector en el que estuvieras y darías lo

mejor de ti. Pero solo estás enfocado en la cima. Eres un hombre sin coraje ni ambiciones de recorrer el camino empinado. Lo que llega fácil, fácil se va.

— Le demostraré, tío, que conseguiré el liderazgo de Bellini por mis propios métodos — advierte Mario, decidido, y se marcha exaltado de la mansión.

Es evidente que, en los últimos tiempos, él y papá han tenido choques directos y muy acalorados. Nunca los había visto así antes.

El resto del almuerzo transcurre tranquilo. Finalmente, me despido de mi padre y regreso a casa.



A la mañana siguiente, voy al centro de la institución que cuida a niños con cáncer, en Florencia. Mis visitas a la sala infantil son frecuentes. Nos estamos preparando para un baile de caridad, con el fin de recaudar fondos para la fundación.

Mientras toco el piano, los niños se alinean y empiezan a entonar un coro. La canción elegida fue "Goodbye Yellow Brick Road", de Elton John. Cada vez están más afinados y, cuando cantan el estribillo, es tan emocionante que algunos empleados incluso dejan lo que están haciendo para presenciar el ensayo.

Al finalizamos, un estruendoso aplauso recorre el salón. Cuando me giro hacia la puerta de entrada, me quedo petrificada. Allí está él, una figura enigmática con una fuerza predominante. Luce imponente en un traje oscuro.

Después de despedirme de los niños y del personal de la ONG, me acerco a Ettore.

—Has vuelto. —Mi deseo es lanzarme a sus brazos, pero me contengo.

—Martina me dijo que estabas aquí, bella mia.

— Sí. Siempre que puedo, vengo. El tratamiento contra el cáncer es tan doloroso, y todo lo que los niños necesitan es un poco de atención, algo que los fortalezca y les haga creer que alcanzarán la cura. La ONG hace un trabajo increíble, ofreciendo profesionales de la salud y diversos cursos a los pacientes en tratamiento, como teatro, música, danza... Pero necesita donativos. —Hablo con tanta emoción sobre la institución que noto cómo una ternura cálida atraviesa las órbitas oscuras de Ettore.

— Haré una donación en nombre de la Vacchy.

—¿De verdad? — Esta vez no me contengo y lo abrazo, llenando su rostro de besos. — Gracias, Ettore.

— De nada, piccola. Ahora... pensé en venir a buscarte para que tomemos un helado.

Mi marido me lleva al centro de Florencia. Almorzamos en uno de los restaurantes locales y paseamos tranquilamente por las calles estrechas y concurridas. Me siento tan feliz. Esta ciudad es hermosa, una obra de arte viva, y Ettore es una compañía maravillosa.

Nos detenemos en un punto de la Plaza de Miguel Ángel, con una vista privilegiada de la bella ciudad italiana. Ettore me conduce a las tiendas de la Ponte Vecchio, reconocidas por sus joyerías. Admiro las exuberantes piedras relucientes hasta que una en particular atrapa mi atención: un hermoso anillo de esmeralda incrustado con pequeños diamantes alrededor. Ese modelo es muy parecido a mi antiguo anillo de niña.

Ettore se da cuenta de que ya he hecho mi elección. La emoción en mi rostro es tan evidente que sonríe al colocar el delicado aro dorado en mi dedo anular.

— Deberías elegir una piedra con un diamante más grande. Esto es una pequeñez, piccola.

— No lo comprendes. No es el valor, es el modelo. Es exactamente igual al anillo que perdí el día en que te conocí.

La "pequeñez", como él la llama, cuesta unos veinte mil euros. No satisfecho, me regala además una joya con un diamante rosa. De esa no supe el precio, pero imagino que, por la belleza de la pieza y el tamaño de la piedra, debió costar una pequeña fortuna.

Al final de la tarde, Ettore me lleva a tomar un helado, como había prometido, en una de las plazuelas. Se muestra tan relajado, contándome episodios de su infancia, de cuánto había sido un chico travieso que "robaba" los barcos de su padre para pescar. En una de esas aventuras casi muere ahogado, pero fue rescatado por un empleado de la mansión.

— Estoy intentando imaginar cómo sucedió — digo, incrédula, sin lograr asociar esas travesuras con mi marido. Siempre pensé que había sido un niño obediente, disciplinado.

— No llevaba chaleco salvavidas, y cuando estaba desatando el barco, me desequilibré en el muelle. Mi pie quedó enredado en una cuerda y no podía nadar. Por suerte, había gente cerca. — Mi corazón se aprieta al imaginarlo pequeño e indefenso. — Tengo esta carita de ángel, pero hice bastantes travesuras.

Toma un pañuelo de papel y sus dedos fuertes acarician suavemente mi barbilla, guiándola hasta acercarme más a él. Sus ojos oscuros devoran sin pudor mis labios. Creo que me va a besar y suelto un suspiro entrecortado, pero solo limpia algo cerca de mi boca.

— Estaba un poco sucio aquí. —Coloca un mechón rebelde detrás de mi oreja y siento cómo mi pulso se dispara en el cuello.

—¿En qué piensas, Lily? Tienes las mejillas encendidas.

— Es algo que no puedo compartir en público — susurro, sintiendo la presión de su mano sobre mi muslo.

Él aparta la tela de mi vestido y desliza su palma caliente por mi piel desnuda, acariciando suavemente mi muslo sensible. Me estremezco entera. La humedad ardiente entre mis piernas es innegable.

—¡Dio! Vámonos a casa, piccola. — Deja unos billetes sobre la mesa y me arrastra de vuelta a la villa.



CAPÍTULO 13

ETTORE VACCHYANO

Meses después

El jet aterrizó en el aeropuerto de Florencia. Mi chofer, Mattia, ya me esperaba junto con algunos guardaespaldas. Subí al coche, encabronado conmigo mismo. Mi intención era pasar al menos un mes lejos de casa, pero aquí estaba de regreso después de apenas diez días desde que dejé Toscana. Luchaba contra la jodida necesidad de volver.

Me convencí de que era por asuntos de negocios, y solo por eso estaba regresando antes de lo previsto.

Giovanni ya estaba completamente recuperado, sin secuelas del accidente. Se había mudado definitivamente a California y estaba asumiendo un puesto en la dirección de la Vacchy.

Recordé la última vez que estuve en casa... parecía un maldito perrito domesticado, y esa idea me aterrorizó como un carajo.

En el despacho, revisaba algunos informes de la empresa cuando escuché una voz melodiosa. Seguí el sonido hasta la cocina. Y allí estaba Lily... preciosa, con el cabello rubio recogido, una camiseta blanca que marcaba a la perfección sus deliciosos senos bajo el sujetador y un short color beige que dejaba a la vista sus

muslos magníficos. Me hipnoticé con la visión de sus curvas, de ese culo perfecto que me provocaba.

Se veía alegre, removiendo una olla con algún tipo de salsa. El aroma que salía de allí era tan delicioso como el que emanaba de ella.

Cuando me vio, se sorprendió, pero sonrió radiante.

— Ah, Ettore, estás aquí. Siéntate. — Su sonrisa era dulce, encantadora.

Me senté en un banco frente a la barra y la observé cocinar.

—¿Qué estás preparando? — pregunté con curiosidad.

— Un fettuccine con salsa blanca y filete.

— El aroma es espectacular.

No dejé de notar la ausencia del personal. ¿Les había dado el día libre? ¿Y por qué lo haría la hija de Bellini? Eso no encajaba en el perfil de la chantajista que yo tenía en mente.

En pocos minutos, Lily sirvió la comida y comimos allí mismo, en la cocina. Esa atmósfera hogareña, íntima, me asustó como un demonio y fue lo que me hizo decidir marcharme de Toscana lo antes posible.

Durante esos diez días fuera, no le contesté ni una sola vez. Ignoré adrede sus mensajes, siempre deseándome buen día o diciendo cuánto me extrañaba. Hasta que un día dejó de escribirme. Y, maldita sea, noté su ausencia.

No debería importarme si mi dulce esposa estaba aburrida en la villa. Pero, joder, más de una vez me sorprendí imaginando su sonrisa, la forma en que se sonroja cuando le murmuro alguna obscenidad antes de follarla. Su entrega es tan deliciosa...

Sonreí por un instante, pero de inmediato borré la sonrisa y apreté los puños con rabia.

¡Cazzo! Lily no es nadie. ¿Por qué pienso tanto en ella? Incluso en las noches calurosas de California me despertaba sudado y excitado, buscándola a mi lado en la cama... y solo encontraba vacío.

Esa maldita muchacha me estaba embrujando, haciéndome dependiente de ella. Y lo peor era que, aunque siempre fui un buen partido, rodeado de mujeres que se me ofrecían por mi dinero y mi físico, todo eso me estaba resultando aburrido. Mi interés por las demás desaparecía.

Sacudí ese pensamiento de mi mente. Lily podía tener el control por ahora, pero en breve todo cambiaría, como en una jugada inesperada de ajedrez. Sonreí con arrogancia con esa certeza.

Cuando llegué a la villa, fui directamente a la mansión de mi madre. Me negaba a admitir que lo que realmente quería era verla a ella.

El sonido de agua y risas me guió hasta la piscina. Elena celebraba otra de sus fiestas. Grupos de jóvenes charlaban, bebían, algunos nadaban. Y ahí estaba Lily, en la orilla, conversando con dos chicas y un imbécil que la miraba como si fuera un regalo caído del cielo.

Mis ojos recorrieron su silueta sin disimulo. ¡Porca miseria! Llevaba un diminuto bikini turquesa. El frangote en el agua claramente intentaba llamar su atención, mirando descaradamente hacia sus tetas.

Un instinto asesino me atravesó. Empecé a avanzar directo hacia ellos, pero Elena me detuvo de golpe.

—¡Ettore! No esperaba que volvieras hoy. ¿Cómo estuvo el viaje, hermano? — se inclinó para besarme, pero yo no apartaba la vista de mi bella esposa.

Mientras yo trataba de olvidarla, ella reía y se divertía con otro mocoso. El veneno del puto celo me consumía.

— Bien, Elena. Pero ahora necesito hablar con mi mujer.

— Ettore, no descargues tu rabia en Lily.

— No estoy enojado — mentí, aunque hervía por dentro.

Carajo, nunca en mi vida había reaccionado así por una mujer. Ni siquiera por Arabella.

— Parecías a punto de matar a alguien.

— Definitivamente no esperaba encontrar a un idiota babeando por mi esposa. — apreté la mandíbula.

Ignoré el hecho de haber dicho "mi esposa". No quería pensar en esa mierda ahora.

Entonces Lily me vio. Sus ojos se engancharon a los míos y no pudo romper la conexión. Me sonrió, se despidió de los otros y vino directo hacia mí.

La furia me invadió al notar miradas masculinas siguiéndola. ¡Mía! Ella es mía y solo yo puedo admirarla. Ese bikini apenas cubría sus pechos tentadores, con los pezones duros marcándose bajo la tela.

El deseo me recorrió como fuego. Mi polla reaccionó de inmediato, hinchándose, pugnando contra la tela. Diez días sin tocarla... claro que estaba hambriento, sediento de ella. Y, de cualquier modo, mantenerla satisfecha era parte del trato. ¿Qué mejor que darle placer? Sexo sucio, caliente, depravado.

— Ettore... — susurró, pero no le di tiempo a más. La sujeté por los hombros y la besé con furia, consciente de que teníamos público. Un beso profundo, posesivo. Ella se tensó al principio, pero pronto se rindió, jadeante, entregando su lengua a la mía.

Cuando la solté, sus ojos color lavanda brillaban de deseo.

— Con tu permiso, Elena — dije — necesito privacidad con mi esposa.

Le puse mi blazer sobre los hombros desnudos y la cargué sobre el hombro. Lily soltó un gemido sorprendido. Al entrar a la mansión, mi madre nos encontró en las escaleras.

—Figlio, ya regresaste.

— Necesitaré mi antiguo cuarto por unas horas — le dije sin disimulo.

Ella sonrió, comprendiendo perfectamente mis intenciones.

Dejé a Lily sobre la cama, ruborizada.

—¡Dios mío! No podré volver a mirar a tu madre a la cara. Todos saben lo que vinimos a hacer aquí.

—¿Y qué vinimos a hacer, piccola? — la provoqué.

— Creo que deberías ser tú quien lo diga.

—Te extrañé. — La confesión salió sola.

—¿De verdad? No respondiste ni un mensaje.

— Soy un hombre ocupado, amore mio. No tengo tiempo para dramas femeninos. Pero hay cosas más básicas.

—¿Básicas?

— Sexo: el lenguaje universal de los cuerpos.

—¿Entonces solo extrañaste el sexo? — su voz tembló de decepción.

Debería haber respondido que sí. Pero me escuché decir otra cosa.

— No, ragazza. Extrañé tu sonrisa, tu olor... ¡hasta tu comida! ¿Contenta? Ahora ven, vamos a bañarnos.

La llevé al baño y la metí bajo la ducha caliente, deshaciéndome de mi ropa a toda prisa. En segundos estaba con ella. Le quité el sujetador, liberando sus pechos divinos. Rodeé un pezón con la lengua y tembló bajo mi toque. Le arranqué la parte inferior del bikini y quedó completamente desnuda.

Jabón en mano, recorrí cada centímetro de su cuerpo: senos, vientre, muslos, su coño húmedo. Mi erección chocaba contra su piel y la necesidad de embestirla contra la pared me volvía loco.

Entonces me arrebató la esponja y comenzó a lavarme ella. Sus uñas descendieron hasta la base de mi vientre, rozando cerca de donde ardía mi deseo, antes de subir de nuevo al pecho.

Le sujeté la mano y supliqué con la voz rota:

—Tócame, piccola. —Guié su mano hasta mi polla dura, envolviéndola en su suavidad.

— Mierda... esto es jodidamente delicioso — gruñí, moviendo su mano a lo largo de mi grosor palpitante.

— Aunque sea aterradoramente enorme... es hermoso — susurra bajito, mirándome fijo la polla.

Mi miembro está ansioso entre sus manos. El deseo crudo de estar dentro de ella me consume.

— Soy todo tuyo, Lily. Ahora, tómame. Quiero sentir tu boca en mí.

— Quiero tocarte, pero no sé por dónde empezar.

— Solo sigue tu instinto. Ponme de rodillas. Quiero que pruebes mi sabor en tu boca.

A pesar de su timidez, la intrepidez brilla en los ojos color lavanda de mi pequeña esposa, así como el fuego voraz de su deseo.

Besa mi pecho, rodeando mis pezones pequeños, y baja lentamente por mi abdomen. Mis huevos vibran sin piedad, contrayéndose. Pronto Lily está de rodillas a mis pies. ¿Por qué, de alguna forma, me siento yo su sumiso? Ella no sabe nada de esta mierda, pero tiene el control de mi cuerpo y de mi mente, por más que lo niegue.

Mi esposa está dominada por el deseo desbocado; el mismo que corre por mis venas. Lleva sus labios lujuriosos hasta la punta palpitante de mi excitación, me sorbe y me prueba por primera vez. Estremezco. El calor de su boca blanda y su lengua húmeda me vuelve loco. Su puño delicado no rodea toda mi erección; contraste brutal entre ternura y crudeza. Su toque es suave desde la base hasta la punta.

Oigo la succión torpe en la cabeza de mi polla. Aunque es la primera vez que me toma, tiene una destreza natural y me chupa con gula. Lo hace como si dependiera de ello. Joder. Siento el saco tensarse otra vez y me contengo para no venirme demasiado pronto. Su lengua rosada y húmeda dibuja círculos alrededor de la cabeza palpitante, saboreando mi pre-semen, y me pone con una puta calentura, me excita aún más cuando miro la satisfacción en su rostro.

Ahora mi bella esposa mete en la boca mucho más de lo que puede soportar y se atraganta. Retrocedo un poco, pero su gula por

mí me deja más duro en su garganta.

— Despacio, esposa. No pienso matarte asfixiada con mi polla en tu primer oral.

Me mira, cautivada, y encuentra un ritmo constante, chupando y lamiendo toda mi longitud. Un gruñido bárbaro escapa de mi garganta cuando siento que estoy a punto de venirme. Calor, más calor, lengua y succiones. Sé que voy a venirme como un adolescente.

A pesar de la loca gana de follar su boca con fuerza para aliviarme, me detengo y, con sutileza, sujeto sus cabellos entre las manos.

—¡Dio! Quiero entrar en ti, piccola. — La alzo y la apoyo contra el mármol frío de la pared.

Sonríe, perversa, con la boquita aún húmeda de mis fluidos. Cómo sabe esta zorra con el gusto de su hombre en la boca. Quiero marcarla entera. La beso con posesión y salvajismo, rodeando mis caderas con sus piernas. La agarro por las dos nalgas suaves y la penetro con una estocada larga y profunda. Ella gime; yo ahogo sus gemidos con un beso arrebatador.

En ese instante me rindo por completo a sus deseos. No habría nada en el mundo que me hiciera salir de dentro de esa mujer. Ni siquiera el hecho de saber que es una chantajista hermosa capaz de enfriar mi obsesión. Esa verdad me irrita profundamente, intento resistir, pero caigo cuando su exquisita llave de muslos me aprieta hasta el tope. Y ese es mi final.

Lily se lleva los últimos restos de cordura de mi mente, drenándome, llevándose de mí hasta la última gota.



CAPÍTULO 14

LILY VACCHYANO

El teatro está lleno y nosotras estamos en un palco. Me siento radiante y feliz. Ettore ha estado regresando cada vez más rápido de sus viajes a casa, por algún motivo, y ya no percibo tanta frialdad en su mirada, esa que a veces captaba en algunas ocasiones. Quizá sea paranoia de mi cabeza, pero a veces pienso que quiere castigarme por algo, por un pecado que nunca cometí.

Espanto esos pensamientos absurdos. Ettore me ama.

Llegamos hace unos veinte minutos. Ettore me presentó a algunos de sus amigos y esposas. No me pasó desapercibida la forma en que me sujetaba de la cintura, como si quisiera marcarme. ¿Era celos?

Le agradezco a Elena por su ayuda en escoger mis nuevos atuendos. Estoy usando un elegante vestido azul de un solo tirante. Aunque me siento un poco intimidada al estar en medio de tanta gente, la presencia dominante de Ettore a mi lado disipa mi inseguridad. Él lleva un traje color grafito que lo hace deliciosamente irresistible. Su colonia amaderada acaricia mis sentidos, me calienta y me embriaga.

Él tiene una presencia de liderazgo natural e innegable. Apenas entramos al teatro, noté las miradas, tanto femeninas como

masculinas, sobre su figura imponente. Las mujeres querían estar en mi lugar, y los hombres lo envidiaban.

El musical comienza y me emociono. Ettore sabe que amo la música clásica. A pesar de lo inesperado de su invitación, me siento plenamente feliz.

Ahora rodea mis hombros como si quisiera transmitirme calor, y lo miro durante el breve intervalo de la función. Veo el fuego del deseo oscurecer sus ojos.

—¿Nunca pensaste en cometer un escándalo, Lily? — su mano máscula se desliza suavemente por mi brazo y me estremezco.

—¿Cómo qué?

Ettore se acerca más a mí y roza con ternura su nariz contra mi cuello. Comienza a besar, morder y chupar la zona con deleite. Siento como si chispas recorrieran mi piel. Un nudo de lujuria se enciende en mi vientre bajo y un fuego líquido se concentra en mis pliegues más íntimos.

—Tener sexo en un lugar público. — Abro los ojos, impactada por su propuesta descarada. — Ocasionalmente, nadie lo notaría.

— Ettore...

— Me encanta cómo te ruborizas cuando te susurro alguna sugerencia picante al oído.

Siento mis mejillas arder. Él toma mi mano y la lleva hasta la parte frontal de su pantalón. La protuberancia enorme es imposible de ocultar.

— Libéralo y chúpalo — su orden ronca me hace estremecer.

Mi boca saliva con ansias de probarlo. El recuerdo del sabor espeso y picante de su placer en mi lengua es estimulante. Su sabor,

su olor…

Escucho los aplausos y la música volver a sonar. Estamos en completa penumbra, en el palco, pero las posibilidades de ser descubierta en un "escándalo", como él lo llamó, son reales. Sin embargo, todo en Ettore me incita. Quiero cometer esa locura. Atrevida, comienzo a desabotonar su pantalón, bajo el cierre hasta el final, libero su miembro largo y grueso de su prisión y empiezo a acariciarlo con leves movimientos de vaivén entre mis dedos. Escucho a mi marido jadear y me siento poderosa.

—¿Serás lo bastante audaz para dar el siguiente paso, piccola? Quiero sentir tus labios en mí. Dio... soy adicto a tu boca — gruñe en mi oído, haciéndome aún más húmeda entre los muslos.

Me inclino un poco y lo tomo en mi boca. La punta húmeda roza mi cavidad caliente y casi gimo al aspirar y sentir su sabor único e inigualable. Su puño se cierra en mi cabello y me guía en un ritmo constante y áspero, pero delicioso. Sigo babeando en todo su grosor mientras lo succiono con firmeza. Puedo notar su cuerpo tenso. Está a punto de correrse y su miembro parece hincharse aún más en mi boca.

—¡Cazzo! Voy a correrme — susurra muy bajo, y siento su cuerpo poderoso rendirse bajo el mío.

De inmediato su semen caliente llena mi boca. Lo trago todo, hasta la última gota de su placer, y después deposito un beso en su glande, todavía temblando entre mis manos.

En la penumbra, un rastro de sonrisa satisfecha cruza su rostro. Ettore se recompone al instante y me entrega una copa de champán. La acepto y frunzo el ceño cuando las burbujas se deshacen en mi lengua, mezcladas con los últimos vestigios de él, de ese hombre intenso que me hace perder el control con su lenguaje sucio y me obliga a romper límites que nunca creí posibles.

Me arrastra a un beso salvaje y devastador.

— Tan hermosa y perfecta —susurra. — Cómo deseo lamerte, piccola, rendirme, arrodillarme y venerar el centro de tus muslos.

Me sonrojo al instante, aterrada por mi propia osadía. Hacer algo indecente en público no me atrae, y solo imaginarlo con la cabeza enterrada entre mis piernas me eriza entera, porque sé que no podría contenerme en un teatro abarrotado. Su mano ardiente y atrevida me provoca, profanando mi autocontrol. Gimo bajito, pero me sobresalto cuando algunas luces se encienden repentinamente para que los espectadores vuelvan a sus asientos.

Aparto la mano impetuosa de Ettore de mi muslo antes de que avance más y me recompongo, sintiendo un calor devastador en mi rostro. Él solo ríe.

— Tímida y atrevida al mismo tiempo; una mezcla irresistible.

Vuelvo a concentrarme en el musical, tratando de contener la sonrisa traviesa en mis labios. ¡Dios! Aún puedo sentir en mi boca la prueba viva de mi osadía: su sabor mezclado con lo dulce del champán.

En un momento, bostezo y mi marido acomoda mi cabeza en su hombro. El espectáculo termina y, cuando las luces se encienden, los artistas son ovacionados de pie por el público. El teatro está lleno. De pronto, algo capta mi atención: Arabella está en un palco cercano, y su rostro se ve lívido al mirarnos. Aunque está acompañada, su mirada destila desprecio y despecho. No tengo tiempo de analizarlo porque Ettore me conduce hacia la salida. Todavía la veo de reojo cuando llegamos a la puerta: Arabella entra en un coche con un hombre, pero antes clava sus ojos en Ettore como si no pudiera apartar la vista de él.

Mientras esperamos al chofer en la entrada, le pregunto:

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

Él arquea las cejas, confundido. Quizá considere mi pregunta tonta, pero sabe perfectamente a lo que me refiero.

—¿Por qué justo ahora?¿Estás celosa?

Obvio que estoy celosa, pero la cuestión no es esa. Es evidente que la otra mujer lamenta terriblemente la ruptura. Debe ser un proceso doloroso.

—No es celos.

—¿Entonces qué es?

—Debe estar sufriendo la pérdida de un amor. A veces me siento como una bruja mala. — Muerdo mi labio suavemente.

Noto sus iris cargadas de burla. Su mirada es tan fría y cortante, como no la veía desde hace mucho. Es como si, aterradoramente, hubiera vuelto esa muralla de hielo.

—¿La vida no es así, ragazza? Unas ganan, otras pierden. Arabella estará bien. Puede que esté triste ahora, pero encontrará a otro. Es una mujer muy sensual. — Su mirada sigue a la bella morena hasta el coche. — Créeme, no estará lamiéndose las heridas por mucho tiempo.

— Eres tan sensible.

— ¿Quieres insinuar que soy un canalla?

— No. Solo espero que encuentre a alguien que la haga feliz.

— Lo encontrará — murmura Ettore.

Mattia llega con el coche y subimos. Noto que el encuentro con su ex y la conversación sobre su antigua relación cambiaron por completo la expresión de Ettore, que ahora mira fijamente por la ventana. El silencio en el interior del vehículo es sepulcral y la atmósfera se ha vuelto densa.

Cuando llegamos a la villa, mi marido va directamente al despacho y yo subo al dormitorio. Me doy una ducha y me pongo una camisola de seda dorada, con encaje y muy sexy. Lo noto al mirarme en el espejo del vestidor. Al regresar al cuarto, veo que Ettore aún no ha vuelto. Sabiendo que no regresará tan pronto, decido ver una película en la sala de cine. Tomo un batín negro y bajo. Al pasar por el pasillo, en penumbra, todavía puedo ver un rastro de luz encendida en el despacho. Sin embargo, sigo de largo. ¿Se habrá molestado porque mencioné el tema de la "ex"?

No quiero hacer un pandemónium en mi cabeza, así que entierro ese pensamiento absurdo en lo más profundo de mi mente.

Elijo una comedia romántica y le doy play en la enorme pantalla de la sala de cine. Tomo un paquete de cacahuetes que estaba cerca y trato de entretenerme con la película Una esposa de mentira, con Adam Sandler y Jennifer Aniston. Tal como imaginaba, me río a carcajadas siguiendo la farsa de una pareja fingida.

Cuando la película termina, me doy cuenta de que Ettore aún sigue en el despacho. La lámpara continúa encendida. ¿Será así entonces? ¿Dormirá en el despacho y tendremos nuestra primera "pelea" de pareja? Con valor, voy hasta la puerta y no escucho nada. Toco solo para anunciar mi presencia, pero no espero autorización para entrar. Lo encuentro sentado detrás del escritorio de roble y me estremezco con sus ojos castaños e intensos fijos en mí. Todavía hay una ferocidad indescifrable en ellos, como si me incendiara de la cabeza a los pies, evaluándome lentamente. Siento un calor traicionero concentrarse en mi vientre, mis pezones erguidos despuntan bajo la camisola y mi rostro arde.

Su saco y corbata fueron descartados, pero mantiene el chaleco. Algunos botones del cuello de su camisa están abiertos, dejando ver parte de su fuerte pecho. Su cabello está despeinado y mis dedos hormiguean con unas ganas insanas de domarlo.

—¿Aún estás aquí? ¿No vendrás a la cama?

—Ya deberías estar dormida, piccola — su voz suena suave, sin contener la misma aspereza que veo en su rostro.

— No tenía sueño, y como no viniste al cuarto, me puse a ver una película. ¿Sigues molesto por la pregunta que hice sobre tu exnovia?

Él exhala un suspiro ruidoso.

— No, no estoy irritado por esa tontería.

— Entonces, ¿qué pasó?

— El problema soy yo, Lily. Estaba luchando contra mis propios demonios.

Observo un vaso vacío sobre el escritorio y pienso que lo mejor será subir a la habitación.

— Está bien. Sé que quieres estar solo.

— No. Ven aquí — ordena, ronco.

Me acerco lentamente y el calor ardiente de su mirada me estremece entera.

—¿Y qué estabas viendo? — pregunta, agarrándome por la cintura y tumbándome sobre su regazo.

— Una esposa de mentira.

— ¿Una esposa de mentira? Un título bien cliché que podría llamarse Un marido de mentira.

— ¡Jaja! Gracioso. Pero no encajaría, ya que en la película el protagonista le pide a su mejor amiga que finja ser su esposa solo para conquistar a otra mujer.

— Entonces, el título no encajaría... a menos que hubiera sido comprado por el padre de esa mujer y regalado a ella. —Me aprieta la cintura con firmeza y noto una sombra oscurecer su mirada.

—Pero no es así la historia. —Me río mientras le cuento un poco de lo que pasa en la película. —Lo importante es que todo termina bien y, al final, él se da cuenta de que está enamorado de su mejor amiga.

—Y déjame adivinar... tienen un final feliz.

— Sí.

— Al menos, la parte de comerse un coño caliente y apretado es jodidamente excitante — dice de manera brusca, colocándome repentinamente sobre el escritorio.

Me asusto, pero no tengo tiempo de reaccionar, porque su boca hambrienta aplasta mis labios en un beso arrebatador, mientras sus manos atrevidas levantan mis brazos, librándome de la camisola y dejando mis pechos libres. El diminuto triángulo de la tanga apenas cubre mi sexo, y ya me siento arder bajo su mirada lasciva sobre mi cuerpo. Su boca envuelve mis pechos, succionándolos con una crudeza estimulante. Sus manos firmes recorren mi cuerpo como si ya hubiera memorizado cada milímetro y las reacciones que provoca en mí.

Una descarga eléctrica atraviesa mi piel y siento un dolorcito delicioso entre las piernas. Todo en mí suplica ser poseído, y mi marido lo sabe.

—¿Por qué no consigo odiarte? — escucho su pregunta confusa. Tal vez bebió demasiado. ¿Odiarme? ¿Por qué?

—¿Odiarme?

—Demasiado rubia, demasiado pálida... pero tan jodidamente deliciosa — murmura y enseguida vuelve a tomar mis labios con

pasión.

Siento su mano atrevida deslizarse por la orilla de mi tanga hasta encontrar mi sexo desnudo y húmedo. Un gruñido escapa de su boca contra la mía. Parece estar siendo dominado por algo más grande. No es solo el alcohol, es lujuria. En realidad, es pura pasión.

Escucho el tejido romperse y ser arrancado de mi cuerpo. Con prisa, Ettore abre mis muslos y acaricia íntimamente mi sexo. Puedo sentir el nudo del deseo avolumándose en mi vientre. La presión firme y deliciosa en mi clítoris me lleva al delirio y gimo tan alto, sin importarme si algún empleado me escucha. Él desciende lentamente, dejando besos por mi cuello, mis pechos, mi vientre. Finalmente, cae sobre mi coño. Gimo al sentir su lengua áspera y deliciosa separando mis pliegues mojados y succionando generosamente mi clítoris. Casi me desvanezco.

— Ah, Ettore... Esto es... delicioso... — gimo, levantando las caderas y buscando más fricción y succión de su boca maravillosa.

¡Dios! Es un experto. Mis piernas tiemblan y pequeños puntos oscuros aparecen en mi visión.

— Nada es más excitante y delicioso que una buena chupada de coño —ruge, hambriento, y me devora sin piedad, comiéndome con dureza.

— Ay, Dios mío... Ettore, voy a correrme.

— Córrete, bella mia. Dame tu placer.

Como una avalancha, siento que exploto y me derramo en su boca. Caigo sobre la mesa, floja, floja.

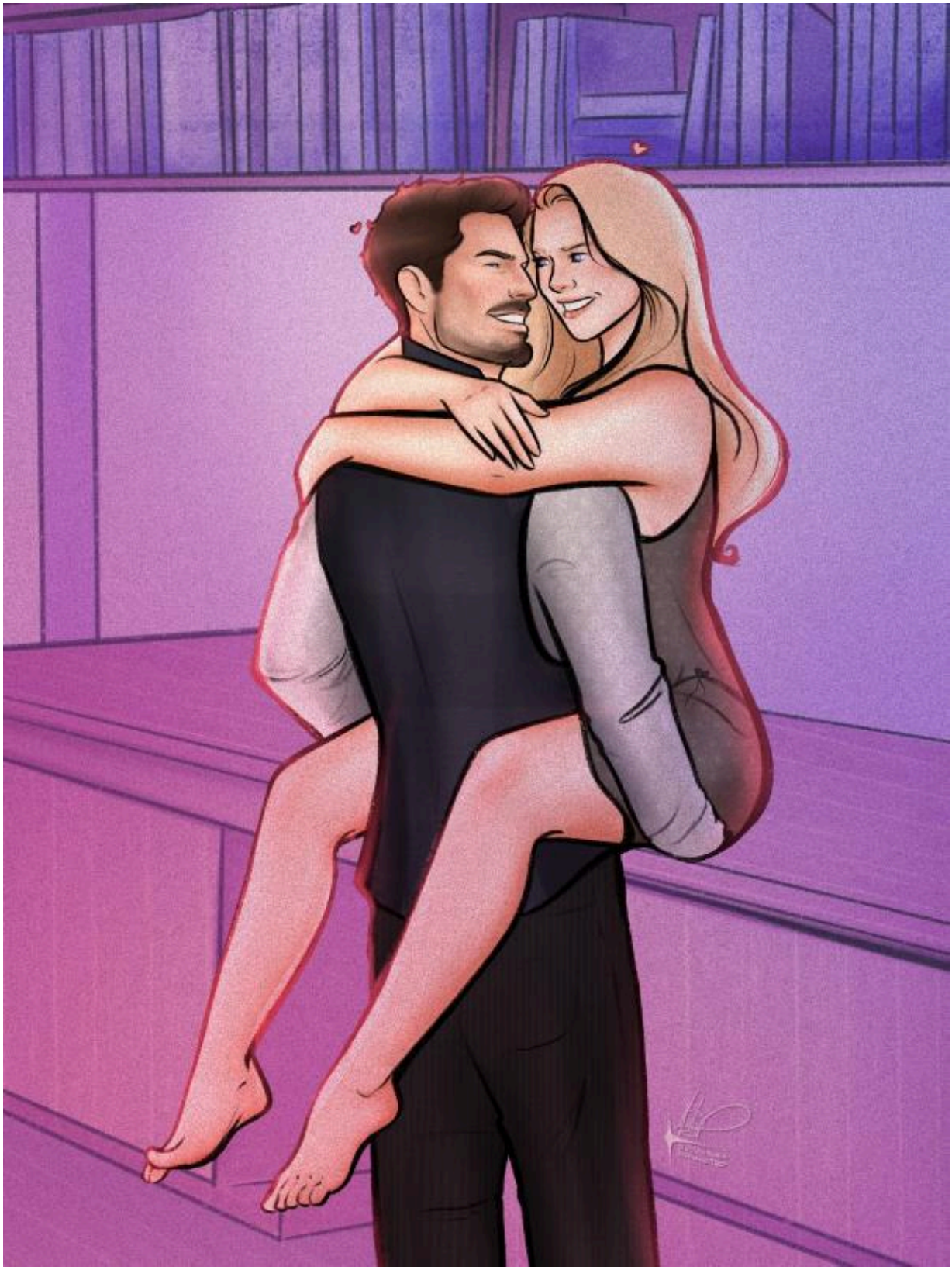
Ettore se incorpora, majestuoso, con una sonrisa de codicia, sabiendo que le dio placer a su mujer. Se lame los labios, consumiendo los últimos rastros de mi orgasmo.

Abre su pantalón, liberando su polla enorme y pesada, con la cabeza robusta y ya húmeda. Sé que mi placer apenas comienza. Mi marido me gira boca abajo sobre la mesa y yo arqueo las caderas. Siento la primera palmada en mi carne desnuda y tiemblo, no de dolor, sino de puro deseo. Me penetra y empieza a bombear deliciosamente en mi interior, en un vaivén sabroso. Mis paredes lo aprietan como si quisieran retenerlo en mi útero, y él gruñe.

Sin demora, comienza a follarme de manera implacable, tomándolo todo, devastándolo todo, hasta perderme y encontrarme en él.

No pasa mucho hasta que alcanzo nuevamente mi clímax. Ettore llega enseguida, corriéndose como un loco dentro de mí, dejándome tan llena y dolorida de su posesión, de su marca. Su esencia me inunda hasta lo más profundo.

Ambos quedamos sudados y jadeantes, sabiendo que esta locura se repetirá incontables veces durante la noche.





CAPÍTULO 15

LILY VACCHYANO

Meses después

Estoy en la sala de música. Me emocioné tanto cuando Ettore me regaló un lugar solo para mí, donde puedo tocar y extraer lo mejor de las notas de un piano. Martina acaba de salir del cuarto, dejándome una comida ligera, muy preocupada por mí y por mi bienestar. Ella es como una madre para mí, y siempre le agradezco por su cuidado.

Debo de llevar unos cuarenta minutos distraída, concentrada en la melodía triste. No sé por qué la estoy tocando, pero un apretón en mi pecho insiste, como un anuncio de mal presagio, de tiempos grises y terriblemente dolorosos.

Observo a Ettore detenido en el umbral de la puerta de vidrio y, de inmediato, mis dedos se paralizan sobre las teclas del piano. Algo no está bien. Las notas tristes se han silenciado y puedo detectar, en sus facciones, algo sombrío. Su rostro está lívido y su expresión, de forma aterradora, está cargada de tristeza. Me congelo.

— Ettore... — susurro, levantándome de la silla y avanzando hacia él. No sé de dónde saco fuerzas, porque mis piernas tiemblan como bambúes azotados por un fuerte vendaval.

—Lily, tendrás que ser fuerte — su voz arrastra un pesar inconfundible.

—¿Qué pasó? ¿Qué puede estar mal? — frunzo el ceño, sin comprender qué pudo haber ocurrido de tan grave. El peso lastimoso en mi pecho susurra traicionero que algo ha sucedido.

— Lily... lo siento tanto, piccola, pero tu padre ha fallecido.

Un choque horripilante recorre todo mi cuerpo y, de repente, me quedo sin suelo. El mundo se derrumba miserablemente a mis pies y un dolor feroz atraviesa mi pecho, como si lo desgarrara. Una torrente de lágrimas inunda mis ojos y no logro controlarme.

— No, eso es imposible. Ayer estuve con él. Es mi padre... Parecía bien... No... No... Dime que mientes. Ettore, no lo soportaría. Papá es un hombre sano, aunque tenga problemas de corazón, y la última batería de exámenes salió estable. — sollozo bajito.

Él me abraza con ternura y la expresión de sus ojos es de dolor. Entonces sé que todo lo que me dijo es verdad. Mi pecho, de inmediato, se ahoga en un sufrimiento lacerante.

— Bellini fue encontrado sin vida esta mañana, acostado en la cama. Todo indica que fue un ataque fulminante.

—No... No... Por favor, Dios, esto tiene que ser un error. No lo soportaría.

La única cosa que me mantiene en pie es el apoyo de Ettore en este instante. Él me abraza e intenta consolarme.

— Lo siento tanto, piccola. Los preparativos para el funeral ya están en marcha.

Cuando lo dice, mi cuerpo entero se estremece y, en un instante, pierdo las fuerzas, siendo arrastrada al mundo oscuro del inconsciente.



El velorio fue doloroso y angustiante. Martina y Ettore permanecieron a mi lado durante toda la despedida. Aún no consigo creer que estoy viviendo esta pesadilla terrible. El dolor es punzante y amargo como la hiel. No tengo idea de cuántas veces me desmayé durante la procesión fúnebre; sin embargo, no quise tomar ningún calmante, como el doctor Ângelo me indicó.

Percibo la presencia fugaz de Mario en el cortejo. Se acerca rápidamente a mí y me abraza, pero no siento su consuelo. Estoy inerte, y él parece tan distante, o quizá tan afectado como yo. Pero no presto atención a eso, anestesiada por el dolor.

—Lo siento mucho, Lily. El tío era un hombre honrado. Estoy muy triste por esta pérdida — su voz es inexpresiva. —¿Cuándo crees que será posible la apertura del testamento?

— No tengo idea, solo sé que duele... duele tanto. — lloro en su hombro.

— Claro, Lily. Yo también lo siento. Él era como un padre para mí.

Mario da sus condolencias y, enseguida, vuelve a darme otro abrazo, como muestra de apoyo. Muchos de los amigos de papá vinieron a lamentar la pérdida y trajeron flores y coronas.

Es difícil imaginar cómo será mi vida de ahora en adelante, sin sus consejos y sin su amor incondicional. Tras el entierro, entro en un modo mecánico.

El dolor y la tristeza me consumen durante los días de luto.



CAPÍTULO 16

LILY VACCHYANO

Ha pasado un mes desde la muerte de mi padre. Aún duele tanto y lo extraño inmensamente. Fue una pérdida dolorosa y terrible. Mi vida se convirtió en una bola de nieve y su muerte repentina me dejó desolada, aunque reciba todo el apoyo y el cariño de la familia de mi marido. Doña Eleonora y Elena han sido unos ángeles para mí, y Martina no me abandona ni un minuto. Ettore, en cambio, apenas lo he visto en estos últimos días. Intento ser comprensiva, pues él está lidiando con la burocracia y los trámites legales de la empresa después de la lectura del testamento de mi padre, que hizo prevalecer su deseo.

Papá quiso que Ettore quedara al frente de la dirección de las franquicias y restaurantes Bellini. Un apartamento y un coche de lujo fueron dejados a Mario, pero él salió de la sala transtornado con esa decisión. Mi primo, claramente, esperaba que papá lo hubiera nombrado en un cargo mayor, en la presidencia o en el comando de las corporaciones Bellini. Un fondo fiduciario fue dejado a mi nombre. Ya lo conocía de antes: vale millones. Podré disponer de él plenamente cuando cumpla 25 años. Obviamente, todo el resto de su patrimonio también fue heredado por mí, como única heredera.

Sin embargo, lo que más deseo no puedo tenerlo: su regazo, su hombro amigo y su presencia paterna, que siempre me consolaban en las noches sombrías y dolorosas de lucha contra el

cáncer. Mi padre me dio fuerzas para reunir energías de donde yo ni sabía que existían. Fue mi ola de esperanza para enfrentar aquella enfermedad terrible. Pero no solo de recuerdos dolorosos está hecha mi memoria. Recuerdo la primera vez que logré andar en bicicleta y caí sobre el césped verde del jardín. Papá corrió hacia mí para ver si me había lastimado, pero yo solo sonreí y le mostré que no sería una simple caída la que me detendría. Son recuerdos como ese los que siempre permanecerán en mi corazón.

Ettore también parece abatido y afectado por todo lo ocurrido. En las pocas ocasiones en que lo veo, su rostro refleja ese peso. Entiendo que está en reuniones constantes y en ajustes con los abogados. Lamentablemente, cuando llega de madrugada, yo ya estoy dormida, y a la mañana siguiente, cuando despierto, él ya se ha levantado y se ha marchado.



Despierto. Un rastro de luz de luna plateada baña la habitación. Veo en el reloj de la mesilla que ya pasa de la medianoche. Escucho una respiración profunda y observo el cuerpo poderoso que duerme serenamente a mi lado. Algunos mechones castaños están despeinados, y siento la tentación de acariciar esas hebras suaves. Ettore se mueve, atrayendo mi mirada hacia su pecho desnudo, que brilla bajo la luz de la luna.

Hace ya un tiempo que no hacemos el amor. Sé lo vigoroso que es en el sexo, pero los últimos días fueron estresantes para ambos, y él me dio espacio, consciente de que necesitaba un período sola para recuperarme. Pero lo extraño.

Su cuerpo se remueve otra vez entre las sábanas y escucho un gruñido escapar de sus labios, como si estuviera incómodamente atrapado en algún sueño. Su respiración sigue regular, señal de que

aún duerme. Mis ojos bajan a su abdomen marcado y luego a la protuberancia evidente bajo la tela. Mis mejillas se enrojecen al instante cuando comprendo que está excitado. Es como si todo en él suplicara por mi toque.

Ettore me atrae terriblemente. No resisto y termino acariciándolo, recorriendo sus músculos duros y suaves al mismo tiempo bajo mi palma, incluyendo su pecho ancho y su abdomen definido. Nunca antes tomé la iniciativa en el sexo, pero... ¿cómo sería montarlo? ¿Estar en el control?

El pensamiento erótico enciende mi mente. Es mi marido, y lo extraño. Tan cerca y, a la vez, tan lejos de mí.

La protuberancia bajo las sábanas se hace aún más prominente mientras sigo acariciándolo. Derramo besos por la extensión de sus músculos y lo escucho gemir entre sueños. De repente, unas manos posesivas se ciñen a mi cintura. Sus ojos castaños, nublados por el deseo, me devuelven la mirada, ya completamente despiertos. Por un instante, parece que intenta discernir si esto es un sueño o la realidad. Sus facciones están cargadas de lujuria.

—¡Madonna mia! Esta es la manera más dulce y excitante de despertar a un marido.

Empieza a acariciar mi cuerpo y me quita la camisola con impaciencia, dejándome desnuda. Estoy muy húmeda y palpitante entre los muslos. Ettore toma mis labios con hambre y pasión y me coloca sobre sus caderas desnudas. Como sospechaba, estaba dormido sin ropa.

Solo deseo que me posea, que me marque y me ame durante horas, arrancando de mí ese sentimiento de vacío. Cuando está en la mansión, es insaciable, pero últimamente su ausencia, estando tan cerca y tan lejos a la vez, me ha estado volviendo loca. Besa mis pechos con devoción, y me gusta. Siento mucho placer en esa zona,

y sé que él ya lo ha notado por la manera en que me toca, me reverencia y me ama.

Puedo sentir lo duro y grueso que está, enorme, palpitante e impaciente. Sonrío, descarada. Me encanta cómo me demuestra que me desea. Parece un animal enjaulado y hambriento, que al liberarse solo piensa en devorar, marcar y rendir.

Ettore está a punto de tomar el control y tumbarme sobre la cama. Pero susurro:

— No. Esta vez, quiero montarte yo.

—¡Cazzo! Estoy tan excitado, dolcecuore.

—Por favor, déjame tocarte. —Desciendo lentamente la mano desde su pecho hasta esa parte tan interesante de su cuerpo.

Soy recompensada con un gemido de puro deseo primitivo y mis ojos se fijan en esa parte impresionante entre sus piernas, ya completamente erguida. La sujeto con delicadeza entre mis manos, sintiendo la pulsación desenfrenada de la carne rígida bajo mi control. La cabeza rosada está levemente humedecida y paso suavemente un dedo por la piel aterciopelada de la glande. Muchas veces me sorprendo porque no sé cómo todo eso cabe dentro de mí; y no es solo por el tamaño, también por el grosor, que es intimidante. Solo logro rodearlo con ambas manos.

— Soy todo tuyo, amore mio — mi marido susurra, ronco, recostándose contra las almohadas y dejándome el mando.

Me coloco sobre sus caderas poderosas, me acomodo y desciendo lentamente sobre su erección firme hasta tenerlo completamente dentro de mí. Escucho su rugido y una maldición lujuriosa en italiano que no comprendo. La vibración poderosa en mi útero me da plena conciencia de cada centímetro suyo profundamente enterrado en mí. Comienzo a moverme sobre él en un ritmo constante.

Ettore susurra obscenidades mientras reverencia mis pechos, pellizcando mis pezones con sus dedos ágiles y tomándolos en su boca. Me enloquezco con la fricción deliciosa de su lengua húmeda en mis pechos, con el choque delicioso de nuestras pelvis y con el encaje de nuestros cuerpos. El roce constante estimula mi clítoris, llevándome al borde de estallar, derretirme y cerrarme a su alrededor.

Continúo con movimientos lentos y constantes. Su cuerpo poderoso se agita bajo el mío, y sé que está a punto de perderse. No pasa mucho antes de que un orgasmo intenso me golpee. Me contraigo completamente alrededor de su eje palpitante, mientras Ettore me inunda con cada gota de su semilla. Me siento llena, marcada por su esencia.

Caigo sobre su pecho fuerte. Estoy sin fuerzas tras la ola inmensa de placer. Sonrío, descarada, al recordar el rugido salvaje que arranqué de su garganta. Unos minutos después, acurrucada en sus brazos, me duermo satisfecha, escuchando los latidos rítmicos del corazón de mi único amor.



CAPÍTULO 17

LILY VACCHYANO

A la mañana siguiente, me doy cuenta de que Ettore, una vez más, salió temprano sin despedirse de mí. Pensé que después de nuestra noche memorable de sexo, mi marido, al menos, se quedaría un poco más en la villa conmigo. Yo solo quería un poco de su compañía. Pero probablemente estoy siendo insensata e injusta. Puedo imaginar la cantidad de burocracias que debe resolver con los abogados. Hace tan poco que papá nos dejó y todo aún es un caos.

Por dentro, sigo sintiéndome frágil y sensible. Si no fuera por todo el apoyo que Elena, Martina y doña Eleonora me brindan, ya habría sucumbido.

En la mañana, voy a la ONG que atiende a los niños con cáncer, visito a los pequeños y les cuento una historia en la sala de lectura. Luego salen a merendar. Después paso por una de las tiendas de Elena. Más temprano habíamos quedado en almorzar en uno de los prestigiosos restaurantes de Florencia.

Regreso a la villa casi al final de la tarde. Las nubes cargadas anuncian que pronto caerá una lluvia torrencial. El coche de Ettore está estacionado frente a la mansión y mi corazón se desborda de amor. Hoy vino más temprano a casa. Sin embargo, noto que está encerrado en el despacho y yo subo a nuestra habitación. Martina entra poco después.

— Niña, qué bueno que llegaste. Mejor no cruces el camino del señor Vacchyano, hoy está con un humor terrible.

—¿Qué pasó?

Ettore no comentó nada. En los últimos días ha evitado hablarme de los problemas de la Bellini, pero sé que algo anda mal.

— No lo sé, niña, pero creo que la reunión no debe haber tenido el resultado que el señor Vacchyano esperaba.

— Imagino que puede estar ocurriendo algo que él no consigue resolver. No quiero molestarlo con tonterías.

— Voy a bajar a terminar de preparar la bruschetta para la cena. Si necesitas cualquier cosa, solo llámame, Lily. — Le sonrío.

— No te preocupes, Martina. Solo voy a tomar mis vitaminas y leer un libro.

Ella se despide y sale del cuarto, mientras yo tomo un vaso de agua de la jarra sobre la mesita, agarro el frasco con las pastillas y las ingiero. Busco el libro que comencé hace dos días, voy hacia el sillón frente a la puerta de vidrio, desde donde se ve el hermoso campo de olivos de la villa, y continúo la lectura desde donde había quedado. Sin embargo, de algún modo, no logro concentrarme. Un fuerte presentimiento oprime mi pecho, como una advertencia de que algo está mal.

Observo las nubes oscuras en el cielo y confirmo que la tormenta está cerca. Entonces, veo la figura imponente de Ettore entrar en la habitación y sus facciones están sombrías.

— Vamos a dar un paseo — me comunica con una voz fría que me hace estremecer.

—¿Qué está pasando, Ettore?

— Pronto lo descubrirás. Ahora, vamos.

Lo acompaño y veo que su coche ya nos espera en la entrada de la villa. Esta vez, parece que no iremos con el chofer. Apenas entro en el vehículo y él cierra la puerta, la atmósfera se llena de un silencio absoluto.

El trayecto duró solo unos minutos, pero me pareció una eternidad.

—¿Qué estamos haciendo aquí? — pregunto cuando el Mercedes se detiene en la entrada principal del Palazzo Bellini.

Desde la lectura del testamento había evitado venir. Este lugar aún me trae demasiada nostalgia de papá.

Cuando miro el semblante de Ettore, me petrifico al captar la hostilidad en su mirada.

—¿No extrañas tu casa, querida Lily? Creo que ya has pasado el luto por tu querido papacito. Yo no seré más un rehén, al fin y al cabo, ese viejo hijo de puta ya está siete palmos bajo tierra y yo ya pagué el precio que se me exigió, casándome con su hijita querida.

Un frío horrendo recorre mi columna por la dureza de sus palabras. ¿Es este el mismo hombre con el que hice el amor apasionadamente anoche?

—¿Por qué hablas así de mi padre?¿Y por qué te refieres a nuestro matrimonio como si hubiera sido un negocio?

—Ya no hace falta fingir que no sabías del asqueroso plan que tu padre ideó para obligarme a casarme contigo.

—¿Obligarte a casarte conmigo?¿Qué clase de estupidez dices, Ettore?

— Obvio que Bellini sabía que el dinero no podía comprarme, ya que soy un hombre muy rico, así que armó un plan para atarme y hacerme desposar a su única hija.

—¡Dios mío! Debes estar loco.

Siento cómo me toma del brazo con brusquedad, arrastrándome fuera del coche y llevándome dentro de la mansión.

— Lo único que me une a ti está a punto de ser eliminado. Después, te quiero fuera de mi vida.

Casi tropiezo en uno de los escalones porque Ettore prácticamente me arrastra, como un desquiciado.

—¡Por favor, Ettore! Estás apretando demasiado mi brazo. Me estás lastimando.

—¿Y quién dijo que no quiero lastimarte? — su voz es dura e implacable, provocándome escalofríos en la piel.

—No sé qué clase de estupidez inventaron sobre mi padre, pero debes saber que todo es mentira. Él era un hombre bueno y honesto, y su memoria permanecerá así — defiendo a papá, sin importar lo que haga a mi marido comportarse como un lunático.

—¿Un hombre honesto? Crió a su princesita en una burbuja, en una fortaleza, cumpliendo todos sus caprichos. ¿Qué tuviste que hacer para convencerlo de extorsionarme? — Con brusquedad, me lleva hasta el despacho, prácticamente empujándome dentro. Casi caigo de rodillas, y mis ojos se empañan de lágrimas. Nunca tuve un enfrentamiento tan acalorado como este con mi marido. — Cómprame ese, papá. Además de ser billonario, es nuestro vecino — murmura con burla venenosa.

— No sé de qué me acusas, Ettore. Fuiste tú quien me pidió en matrimonio —le recuerdo.

— Por la maldita extorsión de tu padre. ¿Vas a seguir fingiendo que no sabías absolutamente nada?

Me quedo momentáneamente en shock, repitiendo esas últimas palabras letales en mi mente. Cuando lo miro a la cara, puedo ver todo el desprecio reflejado. Dios... mi marido me odia. Mi puerto seguro. Mi mundo acaba de derrumbarse a mis pies.



CAPÍTULO 18

LILY VACCHYANO

—¿Chan... chantaje? ¿Qué tipo de chantaje? — la palabra repugnante salta de mi boca con un sabor amargo a hiel.

Intento descifrar el rompecabezas en mi mente. ¿Qué poder podía tener un hombre simple como mi padre para persuadir a alguien como mi marido? Veo la pura impaciencia estampada en sus facciones hermosas. Realmente no cree en mi inocencia.

— Voy a refrescarte la memoria, ya que parece que, de repente, tu cabecita sufrió una crisis de amnesia. Mi hermano no quiso trabajar en la compañía Vacchy. Joven, tonto y temerario como era, decidió hacer su propia fortuna desde cero, sin pedirme ayuda ni orientación. Tu padre, solidariamente, le prestó dinero y entró como socio. Entonces Giovanni, junto con otros dos idiotas que llamaba amigos, inició una casa de apuestas en línea. Al principio todo parecía bien, hasta que ocurrió el primer desfalco en la empresa y las inversiones cayeron drásticamente. Luego hubo otro desfalco que se llevó el dinero de clientes y socios. Todo apuntaba a que el responsable había sido mi hermano. Una trampa, obviamente. Un fraude enorme de muchos millones de euros que podría haberlo llevado a la cárcel. Pero no fue Giovanni quien desvió ese dinero, fue uno de sus "amigos", que huyó con el botín del crimen. Es evidente que, cuando me enteré de la estupidez que había cometido mi hermano, volví rápidamente a Italia y cubrí todas las deudas que

había contraído, ya que la empresa estaba a su nombre. Pero incluso siendo yo un billonario, hubo un socio al que no pude resarcir. No con dinero, al menos. George Bellini no aceptó el reembolso por el inconveniente. Tu padre era una zorra astuta. El maledetto vecchio tenía en su poder pruebas que podrían mantener a mi hermano preso. Por eso tuve que pagar el precio. A cambio...

— Papá te chantajeó para que te casaras conmigo, o de lo contrario presentaría esas pruebas contra tu hermano — completo, con la voz quebrada y un sentimiento amargo.

Su declaración me tomó totalmente por sorpresa. Recuerdo su propuesta de matrimonio frente al lago. ¿Algo que consideré tan romántico fue solo una ilusión? La boda en la Catedral de Santa Maria del Fiore, el viaje de luna de miel a la isla de Elba, la primera vez que hicimos el amor, el primer beso... ¿Todo fue una mentira? Mis piernas están a punto de ceder bajo mi peso y mi corazón late desbocado de tristeza en el pecho.

No... no... esto solo puede ser una pesadilla cruel.

Ettore camina por el despacho que perteneció a mi padre como si todo el lugar ya fuera suyo. Su aura de dominio se desprende por cada poro de su cuerpo fuerte. Lo veo acercarse a la chimenea, donde ya había algunas maderas listas, y accionar el encendido automático, haciendo que el fuego chisporrotee y consuma lentamente los troncos. La temperatura, de hecho, ha caído, ya que afuera comienza a llover torrencialmente.

Me siento vacía por dentro. Descubrí, de la peor manera posible, que mi matrimonio fue una miserable farsa; que el hombre que amo solo se casó conmigo por un chantaje terrible. Ettore fue comprado para ser mi marido.

La figura poderosa y dominante se acerca al aparador y se sirve una generosa copa de whisky. Cuando se vuelve hacia mí,

contemplo las líneas duras de su rostro y la determinación implacable que lo domina.

— Ahora abre de una puta vez ese cofre y dame lo que quiero — ordena.

Nunca hubo secretos entre papá y yo, y aunque conocía la clave del cofre — la fecha de boda de mis padres — jamás me atreví a tocar sus cosas por respeto.

—¿Y si no está ahí lo que buscas?

— Tiene que estar — dicta. — No voy a pasar el resto de mi vida siendo rehén de un chantaje que, si cae en las manos equivocadas, puede mandar a mi hermano a la cárcel en cualquier momento.

—¡Dios mío! De verdad debes odiarme.

Solo quería que un agujero se abriera bajo mis pies y me tragara. Los últimos acontecimientos fueron un golpe devastador a mi autoestima. Un marido comprado, que en realidad me aborrece.

— Abre el cofre. No voy a repetir la orden — la firmeza en sus palabras me hace estremecer.

Con el rostro empapado en lágrimas, me acerco al enorme cuadro de Castellani, detrás del cual está el cofre. Lo retiro y lo coloco con cuidado sobre un sillón. Mis manos tiemblan, pero marco la clave en el visor digital. Apenas escucho el "clic" de apertura, mi corazón martillea dentro del pecho. ¿Qué espera Ettore encontrar ahí? Quisiera demostrarle que no existe nada que manche la integridad de mi padre. Quiero restregarle en la cara arrogante que ese compartimento solo guarda papeles del restaurante y quizás algunas joyas y documentos personales. Sin embargo, algo en mi pecho me pesa.

Encuentro varios documentos dentro, pero una carpeta en particular me llama la atención. La tomo con manos temblorosas y empiezo a respirar con dificultad. Mi cabeza da vueltas. Me apoyo en el sillón más cercano para no caer.

— No sirve de nada fingir que tienes una crisis de hiperventilación. No te atrevas a desmayarte, bella mia, o no te gustará el método que usaré para despertarte. —¿Por qué está siendo tan cruel? — Ahora abre esa carpeta y descubre qué clase de charlatán era Bellini, ya que estás interpretando tan bien tu papel de mártir — su voz gotea desprecio.

Me esfuerzo por controlarme y no desmayar frente a él. No quiero mostrar debilidad. Me siento en el sillón frente a la chimenea y comienzo a hojear los papeles. Veo transacciones bancarias y un contrato con las firmas de Giovanni y de mi padre. Las letras parecen bailar ante mis ojos. Estoy demasiado nerviosa y no dejo de temblar. En la carpeta hay más documentos que no comprendo, pero todos llevan la firma del hermano de mi marido. Un sollozo me escapa del pecho y llevo la mano a la boca para contener mi tormento. Quisiera gritar, pero Ettore no es culpable. Es una víctima. Lo obligaron a convertirse en mi esposo para salvar a su hermano de la cárcel. Un sentimiento feroz de rechazo me oprime el corazón y solo deseo desaparecer.

—Ya basta. — Él arranca los papeles de mis manos y los lleva a la chimenea. Ya sé lo que pretende.

Ettore arroja las hojas al fuego y observo cómo las llamas devoran los documentos hasta volverlos cenizas.

—Yo... lo siento. Si lo hubiera sabido, jamás habría aceptado toda esta insensatez — mi voz sale ahogada y no me atrevo a mirar el desprecio en sus ojos.

—Las lamentaciones no sirven de nada. Dejé a la novia que yo escogí... — su tono acusador se eleva. — Y me embarqué en un

matrimonio que nunca deseé.

En ese instante, escucho un golpe seco y el estrépito de vidrios estrellándose contra la pared. Todo mi cuerpo se sacude frenéticamente. Me tapo los oídos y cierro los ojos con retraso. Solo quisiera despertar de esta pesadilla.

"Dejé a la novia que yo escogí..."

Sus palabras resuenan en mi mente como un látigo que me fustiga cruelmente. Claramente se refería a Arabella. Dios... Qué idiota fui al pensar que había dejado a su novia porque se había descubierto enamorado de mí. ¿Cuán estúpida podía ser?

— Abre los ojos, bambina.

Los abro, ya sabiendo lo que voy a encontrar. Lo miro, y todo lo que percibo es desprecio, ira y orgullo herido. No podré vivir con este sentimiento. El único hombre al que siempre amé con todo mi corazón me odia. Bajo el rostro y fijo mis ojos en mis pies. ¿Cómo podré mirarlo sin sentirme culpable? Papá, ¿por qué hiciste esto?

Miro la lluvia afuera y veo las gotas gruesas deslizarse por el vidrio. Escucho sus pasos lentos acercarse y siento sus manos poderosas alzándome bruscamente por los hombros. Su fuerza me duele, pero no me importa. Solo quisiera poder borrar el dolor y el rencor de su mirada.

— A partir de hoy, yo decidiré cómo será. — Debe referirse al divorcio. Es evidente. ¿Cree que podría pensar otra cosa?

— Es obvio que no me opondré al divorcio — aclaro, sintiendo una presión insoportable en mis sienes, como si fueran a estallar. — Pronto podrás estar con la novia que elegiste. — Suelto las palabras con cuidado.

Me desgarra por dentro la certeza de que ama a otra. Eso me hiere terriblemente.

— Qué gentil, mi dolce moglie, pero esa decisión ya no está en tus manos. Yo no escogí a Arabella para que fuera mi puta. Si no pude tenerla como esposa, no será mi amante en la sombra.

Obviamente, Ettore se había mantenido lejos de la cama de su ex, pero no por respeto a nuestro matrimonio. ¿Cómo lo haría, si todo fue una farsa, un juego de chantaje? Él la ama, por eso la respeta.

— No estoy sugiriendo que la mantengas como amante — las palabras salen de mi boca con sabor amargo. — Te estoy proponiendo el divorcio. Es la única salida sensata.

— Una esposa tan dócil y condescendiente... — un sonido burlón escapa de sus labios.

— Por favor... ¿Qué quieres de mí?¿Acaso no es suficiente saber cuánto me duele todo esto?

— Quizás... pero todavía me debes mucho, esposa.

—¿Cómo podría compensarte? Las pruebas contra tu hermano ya no existen, y tengo la clara impresión de que no aceptarás el dinero ni la administración de los negocios que mi padre te dejó. Él confió en ti, aunque lo desprecies.

—No es como si quisiera encargarme de esa mierda. Así que, si quiero, pronto el imperio Bellini se irá a la ruina.



—¿Y crees que me importa el dinero?

Su expresión permanece impenetrable.

—Debería, ya que llevas una vida bastante privilegiada.

—No estoy siendo ingrata, pero papá siempre supo que yo nunca tuve vocación para manejar los negocios. Él estaba preparando a Mario para asumir la dirección de las franquicias y restaurantes Bellini, pero mi primo es un charlatán irresponsable.

—Entonces, tu primera lección será aprender a negociar y persuadir. Inténtalo conmigo, bella mia. ¿Qué tienes para ofrecerme, esposa, para convencerme de mantener la farsa de nuestro matrimonio y continuar al frente de los negocios de tu padre? Soy implacable y exigente, como puedes imaginar.

—¿Convencerte de permanecer casado conmigo? ¿Estás loco? Yo solo quiero el divorcio.

La sorpresa cruza su semblante.

¿Acaso no esperaba que dijera lo obvio? ¿De verdad pensaba que seguiría con algún tipo de manipulación para que continuáramos casados?

—Esa cláusula es innegociable.

—Lo que quieres es atormentarme. ¿Quieres herirme?

Ya me destruye por dentro el hecho de que nunca me haya amado. Qué tonta y ciega fui. Él siempre amó a Arabella. Dios... Si la pobre chica supiera el infierno que estoy viviendo ahora, ¿sentiría compasión por mí?

—Si tu conciencia te atormenta, es porque tienes alguna culpa.

En cierto modo, sus palabras son verdad. Cargo en el pecho la culpa de amarlo. Si él no hubiese sido el centro de mi obsesión inmadura, papá no lo habría chantajeado. Nunca supe ocultar mis sentimientos; eran demasiado transparentes.

— ¿Fue por eso que me sedujiste anoche? ¿Para asegurarte de que seguiría atado, obsesionado con una boceta? ¿Que me

quedarías retenido en esta mentira sucia como tu perrito adiestrado? — su comentario está lleno de desprecio, pero en sus ojos marrones veo un fuego inmoral como nunca antes.

¿Una mezcla de deseo y odio? Imposible.

Lo miro con determinación, como si estuviera perdiendo la razón. Fue solo una reacción natural. Yo quise tocarlo, demostrarle cuánto lo amaba. Pero hoy descubrí que toda mi entrega, toda mi felicidad por estar casada con el hombre que siempre idolatré no fue más que un engaño. Un matrimonio construido sobre arena, que pronto se desmoronó. Una simple grieta en la fachada, y todo se vino abajo.

— Jamás usaría el sexo para retenerte. ¡Dios! Claramente me consideras una cualquiera.

— No puedo negar que en la cama eres la perfección. ¡Cazzo! Odio el juego que haces conmigo. Ese rostro inocente, ese aire de vulnerabilidad, el modo en que despiertas el protector en mí...

—Juro que no es nada intencional.

— Claro. Sobre todo esa cabalgada sucia, el sexo pervertido que me diste anoche y la manera inocente y depravada en que casi me estrangulaste con tu coño, dejándome medio insomne, recordando cada detalle — habla con rudeza.

— No seas desagradable. Yo solo estaba... estaba...

— Actuando. Maledizione! Eres una actriz excelente. Me estabas manteniendo feliz para que siguiera colaborando con la farsa, ya que el maledetto Bellini ya no está aquí para tirar de las cuerdas. No soy más un títere en tus manos.

—¿Un títere en mis manos? ¡Yo fui la que vivió una farsa, así que fue exactamente al revés! — grito, ahogada.

Clavo mi mirada en la ventana y constato la fuerza de la lluvia afuera. Ojalá el agua pudiera llevarse todo mi sufrimiento. La confusión dentro de mí crece, rebelándose. De pronto, recuerdo el lago cerca del palazzo, donde la farsa comenzó... y donde también podría terminar.

Ettore no tendrá que ser un "títere" en mis manos. Sin pensar en mis próximos actos, me zafó de sus brazos fuertes y salgo del despacho. Mi visión está nublada por las lágrimas.

— Lily, vuelve aquí. — Escucho su voz como una orden, pero no miro atrás.

Abro la puerta principal de la mansión y corro hacia el jardín, sintiendo las primeras gotas de lluvia azotar mi piel. Mi ropa se empapa al instante, pero no me importa.

La tormenta me dificulta moverme, la tela pegada al cuerpo me pesa, pero mi corazón se siente libre. Dejo que toda la culpa se disuelva, igual que el agua que cae sobre mi rostro. Corro tan rápido como mis pies me lo permiten, aunque siento que doy vueltas sin avanzar.

El lago parece distante, pero tan acogedor... Quizá haya llegado el momento de irme con papá.

Pero pronto siento la presencia intimidante detrás de mí y unos brazos fuertes me inmovilizan.

— Déjame, Ettore. Déjame ponerle fin a todo. Será más fácil así.

Él me gira, pegándome contra su pecho y abrazándome con fuerza. ¿Qué clase de locura es esta? Debo estar delirando. Intento apartarlo, golpeando su pecho con los puños. Toda mi confusión y mi estrés emocional estallan como un volcán en erupción.

—¡Suéltame!

—Per l'amor di Dio, ¿qué estupidez ibas a cometer?

—¡Déjame ir! Así no tendrás que seguir pagando tu condena. ¡Serás libre y podrás tener a Arabella, como siempre quisiste! —grito. Un grito de desesperación que me desgarra la garganta.

El colapso emocional me consume, drenando todas mis energías. No soporto más su desprecio.

—Estás completamente desestabilizada —murmura Ettore.

De pronto, mis puños pierden fuerza. Mis brazos caen pesadamente a los costados. Cierro los ojos y, en un instante, todo se vuelve oscuro.



CAPÍTULO 19

ETTORE VACCHYANO

¡Maldita sea! Observo el cuerpo inerte de mi pequeña esposa entre mis brazos, sin reacción alguna. Por un instante, mi corazón se agita en el pecho por el miedo a lo inesperado; sin embargo, pronto comprendo que simplemente se desmayó. Su respiración es estable.

La lluvia cae con fuerza, sin tregua. Levanto a Lily en brazos y noto que su cuerpo está frío. ¡Qué mierda! Conociendo su salud frágil y las complicaciones que eso puede acarrear, la llevo apresuradamente dentro de la mansión. Qué estupidez. ¿Por qué Lily actuó con tanta imprudencia? ¿No se dio cuenta del peligro que corría afuera, bajo todo aquel aguacero? No quiero imaginar las tonterías que pasaron por su cabeza para que actuara de manera tan impulsiva.

Sigo hirviendo de rabia. El último mes ha sido estresante, y la falta de una postura clara de los abogados me alteró. Cuando dijeron que Bellini no me dejó ningún documento, actué por impulso y por el miedo de que los papeles que incriminaban a Giovanni cayeran en manos equivocadas. La muerte repentina de George fue una sorpresa total. Eso me llevó a enloquecer y a presionar a Lily para que me entregara los documentos.

Algo dentro de mi pecho se retuerce. Aún siento una mezcla descontrolada de ira y rencor que crece imperiosa como una hierba

mala. Pero, pese a toda la agitación de las últimas horas en mi interior, puedo comprender que tal vez Lily no supiera realmente de las acciones de su padre. Siempre la consideré cómplice; sin embargo, su reacción no fue la de una mujer mimada, hija de papá y egocéntrica, como la había imaginado en mi mente.

Ya en su antigua habitación, la deposito rápidamente en la cama y la desvisto de la ropa mojada. Enciendo el sistema de calefacción del cuarto, voy al armario y busco ropa seca para ella. Cojo lo primero que encuentro, una camisola de algodón, y la visto. Luego la cubro con la sábana para mantenerla abrigada.

Puedo notar cómo el color vuelve poco a poco a su rostro. Lily aún no despierta, pero probablemente no querrá verme después de nuestro último enfrentamiento.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón. ¡Mierda! El teléfono se quedó en la oficina. Bajo hasta allí. La chimenea todavía está encendida, pero ahora sólo quedan las cenizas de los papeles que consideré, en su día, mi prisión. ¿Por qué no siento el alivio que debería sentir?

Ahogo ese extraño sentimiento, cojo el móvil y llamo. Martina me atiende y reparo en lo angustiada que suena su voz. Le pido que se calme, que venga al palacio con el chofer y traiga ropa para mí, ya que la que llevo está empapada. Intenta sacarme información, pero me escaqueo. Ellas dos, efectivamente, tienen un vínculo fuerte.

Unos quince minutos después oigo un coche en la entrada de la mansión. Martina entra preocupada, con un paraguas en una mano y una bolsa en la otra, que me entrega de inmediato. Mientras tanto, he pedido a la gobernanta que prepare un caldo de verduras para mi esposa y un té calmante.

— Señor Vacchyano, ¿le ha pasado algo a mi niña?¿Dónde está? — pregunta.

— Necesita que estés con ella. Ven, nada más — evado.

La llevo hasta donde está Lily. Permanece inerte y, de algún modo, la culpa me carcome.

Pronto disipo esa extraña emoción de debilidad. ¿Y si sólo está fingiendo estar inconsciente? ¿Cómo he podido, por breves instantes, no considerarla culpable? Está claro que fue cómplice de su padre y ahora que él está muerto, sigue fingiendo, actuando para ganarse mi empatía.

—¿Pero qué pasó? — insiste Martina.

—Se desmayó. Cuídala, eso es todo.

Cuando salgo del cuarto, Martina me agarra del brazo. Esta vez, puedo ver determinación en su rostro.

—¿Le has hecho daño a mi niña? Si la has lastimado, lo juro por Dios que...

La interrumpo bruscamente y me aparto.

—No olvides quién paga tu sueldo — digo, seco.

—No me importa. Amo a Lily como si fuera mi hija. Y si usted ha maltratado a mi niña, un ser puro y de corazón dulce, no la merece.

Aunque mantengo una expresión austera y fría, por dentro me complace saber que mi pequeña esposa tiene a una leona que la defiende. Pero aún no saco una conclusión definitiva sobre la participación de Lily en los planes de su padre. No puede ser tan ingenua. Obviamente sabía de esos papeles y estaba actuando. Eso me digo a mí mismo.

—La forma en que trato a mi esposa no le incumbe. Limítese a cuidarla. Regresaré pronto —le ordeno, sin disimular mi rudeza.

En una de las habitaciones de huéspedes tomo una ducha caliente y me visto con ropa seca. Luego bajo al despacho y hago unas llamadas desde mi móvil. La lluvia, por fin, ha dado tregua.

Miro el reloj sobre la chimenea y veo que en menos de dos horas debo viajar a Canadá. Tengo una reunión inaplazable con algunos socios y nuevos emprendedores de Vacchy.

Cuando me dispongo a salir del despacho, veo a Martina bajar las escaleras.

—¿Cómo está mi esposa? —pregunto.

—Ya despertó, pero está nerviosa y no deja de llorar. Vine a buscarle un té.

Perfecto. Ahora Lily usa a Martina para contarme una historia triste y hacerme sentir un canalla. ¡Joder! Lo peor es que, miserablemente, está funcionando.

—¿No sería mejor llamar a un médico? —sugiero, con tono preocupado.

—Ya llamé al doctor Ángelo. Recomendó un calmante.

—Voy a verla.

—Por favor, señor Vacchyano, déjela descansar un poco. La chica estaba exhausta; es probable que vuelva a dormirse.

—Subiré a verla. Lily podrá dormir después —digo, seco.

¡Infierno! No pasó desapercibido el adjetivo posesivo que pronuncié.

Martina me deja espacio para subir. Había percibido mi tono autoritario. Al entrar en el cuarto encuentro la cama vacía y las sábanas revueltas. Una angustia invade mi pecho. ¿Dónde puede

estar Lily? Reviso el armario: vacío. Compruebo la puerta de cristal que da al balcón y, con alivio, constato que está cerrada con llave.

¡Pero qué demonios! ¿Dónde se habrá metido?

Escucho un sollozo tenue que viene del baño y me dirijo hacia allí. El ruido es casi inaudible; eso me irrita profundamente. No quiero pensar que siento culpa por verla en ese estado deplorable.

¿Deplorable? Dio mio, todo es fingimiento.

Golpeo la puerta sin obtener respuesta. Golpeo con más fuerza, mostrando que no me iré.

—Martina, por favor, quiero estar sola —su voz tiembla por el llanto y denota lo infeliz que está.

—Soy yo, Lily. Abre la puerta. Tenemos que hablar.

Un silencio sobrecogedor persiste. Pienso que me ignorará, pero pronto me responde:

—Por favor, Ettore, déjame en paz.

—Te dejaré cuando hayamos hablado. Ahora abre la puta puerta y no me hagas perder el tiempo.

No oigo ruido del otro lado, sólo calma. Un pensamiento deprimente me atraviesa: Lily cubierta de agua roja, de su sangre. Me congelo al imaginar que, minutos atrás, pudo haber cometido una locura. Mi corazón se dispara como una locomotora desbocada.

—Abre la puerta, Lily —mi voz es enérgica; sin embargo, vuelven a ignorarme—. ¡Abre esa puta puerta ahora!

Al no obtener respuesta y temiendo lo peor, doy una patada en un punto bajo de la puerta, debajo de la cerradura, y un estruendo ensordecedor resuena en la habitación cuando la madera choca contra la pared.

Lily está dentro de la bañera, en estado de choque por mi actitud bárbara. Definitivamente no esperaba mi reacción. El agua con espuma cubre deliciosamente su cuerpo, abrazándola como lo haría un amante. Verla desnuda me hace endurecer.

¡Porra! Aborrezco la sensación primitiva que me provoca. Me recuerda cuánto soy prisionero de ella.

— Debo odiarla —me repito.

Por todo el suelo alrededor de la bañera hay vestigios de espuma esparcida, prueba de que se asustó cuando entré de forma brusca en la habitación. Está encogida. Sus ojos color lavanda me miran vidriosos y veo pánico en ellos. ¡Joder! ¿Lily tiene miedo de mí? Nunca la haría daño. Está allí, hermosa, pero también frágil, y es evidente lo nerviosa y ansiosa que está porque me aleje. Respira frenética y agitada; su rostro está visiblemente enrojecido, señal de cuánto ha llorado.

En ese instante doy un paso hacia delante, deseando consolarla. Pero me quedo petrificado al segundo y empujo ese pensamiento perturbador a algún lugar lejano de mi mente. Al instante una máscara rígida se forma en mis rasgos.

—Levántate. Quiero verte desnuda —pido, con la voz ronca.

Me mira con asombro, como si hubiese dicho algo estúpido. Mi bella esposa no tiene ni idea de que eso forma parte de mi plan para ella. La hija de Bellini será ahora mi esclava sexual. Permanecerá en mi cama para que disfrute de su cuerpo dulce y tentador cuando yo quiera. Pero nunca tendrá mi amor. Convivirá con el hecho de que nunca la amaré; la poseeré según mis términos y caprichos.

—¿Quieres degradarme? ¿Humillarme porque no pudiste tener a la mujer que siempre amaste? — se cubre los pechos con las manos, intentando ocultar sus secretos íntimos de mi mirada penetrante, contrariando mi mandato.

—¿Humillarte? Deberías sentirte halagada de que te desee. Dio... te deseo con tanta devoción que duele, piccola. Y es una mierda, porque nada sale como yo planeaba — admito a regañadientes, torciendo los labios en desagrado.

No sé qué coño me habrá dado esta chica, pero estoy obsesionado con ella. Ni siquiera nuestra acalorada discusión apagó este fuego. Solo puedo imaginarla desnuda, cabalgándome con furia, como la noche pasada. Sonrío, cínico. El impulso sexual que me despierta mi bella esposa no necesita etiquetas ni nombres; es sexo puro y ardiente, nada que ver con el amor.

—Por favor, Ettore... ¿no ves en cuántos pedazos estoy? Tendrás lo que deseas pronto.

—Ya conseguí lo que quería.

Lily se queda rígida. Debe estar pensando en los documentos que incriminaban a Giovanni, ardiendo lentamente en el fuego. Ahora no tendrá coartada para obligarme a quedarme a su lado. Debe estar aterrorizada por el mundo exterior. Si quiero expulsarla de mi vida, la decisión estará en mis manos. Sonrío, de cierto modo satisfecho: el marcador del juego cambió deliciosamente.

Se levanta de la bañera de repente, con el cabello húmedo por la lluvia, el rostro enrojecido y gotitas de agua y espuma deslizándose por su cuerpo apetecible. ¡Joder! Incluso con la cara enrojecida por tanto llorar, es una tentación. No puedo creer que esté pensando en sexo desde el minuto en que entré. Ese deseo siempre estuvo vivo, punzante y voraz. Más aún cuando devoro despacio sus pechos firmes y delicados y la hendidura dulce y húmeda de su coño. Esta chica es una tentación deliciosa y adictiva.

Vuelvo a fijarme en sus ojos y lo que veo me sorprende: sus iris están teñidas de pura osadía. Sale de la bañera, toma un albornoz que estaba a su alcance y se lo envuelve al cuerpo perfecto.

—Sé que fui una tonta por no darme cuenta antes de que nunca me amaste; que todo fue una farsa. Qué patética fui.

—Bella mia, no pretenderás que crea que no sabías absolutamente nada, ¿verdad? — digo, implacable, siguiendo instintivamente su juego.

— Claro, seguiré siendo la ordinaria que idealizaste. Pero será por poco tiempo. Nos divorciaremos, y pronto podrá tener a la mujer... que realmente ama.

Mi expresión se ensombrece con una rabia letal. ¿Quién se cree Lily para decirme qué debo hacer? Doy dos pasos rápidos hacia ella, pero retrocede y coloca una mano entre nosotros como si pudiera impedir que me acerque. Mi instinto sería agarrarla posesivamente por la cintura y llevarla al cuarto.

— En la familia Vacchyano no existe el divorcio.

— Entonces, ¿cómo pretendes que sigamos? No esperas que siga acostándome contigo como si no hubiera pasado nada, ¿verdad? — pregunta, atrevida y petulante.

La maldita está jugando con mi deseo por ella, así que se burla. Pero ahora soy yo quien controla y dicta las reglas.

—Si yo puedo soportar haber sido comprado, ¿por qué tú no podrías? Compórtate como al principio. Las imágenes que me evocan son muy tentadoras, esposa. Recuerdo lo ardiente que eres entre las sábanas.

—¡Dios mío! Debes estar de broma. Nunca, nunca volveré a tu cama —asegura.

Esta vez la alcanzo y rodeo su cintura.

—Entonces tendrás que borrar de tu cuerpo todos mis toques repulsivos que tanto te hicieron correr — digo, rudo, sabiendo

cuánto se entrega y se apasiona en la cama.

En un arrebato sujeto su rostro, capturo sus labios y la beso de golpe, buscando alguna reacción. Lily está rígida como una muñeca entre mis brazos. Meto la lengua en su boca, saboreándola, y recibo la primera señal: sus manos se clavan en mis hombros. Parece dudar si alejarme o atraerse más.

Degusto despacio la cavidad caliente y blanda de su boca, mientras ella me corresponde tímidamente, entregada. La apoyo contra la pared del baño. Solo deseo abrir su albornoz y penetrarla. La punta de mi miembro late impaciente.

Oigo un ruido cercano a la puerta y de inmediato siento el empujón de Lily en el pecho. Ella sale corriendo hacia el cuarto y veo a Martina aterrada, mirándome como si fuese un monstruo. Luego fija la vista en la cerradura dañada.

—¡Ay, Dios mío! Yo... escuché un gran estruendo y pensé que usted estaba haciendo daño a mi niña.

Mi adorada esposa ya buscó refugio en el armario.

—Soy duro e implacable en los negocios, pero no soy ese tipo de aberración.

Me irrita profundamente que Martina haya pensado que levantaría la mano contra mi esposa.

—Por favor, señor, deje que mi niña descanse un poco —me suplica la mujer.

—Tendré que viajar en unas horas. Llámeme si mi esposa necesita algo.

¿Qué coño digo? ¿Por qué sugiero eso? Estoy libre, y ahora será simple: Lily bailará a mi ritmo. Estoy en control; debería estar en éxtasis.

—Claro, señor.

Hay un alivio claro en su mirada.

La mujer está a punto de salir cuando la llamo.

—Martina... perdón por antes. Ha sido un día largo y terrible.

—No se preocupe, señor Vacchyano. Que tenga buen viaje.
Asiento y abandono la habitación.

Debo pasar por la villa a recoger unos documentos y una pequeña maleta con ropa. Regresaré en una semana y espero encontrar a mi dulce esposa complaciente y más dócil. Lily tendrá que aceptar mis condiciones.

El juego cambió de bando, pero, de algún modo, no me siento tan satisfecho como imaginaba. Un peso opresor en el pecho persiste, junto a un sentimiento de mal presagio. Es como si algo se desencadenara y cambiara nuestros caminos después del violento enfrentamiento que tuvimos.

Deshago ese pensamiento aterrador. Lily seguirá siendo mi esposa y nada cambiará ese hecho. Pero esta vez, todo será bajo mis condiciones.





CAPÍTULO 20

LILY VACCHYANO

Despierto, a la mañana siguiente, con un terrible dolor de cabeza. Llevo las manos a mis sienes y las masajeo suavemente. Flashes de la tarde lluviosa del día anterior aparecen en mi mente y una punzada aguda atraviesa mi pecho. ¿Viví una mentira? Estoy casada hace poco más de un año y acabo de descubrir que todo no fue más que una maldita farsa. Ettore nunca me amó. Él ama a su exnovia y solo se casó conmigo para salvar a su hermano.

Las fuertes discusiones que tuvimos, primero en el despacho y luego en el baño de mi habitación, me hacen comprender lo tonta que fui.

Martina entra en el cuarto con una bandeja de comida. Pero, aunque no cené anoche, no siento hambre, y un nudo insoportable se aprieta en mi estómago.

—Buenos días, niña. ¿Cómo te sientes? ¿Estás mejor?
Niego frenéticamente con la cabeza.

—Martina, cómo duele... cómo duele. Quisiera que este dolor fuera como cuando era niña: cuando sentía una dolencia y tú me dabas un remedio y todo pasaba.

—Oh, mi niña, lo siento tanto.

—¿Cómo puede doler tanto el amor? Todo no fue más que una ilusión que yo misma creé. Ettore no me ama. Mi marido me odia... Se vio obligado a casarse conmigo. Piensa que soy una cualquiera y me desprecia... Ama a otra. — Sollozo bajito, condenándome por haber sido tan estúpida, sintiendo cómo el vacío se apodera de mi pecho.

Me siento perdida, sin rumbo.

Lloro en el regazo de Martina. Mientras ella acaricia mi cabello, le cuento todo lo que sucedió: el enfrentamiento brutal con mi marido, la locura que estuve a punto de cometer y cómo todo eso destrozó mis emociones.

—Lily, hija mía, no digas eso ni en broma. Si tu marido no te ama, es un tonto. Cualquiera te amaría. Eres una muchacha buena, con un corazón enorme y puro. Hermosa por dentro y por fuera.

—Tenemos que irnos. No quiero estar aquí cuando Ettore regrese — digo, decidida.

Solo espero que en ese viaje se demore muchos días, semanas, o incluso meses.

Salgo de la cama, voy directo a mi antiguo vestidor y tomo, de la parte de arriba, una maleta. Martina me mira asombrada cuando la lanzo sobre la cama y empiezo a llenarla de ropa. No quiero regresar a la villa; allí están los guardias y sería más difícil huir lejos de mi marido. Tengo algunos ahorros y sé dónde está la caja fuerte en la que papá guardaba dinero y joyas.

Paso la lengua por mis labios, aún doloridos por la rudeza con la que él me besó. ¿Y por qué diablos lo correspondí?

—¿Estás segura, niña, de que vas a abandonar a tu marido?

Cierro los ojos y revivo su estallido de furia, el desprecio y el odio que emanaban de cada célula de su cuerpo poderoso.

—Tengo que irme, Martina. Si no quieres venir conmigo, lo entenderé. Pero sería imposible permanecer aquí y soportar el desprecio de mi marido. No escuchaste lo que te dije? Ettore me odia.

—No digas tonterías, niña. Claro que el señor Vacchyano no te odia. Yo veo cómo te mira. Está enamorado.

—¿Enamorado? ¿Qué parte no entendiste? Él ama a otra.

—No es lo que parece, niña, pero te apoyaré en lo que decidas. Iré contigo —me toma de las manos y me da esa mirada maternal—. Pero algo me dice que tu decisión podría despertar la ira de tu marido.

Martina no comprende que ya soy blanco de su odio. No tendría sentido quedarme aquí sabiendo que nada de lo que viví fue real. Un matrimonio basado en mentiras y chantajes. Y lo peor: Ettore estuvo conmigo, pero siempre amando a otra. Le entregué mi corazón y mi cuerpo al hombre que amo, y él me despreció.

Saberlo me destroza por dentro. Mi marido fue comprado para mí, y ahora solo le devuelvo la libertad.

Cuando me doy cuenta, mi rostro está cubierto de lágrimas. Lo que necesito es un nuevo comienzo.



Meses después

Después de salir de la Toscana, vinimos a Londres. Todavía tengo mucho miedo de que Ettore nos encuentre. Estamos en uno de los apartamentos que pertenecieron a papá, y hago todo lo posible para no dejar huellas. Dejé mis tarjetas de crédito y no

realizo ninguna transacción bancaria. Lo poco que poseo proviene del dinero en efectivo que logré reunir. También conservo algunas joyas de mamá, por si necesito venderlas. Como nunca fui apegada a ellas, tengo pocas.

Dos meses después de nuestra partida, empecé a sentir mareos frecuentes, cansancio y náuseas. El terrible miedo a la recaída de mi enfermedad, que me persigue desde hace años, comenzó a inquietarme. Martina insistió en que buscara un médico local, quien me ordenó una batería de exámenes.

Unos días después, me encuentro nuevamente en su consulta. Y cuál es mi sorpresa cuando me anuncia que estoy embarazada.

—Felicidades, señora Jones —dice el médico, un hombre de mediana edad con bata blanca.

Estoy usando el apellido de soltera de mi madre, intentando reducir las posibilidades de ser rastreada por mi marido.

—¿Pero cómo es posible? Yo pensé que nunca podría concebir.

La revelación me impacta profundamente. Ettore nunca usó preservativos para evitar una posible concepción, y yo había asumido que era estéril, después de más de un año de matrimonio.

— Algunos tipos de cáncer, de hecho, pueden reducir las probabilidades de embarazo por varios factores, pero usted está esperando un bebé.



El médico estaba equivocado. Eso lo descubrí una semana después, en mi primer ultrasonido. Mi obstetra acaba de constatar que tendré gemelos. Y, por supuesto, estoy aterrada. Nunca imaginé que podría ser madre, y ahora estoy embarazada de mellizos.

—¿Gemelos? — pregunto, pasmada.

Martina me acompaña en la consulta, emocionada. Cuando me seca las lágrimas que resbalan abundantemente por mi rostro, noto que ella también está llorando.

Estos bebés serán mi renacer. Son la única alegría que recibí desde que salí de la Toscana.

—Exactamente, señora Jones. ¿Lo ve? — El médico desliza el transductor por mi vientre, mostrándome todo. — Aquí está el cuello del útero, y aquí el primer saco gestacional, el cuerpecito del bebé y la cabecita. Allí está su corazón. ¿Escucha los latidos de su primer hijo?

Asiento con la cabeza, emocionada. Aunque estoy asustada, me siento inmensamente feliz.

— Perfecto. Ahora veamos este otro punto... aquí está el otro bebé, su cuerpecito, su cabeza, y su corazón. Su embarazo es perfectamente normal, señora Jones. Es una gestación gemelar dicoriónica-diamniótica, es decir, no son idénticos.

Me invade una profunda emoción. Solo deseo que mis pequeños milagros vengan con mucha salud.

—¿Ya se pueden saber los sexos, doctor? — pregunto con ilusión.

—Aún no, señora Jones. Pero es probable que en la próxima consulta tengamos más detalles. Espero que el papá pueda acompañarla. Es muy importante que participe en estos momentos.

—Viaja mucho, doctor — miento.

Me siento horrible por esa mentira descarada. La verdad es que Ettore seguramente odiaría esta noticia. Si yo no estaba en sus planes, mucho menos una gestación de mellizos. Pero siempre estaré agradecida por el regalo que me dejó: una nueva oportunidad, una familia. Mis bebés serán todo para mí, y haré lo imposible por mantenerlos protegidos.



—¿Vas a contarle al señor Vacchyano sobre los bebés, niña? —me pregunta Martina, ya en casa.

Mientras ella prepara una sopa, yo corto algunos vegetales.

—No. Ettore podría rechazar a los gemelos o querer quitármelos solo para herirme. Y yo no soportaría vivir sin mis hijos. Martina, yo moriría.

¿Cómo puede el instinto materno crecer tan fuerte dentro del pecho en tan poco tiempo? Solo imaginar a mis bebés siendo criados por Arabella me hace estremecer.

Ettore puede elegir a la mujer que ama y ser feliz con ella, como siempre soñó, pero mis bebés permanecerán conmigo — pienso, mirando mi mano izquierda, ahora desnuda. Dejé la alianza de matrimonio en la mesita de noche de mi antiguo cuarto, en el palazzo.

Solo me entristece que, por la forma en que huí, no me despedí de Elena ni de doña Eleonora, personas tan especiales para mí y que ya consideraba mi familia. Sin embargo, me avergoncé tanto al descubrir cómo se había dado mi matrimonio, que me

resultaría humillante explicar por qué me marchaba. Todo fue una mentira.

Mis pensamientos se interrumpen cuando Martina enfatiza:

—No digas una tontería, hija mía. Tal vez necesites la ayuda de tu marido. Yo tengo algunos ahorros, pero ya no cuento con un salario fijo, y tú dejaste toda tu seguridad atrás. Aunque el señor Vacchyano siga depositando dinero en mi cuenta, no puedo retirarlo, porque podría descubrir nuestro paradero.

—Mi padre me dejó un fondo fiduciario al que podré acceder y disfrutar cuando cumpla veinticinco años. Con el dinero que tengo, podremos mantenernos hasta la llegada de los bebés. Y pienso buscar un trabajo —respondo con determinación.

—Ay, Lily... Cuánto orgullo siento de ti, mi niña.



Meses después

Una semana después de aquella consulta con el médico, tuvimos que mudarnos de Londres, ya que una vecina me confesó que, el día anterior, un hombre vestido de negro y con aspecto misterioso estuvo merodeando la zona. Llevaba una carpeta con algunas fotos mías. Entré en pánico y, al día siguiente, nos mudamos a toda prisa.

Nuestro próximo destino fue Portsmouth, la ciudad donde nació mamá. Aquí alquilamos una casita pequeña, muy acogedora. El vecindario es tranquilo y puedo vivir mi embarazo con paz.

Los meses pasaron y mi paranoia de ser encontrada se disipó momentáneamente. Mi barriga ya está enorme, y los gemelos pesan

cada día más. Son muy activos, siempre moviéndose sin parar en mi vientre. Me gusta cantarles y hablarles, como si ya pudieran escucharme.

—Quiero que sepan que su mamá los ama mucho, mis pequeños milagros. — Acaricio la gran protuberancia de mi abdomen, justo cuando uno de los bebés me da una patadita.

Ettore, sin darse cuenta, me dio una nueva oportunidad, algo por lo que luchar. Nunca pensé que podría concebir después del cáncer. Recuerdo que uno de los médicos mencionó las mínimas probabilidades de embarazo. Una lágrima resbala por mi rostro. Puede que no tenga el amor de mi marido, pero siempre llevaré una parte de él conmigo. Aunque me odie, mi amor será más fuerte. No permitiré que su desprecio alcance a mis hijos.

El dinero de la venta de las joyas es lo que nos mantiene. Mientras compro ropita, la cuna y preparo el ajuar de mis gemelos, contemplo con emoción el pequeño cuarto ya listo, esperando por ellos. Pueden llegar en cualquier momento.

Este proceso ha estado lleno de descubrimientos y miedos, imaginarme madre soltera de gemelos pero mis hijos son ahora el centro de mi mundo. Un amor incondicional crece dentro de mí, y haré lo imposible para mantenerlos seguros.



CAPÍTULO 21

ETTORE VACCHYANO

¡Infierno! Estoy exhausto. Siento mi cuerpo y mi mente rendidos. Hace dos malditas semanas que Lily me dejó y no he conseguido dar con su paradero. Tengo un equipo trabajando para encontrarla, pero hasta ahora las búsquedas han resultado infructuosas. Nunca imaginé que, después de nuestra violenta discusión aquel día funesto, mi mujer tendría el coraje de marcharse. Me llevé la sorpresa de mi vida al llegar a casa y encontrarla vacía, sin su presencia, sin su olor.

¡Joder! Me angustia pensar que quizá nunca la vuelva a encontrar. Eso, sí que me hiela la espalda.

Sé que aquel día la herí profundamente con palabras brutales. He dividido mi tiempo entre intentar localizar a mi esposa y tomar las riendas de la dirección de las franquicias y restaurantes Bellini. El primo de Lily ha entorpecido mi trabajo, inventando rumores sobre mí e incluso usando su desaparición para decir que, posiblemente, la maté tras la muerte de George, que solo me casé con ella para quedarme con los negocios de Bellini. Como si toda esa mierda me importara, siendo yo un millonario. Sin embargo, di mi palabra de que cuidaría tanto de Lily como de los intereses corporativos de la empresa de George; al fin y al cabo, es un legado suyo. Y aunque no haya sido un buen esposo, la encontraré.

La verdad es que Mário se volvió completamente loco cuando se reveló el testamento y quedó expuesto el deseo de George. Pasé muy poco tiempo con ese sujeto. Lo eché de las corporaciones, ya que Bellini me dio carta blanca. Se nota que Mário es codicioso y manipulador. No quería someterse a las órdenes del nuevo presidente, así que mi decisión fue radical.

Abro el cajón y saco un sobre que me entregaron el día anterior, los abogados de George. Lo guardo en el bolsillo interior del traje.

¡Mierda! ¿Cuánto tiempo esperé por una respuesta? Y ella llegó tarde.

—Perdone, señor Vacchyano. Esto debería haberse entregado el día de la apertura del testamento —me dijo el hombre entonces.

Eso encendió una furia latente en mí; solo deseaba aplastarle la cara con el puño. Si el maldito me lo hubiera entregado antes, quizá hubiera evitado la situación en la que actué como un lunático. Por mi culpa, mi esposa huyó.

Salgo de la mansión. El chófer ya me espera. Voy al cementerio donde está enterrado mi padre, a pocos kilómetros de la villa; pongo flores en su tumba y hago una breve oración. Siempre fue un hombre honrado y me enseñó lo que soy hoy: ser implacable en los negocios. Pero, aunque fuera un adicto al trabajo, nunca dejó de dedicarse a la familia.

Siempre decía:

—Ettore, la familia es el bien más precioso que un hombre puede tener. ¿De qué sirve todo el éxito del mundo si, al llegar a casa, la encuentras vacía? Tal vez por eso siento este dolor en el pecho al imaginar que nunca podré volver a hallar a Lily. ¡Dio! Nunca estuve tan aterrorizado por una posibilidad. Nada me pareció tan espantoso. Evito la casa porque no soporto entrar en nuestro cuarto

y no encontrarla allí. Sus ropas siguen en el armario, intactas. Es una forma de consuelo; una esperanza de que vuelva a mi vida.

Debería odiarla, rechazarla; sin embargo, la deseo. Me consume ese hambre, el deseo de estar con ella. Aún puedo evocar nuestro beso de despedida. Estaba casi desnuda entre mis brazos, luchando por pegarme una bofetada. Creo que habría preferido que me abofeteara a que se marchara.

¡Diablos! La incertidumbre es un veneno destructivo.

Después, me acerco a la tumba de George y dejo flores también. Siempre lo consideré un hombre bueno e íntegro, pese a su acto deshonesto de chantajearme para que me casara con su hija.

Pronto vuelven a mi mente las dulces sonrisas de Lily, su docilidad y su generosidad. La echo de menos. Cada rincón de la mansión la recuerda. Debo encontrarla.

Este miedo ensordecedor siempre me aterra. ¿Y si no logro volver a verla?

Tomo el sobre que me entregaron y empiezo a leerlo.

— Ettore, si estás leyendo esta carta es porque, probablemente, yo ya no esté aquí. Sé que te enfadaste conmigo y con la forma en que manejé el asunto de tu hermano. No fue correcto, lo reconozco, la manera en que te chantajeé para que accedieras a lo que yo pretendía; sin embargo, tuve la esperanza de que, al casarte con mi niña, llegarías a amarla. Lily es una chica hermosa, dulce y fuerte, pero también sensible. La chantaje fue solo el reflejo de la desesperación de un padre que quería irse sabiendo que su única hija quedaría en buenas manos, con un hombre justo y que la amara.

Siempre fuiste un joven talentoso y hábil en los negocios, y admiro tus estrategias para negociar y comunicarte. Quisiera haber

tenido un hijo tan ingenioso como tú para ocuparse de mis negocios, pero Dios me bendijo con una niña que se convirtió en el centro de mi mundo. Quise formarla para que asumiera mi lugar, pero la sobreprotegí y vi que no tenía interés en las empresas. La dejé seguir lo que deseaba, sin presiones.

La vida fue dura. Me arrebató al amor de mi vida. Muy joven la perdí en un terrible accidente que me dejó sin suelo. Luego, casi pierdo a mi niña por el cáncer. Dios, no lo habría soportado. Pero mi Lily fue valiente y enfrentó aquella enfermedad con una entereza envidiable, pese a todo lo que conllevó. Era pequeñita, pero tan valiente durante el tratamiento. Ni cuando perdió el cabello se vino abajo ni se quejó. Sufrió bullying en la escuela por su aspecto y tuvo fiebres severas. Me quedaba despierto junto a su cama temiendo lo peor, pero siempre mostró cuán valiente era.

Todo lo que quise darle a mi niña fue la vida que merecía, al lado del hombre que la amara. Hice esto creyendo que, algún día, tú serías capaz de quererla con la misma intensidad. No la culpes, por favor.

Si hay odio en tu corazón, dirígelo a mí. Y si no puedes corresponder los sentimientos de Lily, no la lastimes; déjala libre. Háblale con la verdad: que hay alguien capaz de amarla con todo el fervor que merece.

Espero que algún día puedas perdonarme. Los papeles que pueden incriminar a tu hermano están en la caja fuerte, dentro de mi despacho. Nunca quise, de verdad, usarlos, porque sé que tu hermano es inocente. Es solo un joven que cometió el error de asociarse con buitres que, en cuanto pudieron, lo apuñalaron. No seas tan severo con Giovanni. Recuerda que tú también fuiste joven.

Dejo los negocios Bellini en tus manos y mi bien más precioso: Lily. Cuídala.

George Bellini.

Termino de leer la carta con el corazón oprimido y noto lágrimas en los ojos. Qué viejo hijo de puta. Él sabía que no le había creído.

Recuerdo aquel día y lo injusto que fui con Lily. Dio... ¿Cómo podrá perdonarme después de la crueldad con la que la traté? Mi esposa debió de quedar aterrada. Actué como un loco, guiado por el calor del momento, por el fuego traicionero y cruel de las emociones encendidas.

Imagino cuánto debió sufrir Lily siendo tan joven. Me convertí en su ilusión platónica e inalcanzable. George debió descubrir los sentimientos de la muchacha por mí y urdió toda la trampa para que cayese en ella; cuando se presentó la oportunidad perfecta, la aprovechó, como buen hombre de negocios.

Revivo la memoria del día en que George me chantajeó. Minutos antes, me había topado con Lily y quedé hipnotizado por su música.

—¿Qué ambiciones puede tener una mujer como tú, que se vuelven imposibles? —le pregunté.

—Algo simple y normal, como casarme, tener hijos y un marido que me ame —me respondió.

Aquel día, en la sala de música, me contó que la encontré en la fuente del laberinto. No tengo una imagen nítida. Lily debía de ser solo una niña y se sintió consolada cuando la ayudé a recuperar su anillo para que no la riñeran la niñera.

¡Dio! Yo era su príncipe, y le rompí el corazón. Para ella fue como recibir una puñalada. No era una obsesión; Lily sentía un amor puro por mí, y yo la usé: me harté de su cuerpo y juré odiarla, mientras el resentimiento me corrompía.

Pero, en el fondo, ¿qué siento por ella? ¿Amor? ¿Por qué me duele tanto su partida?

Con Arabella me engañé durante meses, intenté agarrarme a algo para sostener la farsa que me conté a mí mismo. La realidad es que su rostro se fue desdibujando en un lienzo blanco, perdiendo nitidez cada día. Nunca la amé; habría cometido un enorme error casándome con ella.

Cierro los ojos un instante y hago una promesa silenciosa: encontraré a mi dulce Lily, suplicaré su perdón y la haré volver para darle una segunda oportunidad a nuestro matrimonio.

Abro los párpados lentamente cuando las primeras gotas de lluvia empiezan a azotar mi rostro y guardo el sobre en el paletó. Las noches traicioneras y solitarias serán mi compañía y las únicas testigos de cuánto la esperaré, mi dulce Lily, mi verdadero amor.



CAPÍTULO 22

LILY VACCHYANO

Meses después

Siete meses después del nacimiento de mis bebés, logré conseguir un empleo. Llevo ya dos meses enseñando literatura inglesa en una escuela de Portsmouth. El miedo de que mi marido me localizara se disipó momentáneamente. Disfruto más de la ciudad y ya no vivo con tantas paranoias. Si Ettore intentó buscarme en algún momento, seguramente ya se habrá cansado.

A veces, Martina y yo llevamos a los niños a pasear al aire libre, en esos días agradables y soleados. Mis bebés son mi orgullo, crecen fuertes y sanos, y eso me hace reflexionar sobre lo increíble que es Dios. Perdí algo terrible y doloroso que nunca tendrá reparación. Siempre recordaré a papá como un hombre generoso y un padre excepcional. Pero, incluso en mi fragilidad, Dios me regaló los tesoros más grandes de mi vida.

Me acerco a la cuna de mis hijos, que aún duermen plácidamente, y me despido de ellos. Abby abraza fuerte su osito rosa, ese que nunca suelta, y me recuerda a aquel dibujo animado donde la niña jamás se separaba de su conejito azul. Lorenzo, en cambio, es más independiente y no necesita un peluche para dormir. Acaricio los mechoncitos castaños de su cabello suave, tan parecidos

a los de su padre. De hecho, Lorenzo es una copia fiel de Ettore. Incluso la forma de su boquita es idéntica a la de él.

Pensar en Ettore me llena de preguntas. ¿Habrá sucumbido finalmente a su deseo por Arabella?

Algunas noches sueño que nos encontramos, y lo veo de la mano con ella. Esa mujer hermosa tiene su corazón. Su voz siempre es fría, y su risa me hiela la sangre, recordándome lo ingenua que fui al creer que me amaba. Despierto sudando, temblando y llorando, con el dolor de su rechazo aún clavado en mí. Ocasionalmente, el sueño es siempre el mismo: Ettore despreciándome, confesándome que ama a otra y marchándose con ella.

En otras noches, sin embargo, sueño con lo que no debería. Sus ojos castaños, ardientes, se apoderan de mis sueños, y él, como un amante apasionado y viril, me reclama por completo. Ettore me marcó de un modo que ningún otro podría. Una parte de mí siempre le pertenecerá — cuerpo, alma y mente — aunque ese amor no haya sido más que un espejismo en el desierto.

Sacudo esos pensamientos. Él está lejos y ya no puede herirme ni rechazarme más. Termino de despedirme de mis bebés, los abrigo y los dejo dormir tranquilos.

Me pongo el abrigo, tomo mi bolso con mis materiales y me despido de Martina. Al llegar a la acera, camino hacia la parada del autobús, pero ella corre detrás de mí para darme el almuerzo que me prepara cada día con tanto cariño. La beso con ternura. No sé qué sería de mí sin este ángel que Dios puso en mi camino.

Subo al autobús y, en pocos minutos, llego a la escuela. Saludo a mis colegas y me dirijo a mi aula. Mi grupo es encantador, de segundo año, con niños entre 5 y 6 años.

La clase transcurre alegre y dinámica, tanto que el tiempo vuela y enseguida llega el recreo. Los pequeños corren al patio entusiasmados, y yo voy a la sala de profesores para guardar y organizar mis materiales. Después, con el almuerzo de Martina en mano, busco un lugar tranquilo en el patio: una mesa de piedra con bancos de madera. Prefiero el aire fresco antes que la sala cerrada.

Sirvo en un vaso el capuchino de mi termo y desenvuelvo mi sándwich natural de atún. Mientras disfruto el momento, hago una videollamada a Martina para ver a mis bebés. Lorenzo y Abby están en sus sillitas, comiendo pedacitos de fruta. Lorenzo es el primero en verme y grita de alegría. Abby mueve sus bracitos, feliz, y termina embadurnando su cabecita rubia con puré de banana. Sus ojos, color avellana, son iguales a los de su padre.

¿Algún día podré mirar a mis hijos sin recordarlo a él?

Ettore rompió mi corazón, y sé que nunca podré recomponerlo. A pesar de lo brutal que fue aquella vez, no lo culpo. En cierto modo, fue también víctima de mis sentimientos platónicos, de ese amor unilateral que solo existía en mi cabeza.

Si pudiera volver atrás, quizá habría hecho las cosas distinto: tal vez marcharme de Toscana y probar suerte como pianista en Londres. Así podría haberlo olvidado... o, al menos, él no habría sido víctima de mi obsesión. Me arrepiento de haber ido a la fiesta de Elena. Si Ettore no me hubiera salvado y llevado a casa, habría ocultado mis sentimientos y papá nunca habría descubierto lo que yo sentía. Seguramente, él estaría casado con la mujer que realmente eligió.

Pero al ver los rostros regordetes de mis bebés en la pantalla, todo ese arrepentimiento se desvanece. Volvería a elegir ser su madre, incluso si tuviera que enfrentar otra vez el odio y la indiferencia de Ettore.

—Tienes una expresión triste, niña. ¿Te pasó algo? — me pregunta Martina.

Fuerzo una sonrisa.

—Nada, solo que muero de saudades de mis bebés.

—No te preocupes, Lily. Los gemelos están bien. Pronto los pondré a dormir y prepararé ese fettuccine delicioso que tanto te gusta — responde con alegría.

Corto la llamada y guardo el celular, un modelo sencillo que cumple su función. Abandoné el teléfono que Ettore me regaló, aún con miedo de que pudiera rastrearme.

Estoy terminando mi capuchino cuando noto la presencia del profesor Liam, cerca de mí. Es un rubio atractivo, de porte atlético, de unos 28 años, con ojos azules que hipnotizan. Tiene ese aire de galán que hace suspirar a la mayoría de las profesoras. Yo, en cambio, parezco ser la única inmune a su encanto. Con el tiempo, nos hicimos amigos.

Se sienta junto a mí, le ofrezco un poco de capuchino y charlamos un rato.

—Entonces, ¿estás casada? — pregunta, observando mi mano sin anillo. — Quiero decir... vi tu videollamada con los bebés. Perdona la indiscreción, pero nunca imaginé que fueras madre siendo tan joven.

—Todavía estoy casada en el papel, pero soy una madre soltera — respondo, sin entrar en detalles.

—¿Y no corres el riesgo de que tu marido aparezca por aquí, celoso, para darme una paliza?

Sonrío con sinceridad por primera vez. ¿Ettore, celoso? Sería hasta cómico imaginarlo. Mi marido nunca tuvo motivos, porque jamás me amó. Nuestro matrimonio fue una farsa. Si debía sentir celos de alguien, era de Arabella, la mujer que realmente amaba.

—Definitivamente no, Liam. Mi ex no es del tipo celoso. No había amor. Nos casamos porque... porque... — No puedo terminar la frase. El recuerdo de que Ettore fue comprado para mí me desgarra.

—¿Te dejó embarazada? — completa él.

"No, yo lo compré."

Ese recuerdo me arde como brasas.

—No. Es una larga historia, pero él nunca me amó.

Liam roza mi mano con suavidad.

—¿Pero tú lo amas? — insiste.

—Él es el padre de mis bebés.

—No fue eso lo que te pregunté.

—Sí. Lo amé con todo mi corazón — confieso.

—¿Y ya no lo amas?

—Prefiero no hablar de él. Ya no estamos juntos — respondo, incómoda, apartando mi mano.

—Está bien, perdóname — me dice con sinceridad en los ojos. — Sé que fui invasivo, pero quería comprenderte. Eres joven, hermosa, pero te encierras como una ostra. Sabes que yo nunca te haría daño, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Tienes un corazón hermoso, Lily. ¿Te das cuenta de que el hombre que tenga la suerte de tenerte será un maldito afortunado?

—Liam, yo... — Me quedo sin palabras.

Tal vez él quiera algo más que amistad, pero yo no estoy lista. Mi corazón sigue blindado. Solo pienso en dar lo mejor de mí a mis hijos.

Soy salvada por el timbre que anuncia el fin del recreo.



Al final de mi turno salí apurada, porque necesitaba pasar por el supermercado. Tenía que comprar pañales para los gemelos y algunos productos que faltaban en casa.

Cuando salía del establecimiento, con varias bolsas de papel reciclable, noté que ya era tarde. Si no me apresuraba hasta la parada de autobús, tendría que esperar varios minutos hasta que pasara el siguiente de mi ruta.

De repente, vi un Mini Cooper rojo con detalles negros estacionar cerca del supermercado. Liam bajó de él.

—Lily — me llamó. Como un caballero, vino hasta mí y me ayudó con las bolsas. — Si me hubieras dicho que venías al mercado, te habría dado una vuelta. Debe ser agotador caminar por el centro con estas bolsas pesadas.

—No hace falta, Liam. No quiero molestarte.

—No es molestia, Lily. Insisto.

Me guió hasta el coche y guardamos las compras en el maletero. Luego me abrió la puerta del Mini Cooper. Le di mi dirección, que enseguida puso en el GPS. A esa hora, el tráfico era moderado.

Encendió la música. "Here Comes the Sun", de los Beatles, empezó a llenar el pequeño espacio del vehículo. El ambiente se volvió relajado, y en pocos minutos llegamos a la casita que había alquilado.

—¿Tienes algún compromiso para mañana en la noche? — preguntó Liam, mientras sacaba las bolsas del maletero. — Me invitaron al club de lectura para recitar algunas poesías y quisiera saber si quieres acompañarme.

—No puedo, tengo a los gemelos. Los fines de semana aprovecho para estar con ellos.

—Debe ser difícil cuidar de dos bebés sola.

—Martina me ayuda. Ella es un ángel en mi vida. — Sonreí, porque era verdad: sin ella no habría conseguido salir adelante.

—Los bebés, tarde o temprano, necesitarán una figura paterna. Y tú, Lily, no puedes anularte como mujer por un amor que no funcionó. Sabes que eres hermosa. Quizá, si abrieras tu corazón, descubrirías que el hombre correcto está aquí mismo... esperando una oportunidad.

Dios mío... ¿me estaba coqueteando? No soy ingenua, entendí perfectamente que se estaba lanzando sobre mí.

—Liam, yo... — Intenté tomarle las bolsas, pero él fue más rápido y, sin demora, me guió hasta la puerta.

Obviamente lo invité a tomar un té. Presenté a Liam a Martina, que se hizo de cupido y nos dejó solos. Mientras él se acomodaba en el sofá, fui a preparar la bebida. Martina sonreía traviesa en la cocina, tarareando una canción española mientras cocinaba. El aroma era delicioso.

Cuando volví, le serví el té y me senté en la otra punta del sofá. Pero Liam se acercó despacio y tomó mi mano. Miré dentro de

sus ojos y vi sinceridad... pero yo no sabía si estaba lista. ¿Algún día lo estaría?

—Lily, solo te pido que no te cierres. Desde que puse mis ojos en ti, supe que eras una mujer fuerte, encantadora y de un valor incalculable.

El llanto de un bebé me salvó. Era Abby. Me levanté enseguida.

—Creo que mis bebés están llorando — dije lo primero que se me ocurrió. No quería herir sus sentimientos.

—¿Puedo conocerlos?

—Claro. Tienen nueve meses. Los traeré.

Regresé con los pequeños. Lorenzo estaba molesto por la dentición y lloraba por todo. Liam intentó cargarlo, pero él se aferró a mí con fuerza, escondiéndose en mi pecho. Abby, en cambio, más tranquila, lo observaba con curiosidad y no dejaba de juguetear con su corbata.

—Son preciosos, Lily. Y esta princesa se parece muchísimo a ti.

Abby quiso bajar al suelo, y Liam la colocó sobre la alfombra. Lorenzo enseguida se unió a su hermana, y ambos empezaron a jugar con sus juguetes.

—¿Qué clase de imbécil abandona a una mujer como tú y a dos bebés adorables? — preguntó Liam, con los ojos fijos en ellos.

—En realidad, fui yo quien salió de su vida — contesté, sin entrar en detalles.

No quería que él supiera que mi marido no tuvo opción, que fue obligado a casarse conmigo. Esa verdad me quemaba por

dentro.

Recordé los ojos color miel devorándome con deseo, sus manos poderosas recorriendo mi piel, la manera salvaje en la que me hacía el amor, perdiendo el control...

Espanté esas memorias. Mi matrimonio había sido una farsa, una manipulación. Ettore ya no estaba en mi vida. Quizá Liam tenía razón: debía seguir adelante. Tal vez aún había hombres decentes capaces de amarme, capaces de ser un buen padre para mis hijos.

Liam levantó mi barbilla con suavidad. Sus ojos azules brillaban con ternura. Pero ¿por qué no lograban cautivarme?

—Como dije, un necio de cualquier modo. Si permitió que te fueras con los bebés, no te merece. Eres maravillosa, Lily. Cualquier hombre daría lo que fuera por tener una oportunidad contigo.

—Por favor, Liam, vas demasiado rápido. Somos solo amigos, y yo no estoy lista para una relación.

—Está bien, perdóname. No quise asustarte. — Soltó mi rostro y alzó las manos.

Martina apareció para avisarnos que la cena estaba lista. Lo invité a quedarse, y él aceptó con gusto.

Después de cenar, lo acompañé hasta la puerta. Antes de irse, se giró hacia mí.

—Ya me voy, Lily, pero prométeme algo. Si alguna vez necesitas ayuda, para ti o para los gemelos, me buscarás. — Me entregó una tarjeta. — Este es mi número personal.

—Gracias, Liam.

Nos despedimos, y él depositó un beso en mi mejilla. Cerré la puerta y, al darme la vuelta, me encontré con Martina sonriendo de oreja a oreja.

—Ay, Dios mío, niña. Un doctor, un profesor... Estás rompiendo corazones.

—Martina, ¿qué estuviste escuchando?

—Lo suficiente. Ese profesor casi se te echa encima.

—No estoy preparada para nada serio con nadie — aclaré antes de que empezara con sus ideas.

—Eso es miedo, hija. Miedo a ser herida. Pero él no es el tonto de tu marido. En eso, concuerdo con el profesor. El señor Vacchyano te lastimó, pero Liam quiere conquistarte, tener una oportunidad, quizás formar una familia contigo.

¿Qué podía decirle? ¿Que sí, que tengo miedo? Miedo de este sentimiento que nunca muere. Porque aún amo a Ettore. Sus palabras crueles y brutales deberían hacerme odiarlo, pero no puedo. Aunque aquella vez destruyó mi corazón, en el fondo sé que reaccionaba a algo que fue forzado a hacer: casarse conmigo. Tuve que resistir como pude a su rechazo, pero algo dentro de mí me dice que todavía existe un lazo más profundo entre nosotros. Y no, no es solo por los bebés. Es como si, de algún modo, nuestros caminos aún tuvieran que cruzarse. Solo espero que, cuando ese día llegue, yo esté preparada... y que mi corazón no vuelva a sangrar bajo su desprecio.



CAPÍTULO 23

ETTORE VACCHYANO

Estoy en uno de esos días grises, funcionando en piloto automático, sin ganas de lidiar con ninguna mierda de los negocios. ¡Dieciocho meses sin noticias de Lily, joder! Tres detectives la buscan, pero la noticia más alentadora que he recibido en estos terribles meses es que estuvo en Londres, en uno de los apartamentos de los Bellini. Sin embargo, se fue de allí sin dejar rastro y volvimos a la casilla de salida sin resultados. Los investigadores no han logrado dar con su paradero. Es como si algo la hubiera arrancado de la faz de la Tierra.

Tomo una buena dosis de whisky de la mesita del aparador. No tengo muchas opciones más que emborracharme.

Suena un "bip" de notificación en el móvil. Al abrir el mensaje veo que es de uno de los investigadores. El corazón me late con fuerza deliberada, como si fuera a salirse del pecho en cualquier momento. El detective me manda unas fotos y me informa que consiguió localizar a mi esposa, pero que necesitará unos días más para preparar un dossier sin levantar sospechas.

Mis manos tiemblan al sostener el aparato mientras veo las fotos. Veo a Lily subiendo a un autobús, saliendo del mercado y entrando en una escuela. Pero las últimas imágenes me hacen querer romper la pantalla del teléfono: mi esposa acompañada de

un hombre rubio y encantador, ella entrando en su coche, él llevándola a su casa y besándole la mejilla. ¡Hijo de puta! De inmediato me invade un instinto de posesión indomable y me levanto de la butaca de forma brusca. Voy a matar a ese desgraciado por tocar lo que es mío.

Pido al detective más detalles sobre ese sujeto. Me dice que es profesor y trabaja en la misma escuela que mi esposa. No obstante, necesitará más tiempo para avanzar en la investigación. Le ordeno que me envíe la dirección donde está viviendo Lily. No perderé tiempo con un dossier completo cuando otro tipo está detrás de mi mujer.

En cuanto me pasa los datos del lugar donde se encuentra Lily, respiro aliviado. No esperaré a que tenga tiempo de huir otra vez. Esta vez la iré a buscar yo mismo y la traeré de vuelta.

Llamo enseguida a Paolo y le pido que prepare el jet. Portsmouth, voy en camino. Sonrío con determinación.



LILY VACCHYANO

Liam ha demostrado ser un amigo increíble y leal. Esta mañana, Abby no paraba de llorar, con fiebre. Tenía que llevarla al médico y, gracias a Dios, hoy no tuve clases. Fue entonces cuando el profesor apareció de repente, como si hubiera adivinado mis pensamientos, y me acompañó a la clínica. El pediatra diagnosticó una crisis de garganta en Abby y recetó antibióticos. Después de la consulta, me sentí muy incómoda cuando el doctor se despidió de Liam llamándolo "padre de mi hija". Obviamente, mis mejillas ardieron de vergüenza. Liam solo agradeció la atención, sin aclarar el malentendido.

— Perdón, Liam. Creo que debería haberle aclarado antes al doctor que no eras mi marido — dije, aún molesta.

Abby duerme plácidamente en mis brazos. Ya pasamos por la farmacia y llevamos los medicamentos. De vez en cuando toco su frente, preocupada, verificando si sigue caliente. Por suerte, la fiebre bajó después del antipirético que el médico recetó.

— No te preocupes, Lily. En realidad, si tuviera la oportunidad, sabes que me encantaría ser algo más que un amigo tuyo.

— Liam, no lleves las cosas a un lugar que no existe.

— No quiero presionarte, solo dejemos que las cosas fluyan. ¿De acuerdo? — Asentí, sin saber si algún día mi corazón volverá a estar libre.

— No me alejes de ti, Lily — su voz cargada de súplica resonó mientras encendía el auto y me llevaba a casa.



Esa tarde salí a comprar leche en un mercado cercano, algo rutinario en mi nueva etapa de madre. Agradezco a Dios que nunca nos haya faltado lo esencial para mis bebés. Hay meses en que el presupuesto se ajusta, pero siempre encontramos la manera.

Cuando regreso a casa, al caer la tarde, veo el coche de Liam. Sé que debe haber venido a visitar a Abby. Menos mal que elegí un abrigo calentito antes de salir, porque el clima se volvió frío de repente.

En cuanto me ve llegar, toma las bolsas de mis manos y las lleva a la cocina. Martina, que estaba preparando un té, lo sirve para

nosotros en la sala y luego nos deja solos, con la excusa de revisar a los gemelos.

— Lily, estaba pasando por aquí y decidí venir a ver cómo estaba nuestra niña — dice con una sonrisa encantadora.

No me pasó desapercibido el "nuestra" que utilizó. A veces Liam me hace sentir como una bruja por no corresponder a lo que él quiere. Es un gran amigo, y saber que desea algo más conmigo — algo que no puedo darle — me rompe por dentro. No quiero herirlo.

— Abby está mucho mejor. La fiebre no volvió.

Estoy sentada en la otra punta del sofá, lejos de él. Sin embargo, se acerca.

— ¿Cuándo podré llevarla a uno de mis recitales de poesía? — pregunta, tomando mi mano. No quiero ser descortés y retirarla, pero ¿por qué siempre siento que Liam quiere avanzar dos pasos más?

— ¿Por qué no hacemos un gran recital en la escuela? Sería un momento perfecto para incentivar la poesía en los alumnos — sugiero, desviando el enfoque de un encuentro más íntimo entre nosotros.

— Es una idea maravillosa. Creo que ya se hace tarde, debo irme. Hasta luego, Lily.

Lo acompaño hasta la puerta y no puedo dejar de notar la decepción en su mirada.

La noche realmente se puso fría. Gracias a Dios compré abrigos nuevos para los bebés, algunos en liquidación.

Cuando Liam se va, voy a la cocina a guardar las compras. Empiezo a colocar las latas de leche en la alacena. Calculo que alcanzarán hasta la próxima semana. Quién diría que, de ser una

rica heredera, que nunca tuvo que preocuparse por el dinero, ahora trabajo duro para mantener a mis hijos a salvo. No es fácil criar a dos niños, pero hago de todo para que no les falte lo esencial. A veces me siento culpable por privarlos de una vida cómoda.

¿Y si buscara a Ettore y le contara sobre los gemelos? ¿Los aceptaría? ¿O los rechazaría? Ese temor me consume.

Un timbrazo me saca de mis pensamientos. Imagino que Liam habrá olvidado algo. Dejo la última lata en el estante y voy a abrir. Martina debe estar bañando a los niños y en breve la ayudaré.

Abro la puerta sin mirar por la mirilla, con una sonrisa en los labios.

— ¿Olvidaste algo, Liam?

Me paralizo al ver a mi marido. Ese hombre, de casi dos metros, llena todo el umbral de la puerta. La sonrisa muere en mis labios y mi primer instinto es cerrarla, pero él lo impide con uno de sus brazos fuertes.

— Ettore.

— Me alegra que al menos no me hayas olvidado, Lily. Pero escuchar el nombre de otro hombre en los labios de mi bella esposa no era la bienvenida que esperaba — comenta sarcástico.

Ettore entra en la sala y cierra la puerta tras de sí. Mi corazón late con violencia en mi pecho, temiendo su reacción. El recuerdo de nuestra última y acalorada pelea estalla en mi mente, reviviendo escenas de ira, resentimiento y odio.

Camina despacio, como un depredador acorralando a su presa, mientras yo retrocedo vacilante. Sigue tan apuesto como siempre, con esa aura imponente y seductora intacta. Igual que la primera vez que lo vi.

¿Por qué no logro odiarlo ni olvidarlo?

Sus facciones no delatan ninguna emoción. No veo la furia feroz de aquel día en el palazzo, pero seguramente aún me considera la misma manipuladora que lo obligó a casarse, confabulando con mi padre en aquella maldita farsa. Sin embargo, mi único pecado fue amarlo, enamorarme perdidamente de un hombre que nunca correspondió a mis sentimientos.

Las lágrimas inundan mis ojos cuando sus manos poderosas rodean mis hombros, bloqueando cualquier intento de huida. Una lágrima se desliza por mi rostro y odio mostrar esa debilidad.

— ¡Cazzo! ¿Por qué lloras? No voy a hacerte daño — sentencia, y en sus ojos noto un destello de remordimiento.

Me sorprende lo que hace después: me abraza, envolviéndome con el olor de su cuerpo. Un aroma intenso, inolvidable, que permanecía en mi subconsciente.

— ¡Maledizione! Pensé que nunca más te encontraría.

Miro los juguetes esparcidos en la sala y me invade el pánico de que descubra a los gemelos. ¿Y si descarga su odio en mis hijos? ¿Y si los desprecia por ser míos?

— Por favor, Ettore, vete — ruego, intentando soltarme, pero me aprisiona con fuerza de hierro.

— No digas tonterías, Lily. Tenemos que hablar de aquel día. Dio... no sabes la angustia que sentí desde que me dejaste. No huyas de mí otra vez, piccola.

— ¿Qué quieres? ¿Verme sangrar no fue suficiente? ¿Esperabas que siguiera siendo pisoteada por ti? Créeme, ya no tienes nada más que destruir — grité con el alma hecha pedazos.

Él ya rompió mi corazón. ¿Qué más busca?

— Lily... mi dulce Lily. No sabes cómo me atormentaba la forma brutal en que te traté. Me estaba carcomiendo el alma.

¿Remordimiento? ¿Arrepentimiento? No... no puede ser.

— Por favor, Ettore, vete. Pronto mi abogado se pondrá en contacto contigo para hablar del divorcio.

— Esa opción no existe.

— Si es por la parte administrativa de las franquicias Bellini, puedes quedarte con todo.

— ¿Quieres reducirme a un gigoló barato? ¿Esa es tu venganza?

— Por más que me consideres una cualquiera, nunca sería tan maquiavélica.

— ¿Todavía guardas tanta amargura, dulce Lily? — susurra en mi oído.

Su cercanía me estremece. Su colonia amaderada me envuelve. Su mirada de avellana se clava en mí, y cuando fija sus ojos en mis labios, casi creo que va a besarme.

Un llanto infantil rompe el momento. Me aparto de sus brazos.

— Tienes que irte ahora.

— ¿Eso es un bebé?

— Debe ser la hija de la vecina — improviso, sudando frío.

— Lily, ya cambié a Lorenzo. — Martina entra con mi hijo envuelto en una toalla y se congela al ver a Ettore. — ¡Dios mío! ¡Señor Vacchyano!

— ¿De quién es este bebé? — Ettore pregunta en shock.

Él lo observa detenidamente. Lorenzo también fija sus ojitos en él, como si lo reconociera. Extiende sus manitas hacia mí, buscando refugio.

— Oh, mi amor, ven con mamá. — Lo acuno y beso su cabecita. — Aún falta tu mamadera, pequeñito.

— ¡Dio mio! ¿Cuántos meses tiene? ¿Soy el padre?

— ¿Qué crees? Claro que son tuyos. ¿O también vas a acusarme de infidelidad?

— ¿Bebés?

Martina aparece con Abby en brazos. Mi niña, con su vestidito lila, se aferra a mí llorosa.

— ¡Dio mio... soy padre de gemelos! — Ettore exclama, atónito.

Un instante después, se desploma al suelo, desmayado. No era la reacción que esperaba.



CAPÍTULO 24

ETTORE VACCHYANO

Me despierto con suaves golpecitos en la cara. Al abrir los párpados, veo a mi dulce ángel. Lily está hermosa, como siempre, con el pelo ligeramente ondulado, como una cortina sedosa de oro platino. Está inclinada sobre mí y sus mechones dorados rozan mi rostro con delicadeza. Puedo notar el olor dulce a fresa que se desprende de su cabello.

Sonrío. Por fin la encontré.

— ¡Dio mío! Bella mia, creo que tuve un sueño loco en el que teníamos gemelos y tú me los ocultabas.

Sus rasgos se tensan y, al mirar alrededor, veo a una niñita en los brazos de Martina. Sus ojitos, de un castaño intenso, están vidriosos como si hubiese llorado. Y un niño está sentado en la alfombra de la sala, agitando sin parar un juguete en su diminuta manita. Luego se lo lleva a la boca. Su cabello es castaño y sus ojos son del mismo color que los míos.

Me rompe por dentro esa constatación: Lily se fue con mis hijos en el vientre. Si no la hubiera encontrado, nunca me habría contado lo de los bebés. ¿Merezco ser castigado así?

— ¿Entonces esa fue tu forma de vengarte, esposa? Nunca pensé que serías una mujer tan fría y cruel — suelto las palabras en

una vociferación gélida.

La veo alejarse de mí como si no esperara esa explosión. De inmediato, me dan ganas de tirar de ella hacia mí y respirar su aroma, pero cuando miro a mis bebés me doy cuenta de todos los meses que me perdí de su crecimiento, desde que nacieron hasta sus primeros dientecitos. Las privaciones que debieron pasar... En ningún momento Lily intentó contactarme para pedirme ayuda, pero definitivamente no debió ser fácil para ella mantenerlos sola. En realidad, estoy más enfadado conmigo mismo que con ella, porque tengo la convicción de que me comporté como un idiota.

Aunque la casa en la que está mi esposa es habitable, los muebles están gastados; todo parece de segunda mano. Ella se incorpora y yo hago lo mismo. Aún me siento aturdido por la constatación de que soy padre de gemelos. Lily parece tan pequeña y frágil. Me la imagino cargando dos bebés en el vientre. ¡Santo Dio!

— Solo me enteré de que estaba embarazada dos meses después de irme de la Toscana. Cuando empecé a sentir muchos mareos y debilidad, temí una recaída. Fue entonces cuando busqué un médico y me mandó unos exámenes. Cuando recibí los resultados, fue un shock.

— ¿Y por qué no me buscaste?

— ¿No te parece obvio? Me odias. ¿Cómo iba a decirte que la mujer que consideras una manipuladora, que te compró, sería la que llevaría tus hijos? — ahora es ella la que me lanza a la cara lo brutal con que la traté.

— Tu decisión fue cruel, y lo sabes perfectamente; solo te aferraste a los recuerdos de lo que pasó aquel día. ¿Y todo lo demás? ¿No fuiste feliz?

— Fue una mentira. — Oigo su voz quebrarse y veo lágrimas en sus ojos.

— Lily... — susurro y veo a nuestro hijo arrastrarse hasta las piernas de ella y alzar las manitas pidiendo que lo cojan.

Soy un desconocido para mis propios hijos. Estaba tan eufórico por haber reencontrado a mi esposa que, cuando entré en la sala, no percibí los mínimos detalles que indicaban que había niños alrededor. Hay muchos juguetes esparcidos por el ambiente.

Oigo un llanto infantil, que pronto es seguido por otro. ¡Dio! Parecen seguir una sinfonía.

— Tranquilo, mi amor. Mamá está aquí. — Lily intenta calmar al niño, lo toma en brazos y lo mima.

¿Cómo llamó Martina a mi hijo? ¿Lorenzo? ¿Lily le puso el nombre de mi padre a nuestro hijo? De inmediato, una alegría contagiosa inunda mi pecho. Tal vez no sea tarde para reconquistarla y tenerla de nuevo en mi vida. Pero antes, debo pensar. El descubrimiento de la paternidad me está volviendo irracional, y quizá diga cosas de las que me arrepentiría amargamente.

— Tengo que irme. — Me doy media vuelta y me voy.



Una, dos... No tengo la menor idea de cuántas horas han pasado desde que dejé la casa de Lily. Estoy en un bar y ya he tomado varias dosis de vodka. Llamo a mi familia y les cuento la novedad. Elena y mi madre sueltan exclamaciones de sorpresa, pero pronto se alegran. Doña Eleonora está emocionada de saber que ya es abuela y que Lily puso el nombre de mi padre a nuestro hijo.

— Haz que traigan a Lily a casa pronto. Quiero conocer a mis nietos, figlio — su voz suena conmovida, quebrada por la emoción.

Por último, llamo a Giovanni, que ahora prácticamente vive en California y forma parte, de modo activo, de la dirección de Vacchy; se muestra como un joven responsable y dedicado, el primero en llegar y el último en irse de allá. Cuando le cuento la noticia, suena tenso. Oigo su respiración pesada al otro lado del teléfono.

— ¡Dio! La culpa es mía, Ettore. Siento tanto esto. Si pudiera volver el tiempo y borrar la estupidez que hice, lo haría — dice con pesar.

— ¿De qué hablas, Giovanni?

— No sabes cómo me ha corroído la culpa al pensar que tú decidiste sacrificarte casándote con la hija de Bellini para salvarme de la cárcel. Yo debería estar pagando, no tú.

Comprendo su preocupación. No debí lanzarle esas palabras duras el día de mi boda. Él se metió con gente equivocada y sin carácter, y yo tomé la decisión de casarme con Lily y soportar las consecuencias de mi insensatez.

— Nunca más deberías hablar de eso. Yo hice mi elección.

— No, hermano. Hay una salida. He estado considerando esa posibilidad y creo que sería lo justo.

— ¿Qué estás sugiriendo? — intento descifrar su línea de razonamiento.

— Arabella todavía no se ha casado, y, bueno, creo que ella aún te ama.

— No debemos resucitar fantasmas del pasado — digo, seco.

— Ettore, por favor, solo escucha mi alternativa. Podrías divorciarte de Lily y yo podría casarme con ella y criar a tus hijos. Tú quedarías libre para casarte con la mujer que realmente amas y los bebés seguirían en la familia. Yo los amaría como si fueran míos, y

creo que algún día podría amar también a Lily. Es una chica bonita y recuerdo lo dulce que es.

Mis labios se contraen por la aversión a la idiotez de Giovanni. Al mismo tiempo, sujeto el vaso con fuerza premeditada. Casi pienso que el vidrio se romperá y causará un buen daño en mi mano. En este momento, lo que más deseo es darle un puñetazo a Giovanni por haber sugerido algo tan descabellado y estúpido. Lily es únicamente mía.

— Si alguna vez piensas en MI mujer de forma impropia, te mato — le advierto severamente, dejando claro que no estoy bromeando.

Oigo el silencio del otro lado. Giovanni parece estar digiriendo mi respuesta. El mensaje fue claro y conciso.

— Lo siento, hermano... ¿pero estás enamorado de Lily? — insiste.

— Ella es mi esposa. Es mi obligación protegerla a ella y a mis hijos.

— No fue eso lo que pregunté — insiste.

— Será la única respuesta que tendrás. Y te sugiero que JAMÁS vuelvas a tocar el tema. Lily seguirá siendo mi esposa y nunca la dejaré ir. Ella me pertenece — digo, rudo y posesivo.

Nunca me consideré territorial antes, pero mi bella esposa despierta en mí una llama irracional de posesividad en cada mísero gramo de mi cuerpo.

— Entonces, ¿tengo razón? ¿La amas? No me hubieras querido matar si no sintieras nada por la chica. — Oigo su risa al otro lado de la línea.

— Hasta pronto, Giovanni. — Cuelgo.

Pido otra copa al camarero, sintiendo asco por la propuesta indecente de Giovanni. La verdad es que algo me preocupa: el hecho de que Lily y yo aún no hayamos arreglado las cosas. Necesito hacer algo urgente, ya que no permitiré que ese profesorcito de mierda consiga su objetivo. ¡Cazzo! Es obvio su interés en mi esposa. Sin demora, me viene a la mente una imagen que me revuelve el estómago: él intentando ocupar mi lugar en la vida de mis hijos y en la cama de Lily. De ningún modo toleraré eso.

Pido la cuenta y vuelvo a su casa. Observo la fachada. Solo una tenue luz anaranjada indica que alguien sigue despierto. Llamo a la puerta con suavidad. Es probable que no me reciba, dado cómo la dejé. Dio... ni siquiera me acerqué a mis hijos, no los cogí en brazos ni hice nada que les demostrara que yo era su padre y que les transmitiera afecto y seguridad. Me impactó tanto descubrir que existían que mi reacción fue huir y emborracharme. ¿Qué clase de padre soy? Está bien. No estoy borracho en realidad, solo tomé unas cuantas copas mientras digería toda esa información.

La puerta se abre parcialmente y puedo ver la cadena que impide que entre como la otra vez. Así tendré que convencer a Lily para que me deje pasar. Fui tan estúpido que ni imaginé la posibilidad de que ella huyera otra vez con mis hijos. Quizá nunca los habría vuelto a encontrar, y esa constatación me congela la espina dorsal. No la perderé de vista bajo ninguna circunstancia.

— Lily, por favor, abre la puerta. Tenemos que hablar — pido, casi suplicando.

— Ettore, ya es tarde. No deberías haber venido. Todos ya están dormidos.

— Entonces, ¿por qué sigues despierta? ¿No puedes dormir? Yo tampoco puedo, piccola.

Oigo su suspiro al otro lado y noto que está desenganchando la cadena. Está preciosa, con una camisola y un batín color lavanda

que intensifican aún más el color de sus ojos. Lily... mi Lily.

— ¿Estás borracho? — pregunta como si me reprendiera.

— Tomé algunas copas de vodka, pero estoy lo bastante sobrio.

— ¿Y estabas conduciendo en ese estado?

— Pedí un taxi, pero ya lo despedí.

— ¿No habría sido más práctico dejarlo esperándote?

— Pensé que podría dormir en tu sofá.

— ¿En mi sofá? ¿Por qué habría de aceptarlo?

— Lily, tenemos que hablar. Entiendo que aún guardas rencor, pero tenemos hijos y debemos pensar en ellos.

— Te fuiste cuando te enteraste de su existencia.

— No me fui, estoy aquí. Solo me quedé en shock. ¿Puedo verlos ahora?

— Creo que no es buena idea, ya están dormidos.

— ¿Entonces puedo quedarme y dormir en tu sofá?

Joder... Casi estoy rogando para dormir en su sofá. Obviamente, preferiría compartir su cama con ella. Lily es mi esposa. Pero sé que, por ahora, eso es improbable.

— Ettore...

— Por favor, Lily. Quiero conocer a nuestros bebés.

Ella muerde suavemente el labio inferior. ¡Carajo! Si supiera el efecto devastador que ese simple gesto me provoca... Tengo ganas de tomarla en brazos y devorar sus labios deliciosos lenta y

gustosamente, hasta derretirla en mi cama. Ya estoy duro con ese pensamiento que despierta mi lado primitivo. El largo período de abstinencia está pasando factura. Ella es la única mujer que deseo con locura. Recuerdo el olor del sexo emanando de su piel sedosa, su rostro enrojecido, su cuerpo delicioso temblando bajo el mío cuando alcanzaba el clímax... ella estrangulándome hasta las bolas... Porra, es imposible contener la erección.

— Está bien. Voy a buscar una almohada y una manta.

Solo asiento, tratando de frenar mi ardor. Será una noche larga y fría, pero al menos estoy donde quería estar: cerca de mi esposa y de mis hijos. Una sonrisa de determinación cruza mis labios.

Lily vuelve a la sala, me entrega la manta y la almohada y señala el sofá estrecho y nada acogedor. Luego sale disparada a su cuarto como si, de algún modo, temiera que la persiguiera. Aunque esa es una tentación enorme, me controlo. Pronto la tendré en el lugar que le corresponde: en mi cama.



CAPÍTULO 25

LILY VACCHYANO

Esa noche dormí mal. Cuando finalmente me rendí al sueño, tuve pesadillas terribles. En todas, Ettore me arrancaba a mis bebés mientras yo desesperaba y lloraba. Luego aparecía Arabella gritando que los enviaría a un internado, que no permitiría ninguna intromisión de mis hijos entre ella y Ettore.

—Fue solo un mal sueño —me repito.

Seguramente me levanté como tres veces durante la noche para mirar a mis angelitos.

Me levanto, voy al baño y hago mi aseo matinal. Al salir del cuarto voy directamente a la cuna de los gemelos y los observo. Duermen plácidos. Abby está abrazada a su osito rosa, que no suelta por nada. Le tomo la temperatura y veo que sigue sin fiebre. Lorenzo se remueve en sueños, pero vuelve a dormirse. Son mi vida. Solo espero que Ettore acepte el divorcio y me deje la custodia de los niños.

De alguna manera me alegró su reacción. Parece querer formar parte de la vida de los bebés, y no me opondré, siempre y cuando sus visitas sean en mi casa.

No sé bien cómo es Arabella, pero no la quiero cerca de mis hijos —pienso con determinación, al recordar los breves encuentros

con la arpía.

Salgo del cuarto para ir a la cocina a preparar el desayuno, pero me quedo paralizada en la sala: está la figura imponente. Es evidente que el sofá es totalmente inadecuado para un hombre que mide más de 1,90. Ettore está sin camisa, mostrando el pecho desnudo y poderoso y la cintura estrecha. Se notan los cuadritos de su abdomen. Aunque es CEO, nunca fue ocioso: siempre hace deporte y frecuenta el gimnasio de la villa.

Aún conserva la barba bien recortada y su cabello castaño está algo despeinado, probablemente por la mala noche. Mis dedos, sin darme cuenta, hormiguean con la irresistible necesidad de alisar sus mechones suaves. Lorenzo tiene el pelo del mismo tono.

La sábana queda por debajo de su ombligo y, cuando veo su pantalon encima del sillón, deduzco que está solo en calzoncillos y me ruborizo como una colegiala torpe.

—Cálmate — me digo, intentando controlar la extraña sensación de verlo de nuevo, casi desnudo.

Mi corazón late desbocado al evocar las noches ardientes que compartimos. Trato de contenerme. Sé de su magnetismo sexual, de su potencia masculina en la cama y de lo bien dotado que está. Con esos pensamientos inoportunos floreciendo en mi mente, siento una calidez subir por mi cuerpo y un latido insatisfecho entre las piernas. Es como si una cascada de sensaciones azotara mi piel.

¡Mierda! ¿Por qué tenía que despertarse mi cuerpo ahora y recordarme cuánto extraño su tacto, sus besos y el sexo intenso que siempre hicimos?

Aparto esos pensamientos punzantes. Lo único que tenemos para hablar es del divorcio y de la custodia. No volveré a su cama. ¿Cómo podría, si todo lo que viví fue una farsa?

Un frío recorre mi columna. ¿Acaso fantaseaba con Arabella mientras hacíamos el amor? El sentimiento de rechazo me tortura y me sangra el pecho. Ettore dejó claro que ella fue la mujer que siempre amó, su elegida. Yo fui apenas un río intermitente en su cauce.

Oigo un leve gruñido salir de sus labios y me acerco al sofá solo para cubrirlo mejor con la manta. Pero me asusto y doy un pequeño jadeo cuando sus brazos fuertes rodean mi cintura y me hacen caer sobre su regazo.

—Buongiorno, amore mio — murmura perezosamente.

—Ettore, ¿qué estás haciendo? — pregunto al notar la posesividad de sus manos masculinas en mis caderas.

Como sigo en camisón y bata, su contacto parece quemar mi piel desnuda. Mi reacción instantánea me avergüenza. Mi marido no puede saber del calor húmedo que albergo entre las piernas. Me estoy derritiendo por él.

—Suéltame —balbuceo sin firmeza.

—Te extrañé tanto, cara mia — su murmullo es bajo y ronco. — Y para que lo recuerdes, piccola, eres tú la que está encima de mí. Qué fantasía maravillosa.

Solo entonces noto que mis manos buscan apoyo en su pecho. Los músculos, duros y a la vez suaves, están bajo mi contacto. Rápidamente retiro las manos como si hubiera tocado brasas. Percibo algo duro bajo mi trasero y me ruborizo al darme cuenta de que no es el amontonado de la manta, sino esa otra parte grande y fascinante de su cuerpo.

—Vo... estás...

—Erección matutina, esposa. Es normal cuando un hombre sueña eróticamente con su bella mujer. Mucho más si tengo el

privilegio de despertarme y encontrarte encima de mi polla —su respuesta es una provocación y puedo ver sus iris oscurecerse por el deseo.

—Yo no estaba, tú me agarraste y... — suelto un pequeño grito de sorpresa, porque Ettore, con un movimiento ágil, invierte nuestras posiciones. Ahora soy yo la que está debajo.

Es difícil resistir el calor abrasador reflejado en su mirada.

—Tienes razón, piccola. Quiero desgarrar tu delicado camisón y meterte fuerte y duro. Dio... Ardo desde hace una eternidad por esto.

Ettore empieza a besar mi cuello lentamente, bajando hacia mis pechos. Se erizan con el calor húmedo de su boca pecaminosa alrededor. Es hábil en el arte del sexo y sabe que adoro su devoción al chupar mis pezones hinchados. Siento cuando baja la tira despacio por mi hombro, dejando el pecho desnudo. Veo su sonrisa pícara antes de que lama el pequeño pezón erecto y lo rodee con los labios. Suelto un suspiro, maravillada por los estímulos intensos de sus caricias.

Las sensaciones atraviesan un punto secreto en mi cuerpo que me hace rodar los ojos y casi suplicar por más. ¿Cómo logra despertarme con solo unos toques? Mis pechos están completamente desnudos y su boca hambrienta se deleita en mí.

Cuando noto un contacto ardiente en mi muslo sé que es momento de empujarlo, de apartarlo. ¿Qué estoy haciendo? ¿Derretirme en sus brazos como una devota? Los recuerdos de su rechazo ahora golpean mi mente y siento un enorme deseo de llorar. Mi cuerpo se paraliza en sus brazos y Ettore parece notar mi cambio repentino. Deja de chupar mis pechos y me observa atentamente. Veo una mezcla de dolor y deseo en su mirada.

¿Por qué no puedo dejar de desearlo?

Cierro los ojos, intentando reorganizar mis pensamientos. No soportaría que hiciera el amor conmigo por lástima. Ettore no necesita ser forzado a acostarse conmigo; estoy más que dispuesta a darle lo que quiere: el divorcio. Y si quiere formar parte de la vida de mis hijos, no lo disputarė.

La entrega al momento ya pasó. Ahora solo quiero desaparecer.

Me sobresalto cuando, de repente, escucho un grito de asombro cercano. Al abrir los ojos contemplo a una Martina horrorizada.

—¡Jesucristo! Perdonen... Yo... Yo... — tartamudea, cubriéndose la cara con las manos, como si nos hubiera sorprendido en pleno acto.

Salgo automáticamente del estupor erótico en que estaba, me cubro los pechos, empujo a Ettore fuera de encima y huyo de su agarre, casi cayéndome en el intento. Él solo sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos; su rostro no muestra vergüenza cuando se incorpora del sofá despacio, en unos bóxers blancos que apenas disimulan su potente erección. ¡Madre mía! La tela dibuja tan perfectamente su miembro grueso y rígido que da la impresión de que va a saltar en cualquier momento. Y no sé por qué demonios miro esa parte específica y gloriosa de su cuerpo como si estuviera hipnotizada. Está tan duro que me hace temblar, excitada. Aún me asombra cómo todo eso cabía dentro de mí.

Pero ese tipo de ensoñación no está bien.

Martina ya ha huido de la sala hacia la cocina, muy avergonzada. Y estoy segura de que mi cara estará del mismo color que una gamba. Salgo corriendo también, buscando refugio en mi cuarto.



CAPÍTULO 26

LILY VACCHYANO

Lorenzo y Abby ya están despiertos y juegan en la cuna. Después de darle el antibiótico a Abby y cambiarme de ropa —optando por un vestido floral y suelto — tomo coraje y me preparo para salir del cuarto; no puedo quedarme encerrada aquí todo el día. Me acerco a la cuna y, cuando voy a coger a mi hija, oigo golpes en la puerta, que enseguida se abre.

Veo a Ettore, ya repuesto y con su traje formal, invadiendo el diminuto espacio del cuarto. Noto que mira fijamente a la cuna donde están los bebés y se aproxima despacio. Sus ojos brillan, humedecidos por unas lágrimas; sus iris se ven más pronunciadas.

—Dio mio, son preciosos.

Los dos pequeños observan al padre con atención. Lorenzo se sostiene de la baranda de la cuna y balbucea sonidos inconexos. Se percibe que no le tiene miedo a Ettore, como sí le ocurrió con Liam.

—Ba-ba.

—Ha dicho "papá" —determina Ettore, extendiendo la mano hacia Lorenzo, que de inmediato agarra su dedo con fuerza e intenta llevárselo a la boca—. Mi bambino.

—Lamento informarle, pero los gemelos balbucean esas sílabas todo el tiempo — digo con una sonrisa dulce; también me

emociono al ver al padre con sus hijos.

En ningún momento Ettore ha mostrado no desear a los niños, y eso, de cierta forma, calienta mi corazón.

—Baa-da —balbucea Lorenzo, se lleva la mano de Ettore a la boca y deja la marca de sus dientecitos.

—Ay, bambino. Ya tiene unos dientes bastante afilados.
—Cuatro dientecitos —le informo.

—¡Santo cielo! Creo que necesito un manual de padre primerizo.
—¿Quieres sujetarlos? — lo animo, notando que se desempeña muy bien.

—Claro. Ven aquí, bambino. Papá está aquí ahora, y los ama mucho — dice con ternura, sosteniendo a Lorenzo en brazos y besando la coronita de su cabecita.

Abby protesta por atención, sola en la cuna, y yo sonrío mientras la tomo en brazos.

—Papá también te ama, mi princesa —enuncia Ettore.

Cuando intenta acariciar a la pequeña, ella se gira y busca refugio en mi hombro, apoyando su cabecita y gimoteando.

—Se está recuperando de una infección de garganta, por eso aún está un poco irritable — la mimo en mis brazos.

—Será mejor que la llevemos al médico — sugiere él.

—No hace falta. Liam y yo la llevamos ayer y ya está medicada; solo está en proceso de recuperación.

—¿Liam? — su expresión cambia drásticamente; se cierra y parece irritado.

—Es un amigo.

—¡Dio mio! ¿Amigo? — su voz suena cargada de escepticismo.

—¿Qué insinúas?

—Que ese sujeto quiere acostarse con ella. ¿No es obvio? — se dibuja una línea fina en sus labios.

Sé que está incómodo. En realidad, parece celoso. Algo improbable hasta hace poco.

—No es así. Liam es un caballero y no sobrepasa los límites que yo le doy.

Ettore suspira con fuerza y fija en mí una mirada decidida. Entonces me pregunta:

—¿Le permitiste que te tocara?

—¿Por qué estamos hablando de esto? Yo no te pregunté si te acostaste con Arabella ni con otra mujer.

Sería patético si supiera que el único hombre que domina mis pensamientos es él. No le daré ese gusto. Ya es humillante saber que, si alguna vez lo tuve, fue porque fue comprado para mí.

—No, definitivamente —afirma tan convencido que tengo la certeza de que habla en serio, aunque me cuesta imaginar a Ettore absteniéndose de sexo tanto tiempo; es tan viril.

Pero, de cierto modo, me agrada su afirmación.

—Necesito saber, piccola —insiste, con tono inflexible y autoritario.

—Liam es mi amigo, no mi amante.

—Me alegra oír eso. Ahora tenemos que acelerar nuestro regreso a la Toscana — me informa como si ya estuviera decidido.

—Ettore, no es tan simple. Ya tenemos una vida aquí y yo tengo trabajo. No puedo abandonar todo así como así.

—Piccola, no tienes que preocuparte por absolutamente nada. Mi equipo ya está solucionando todo — habla con una calma que me irrita.

Lorenzo se agita en sus brazos y Ettore lo vuelve a poner en la cuna. Mi bebé agarra un sonajero y empieza a moverlo con su manita regordeta, haciendo ruido por la habitación. Abby señala la cuna, queriendo unirse a su hermano, y yo la coloco en el colchón. Ella abraza su osito rosa y lo agita, balbuceando alegre. Veo a Ettore observando la escena, emocionado.

—Lily, no me alejes de mis hijos. Quiero ser un padre presente en sus vidas. Por favor, piccola. Sé que te lastimé y soy consciente de mis pecados... —toma mis manos y me mira con ternura—. Me destruye por dentro saber que probablemente nunca me perdonarás —su voz se quiebra por la pena.

—Pero yo te perdono, Ettore. Entiendo que aquel día actuaste guiado por rencor, por odio. Y no sabes lo culpable que me siento por el hecho de que, de cierto modo, te hayan... forzado a casarte conmigo —reconozco a regañadientes, sintiendo los ojos llenarse de lágrimas.

Intento retirar mis manos de las suyas, pero no me deja. Mi marido no tiene idea de que muchas veces me siento terriblemente avergonzada por cómo sucedieron las cosas.

—Per l'amor di Dio, no debes sentirte culpable. Yo tomé mi decisión, asumí los riesgos. Y... ahora tenemos dos bebés, y quiero hacer lo mejor por ellos.

Claro. Obviamente, Ettore se siente responsable por los gemelos. Muerdo mi labio inferior, tratando de razonar con claridad.

—Si no vienes conmigo, Lily, ¿estarás preparada para tenerme ocupando tu sofá por un período indefinido? — dice en tono de broma. — Aunque lo que deseo es compartir tu cama. — Su sonrisa es cálida e instigante, llena de promesas apasionadas.





CAPÍTULO 27

ETTORE VACCHYANO

El coche se detuvo frente a la mansión beige. Un lugar acogedor que en otro tiempo consideré mi hogar. Las plantaciones de olivos y viñas se perdían hasta donde alcanzaba la vista en las fértiles tierras de la villa.

En ese instante me recriminé por no haber hablado con Lily sobre dónde se quedarían los bebés. Era obvio que su plan no era volver a la villa, sino quedarse en el palazzo; algo cercano, donde yo podría visitarlos cuando quisiera. Al fin y al cabo, ella volvía por ellos.

La ayudé a bajar del vehículo con los niños. Martina fue la primera en salir, cargando las bolsas de los pequeños; en cuanto le dije que íbamos a la Toscana, se iluminó. Tomé a mi pequeño en brazos y vi a Abby acurrucada contra Lily. Se notaba que ya estaba recuperada de la crisis de garganta: se había apegado a Lily con una facilidad desconcertante y lloraba cuando ella se ausentaba. También se ponía celosa si Lorenzo estaba en mi regazo.

La acompañé hasta la entrada principal. Al entrar, Elena y doña Eleonora nos recibieron. Había globos, regalos y juguetes por todos lados. Sentí un nudo en la garganta y los gemelos se volvieron eufóricos.

—Lily, qué bueno que has vuelto. ¡Gemelos, igual que Giovanni y yo! — susurró Elena, encantada con mis hijos.

—Lily, querida, bienvenida. Dio mio... Mis nietos son preciosos. Mi pequeño Lorenzo... Gracias, querida, por haber homenajeado a mi difunto esposo. Ven aquí con la nonna, bambino. — Doña Eleonora parecía derretirse.

Lorenzo se lanzó a los brazos de la abuela, excitado. Parecía feliz con esta nueva familia que lo colmaba de mimos. Miré de reojo y vi a Abby hipnotizada por un globo con animalitos que Elena le entregaba.

—Ven aquí con la tía, mi amor. La tía te va a poner los vestiditos más lindos del mundo fashion — dijo ella, efusiva.

—Gracias —contestó Lily, tímida.

—Lily, querida, estarás cansada del viaje. Tomemos un auténtico café italiano en familia.

Tras el desayuno subí con Lily y los gemelos. Le mostré la habitación que prepararon para ellos: un espacio amplio, lleno de juguetes, paredes en tonos neutros, dos cunas y una butaca cómoda junto a las camas. Aunque montado con prisa, era acogedor. Elena había organizado todo; estaba impecable. Tiene un don para combinar colores y dejarlo todo en perfecto orden.

Después de enseñarles la habitación, me retiré para dejarlos acomodarse. Lily puso a los bebés a dormir y Martina llegó enseguida con los biberones. Vi cómo se adaptaban velozmente al clima de la Toscana; aquello me alivió.

Más tarde, volví a mi despacho. Escuché un golpe en la puerta; ella entró cuando le di permiso.

—Piccola, ¿algún problema con los gemelos? — pregunté.

—No. Están durmiendo. En realidad, tenemos que hablar, Ettore. Acepté volver, pero me quedaré en mi casa —me dijo con voz firme.

Solté un suspiro cargado y mis ojos se desviaron hacia el paisaje antes de volver a posarse en ella.

—Esta es nuestra casa, Lily — dije, tratando de que sonara más que una reclamación una petición.

Ella negó con la cabeza, decidida.

—No puedo quedarme aquí con los bebés. No puedo hacer como si aquel día no hubiera pasado. Me iré con ellos al palazzo y podrás visitarlos allí.

Me incorporé de la silla con la rapidez que me daban casi dos metros de altura y me acerqué. Sentí su perfume; era delicioso. Soy adicto al aroma de esa mujer: una mezcla viril, potente —me sorprendí admitiendo para mis adentros, porque era la verdad

—Lily, sabes que quiero que seamos una familia. No quiero que vivas en otra casa con nuestros hijos — le dije, con la voz contenida.

Ella dio un paso atrás.

— Necesito procesar todo lo que ocurrió, Ettore. — Su mirada no titubeó; estaba resuelta.

Se notó en mi rostro la molestia, pero también que aceptaba su postura. Solté un largo suspiro y asentí.

—Muy bien, piccola. Organizaré todo para que te mudes al palazzo. — Le levanté el mentón con cuidado. — Pero debes saber que haré todo por tenerte de vuelta en mi cama — susurré, descarado, y sentí cómo algo en su cuerpo vibró con mis palabras.

La humedad en la base de mi cuello y el latido rápido en mis sienes eran prueba suficiente de que me afectaba. Intenté no dejar que aquel efecto me dominara; desvié la mirada hacia la mesa de roble para contener los recuerdos ardientes de dos cuerpos desnudos. La imagen de haberla tomado con fuerza, de hacerla llegar al clímax, asaltó mi mente con violencia. Me sobresalté por la avalancha de pensamientos inapropiados y traté de separar mi mano de la suya, pero sus manos fuertes me sujetaron por la cintura, impidiendo que me escapase.

— Si ahora no puedo tenerte, amor mío, seré paciente. Esperaré — dije, pronunciando cada palabra como si fuera una promesa. — Aunque tenga que esperar una eternidad.

Ella me miró, con el mismo temple con el que había hablado antes.

—Ettore... — comenzó.

—Por favor, Lily, no hacen falta palabras ahora. Solo necesito esto. —Le levanté el mentón de nuevo y me perdí en sus ojos con tanta intensidad y ternura que creí que la besaría, pero me contuve y me quedé anhelando el calor de sus labios sobre los míos.

La abracé al fin. El olor amaderado de mi colonia — mi propia fragancia, la que ella parecía llamar suya de forma silenciosa — y el ritmo constante de mi corazón me hicieron creer que, aunque una tormenta nos azotara, yo estaría allí para protegerla, para darle abrigo en esa dulce tempestad.



CAPÍTULO 28

ETTORE VACCHYANO

Aparqué el Mercedes cerca del palazzo y agarré la bolsa con los regalos para los gemelos: un león de peluche para Lorenzo y un conejito amarillo para Abby. Llevé a Lily y a los pequeños a un paseo familiar al zoológico de Pistoia el domingo, y los niños adoraron la excursión. Lorenzo se quedó fascinado con los leones y las jirafas; Abby al principio tuvo miedo, pero luego sonrió e incluso les hizo adiós a los animalitos cuando nos fuimos.

Fui directo al cuarto de mis hijos. Seguro estaba mi hermosa esposa allí. Encontré a los gemelos en un corralito improvisado, con juguetes esparcidos por la alfombra.

Martina me sonrió al verme entrar.

— Señor Vacchyano.

Le entregué algunos juguetes más para la colección de los pequeños.

—Dentro de poco tendremos que preparar una habitación solo para los juguetes —bromeó ella.

—No será problema, Martina. ¿Y mis hijos, cómo están? — pregunté, aunque voy al palazzo tres o cuatro veces al día para

verlos a ellos y, claro, a su madre. En realidad me extraña cuando no veo a la rubia por aquí.

—Están bien, pero Abby está un poco más irritada hoy. Creo que se le está saliendo un dientecito. Y Lorenzo está más activo que nunca. Ese niño tiene batería de veinticuatro horas — dijo riendo. — Lá señorita Elena los sacó y se fue al parque con mi niña; volvieron muy emocionados. Parece que comieron algodón de azúcar.

Lorenzo y Abby se agitaban cuando me vieron y gatearon hacia el borde del corralito. Ya intentan dar sus primeros pasitos; ambos tratan de incorporarse, pero cuando pierden el apoyo, se caen.

—Baa-ba... ¡Mamá! — agotada de intentar salir del cercadito, Abby empezó a llorar extendiéndome sus bracitos.

¡Santo cielo! La pequeña ya sabe cómo dejar a su padre rendido. Su boquita temblaba y sus ojitos estaban llenos de agua. Joder. Haría cualquier cosa por esos bambini. La tomé en brazos al instante.

—¿Quién es la princesita linda del papá?

—Papá... — balbuceó por primera vez y mi corazón dio un vuelco.

—Eso, hija: papá. — Le besé la carita y ella soltó ruiditos indecifrables.

—¿Dónde está mi esposa? — miré a Martina directo.

—Está en el jardín, señor... con visita.

Martina se puso inquieta, como si intentara ocultarme algo. Asomé por la ventana del cuarto y vi a Lily sentada en un banco del jardín; un árbol impedía ver a su acompañante. Crucé los dedos para que no fuera su insoportable primo. Ese me dio problemas al

principio, pero luego desapareció; la última noticia que tuve fue que se fue del país.

Con el ceño fruncido, dejé a Abby con Martina y caminé al jardín. Lily fue lo primero que apareció en mi campo de visión y sonreí. Mi dulce esposa estaba preciosa, con un vestido azul de lino que realzaba sus curvas suaves. Sonreía a algo que le contaban; su risa era melodiosa y me vibró por dentro. Al escuchar una voz masculina recordé al visitante y una rabia celosa me invadió el pecho. Apreté los puños y la mandíbula al ver quién la acompañaba: Liam Daviem, ese profesorcito hijo de puta que había estado cortejando a mi mujer en Portsmouth.

Me acerqué a la mesa donde tomaban té. Al verme, Lily se sorprendió, como si no esperara que apareciera de improviso.

—Buongiorno, amore mio. — Le di un piquito en los labios. Ella se sonrojó y me senté a su lado besando su mano. — ¿No me vas a presentar a tu amigo? — fijé mi mirada en el sujeto con una hostilidad evidente.

Daviem se adelantó: — Liam Daviem. Mucho gusto, señor Vacchyano.

—Me tendió la mano, que ignoré.

—Me parece que ya me conoce.

—Claro. Leo artículos de finanzas.

—Interesante. Me pregunto qué lo hizo venir desde tan lejos solo para ver a mi esposa.

—Ettore, no seas indelicado — pidió Lily, claramente incómoda con mi rudeza.

—Solo quería saber cómo estaban Lily y los bebés. Ella se fue así, de Portsmouth y de la escuela donde enseñaba. Tenía que

asegurarme de que todo estuviera bien con los gemelos.

—Espero que su interés sea realmente de amigo y que solo esté de paso, porque si busca cualquier otra ventaja, pierde el tiempo. Soy el hombre de Lily y el padre de sus bebés; esas preocupaciones son mías.

Lily casi escupió el té que tomaba.

— Entonces debería haber cumplido mejor su papel. Y, por cierto, no veo ninguna alianza en su dedo. Aquello fue la oportunidad de dejarle la marca de mi puño en la cara a ese desgraciado. — Hijo de puta, te voy a reventar. —Me levanté de golpe, lo agarré del cuello y le di un golpe directo en la mandíbula.

No esperaba mi ataque. Lo lancé al césped del jardín mientras la sangre encendía mi ira. Fue por las fantasías impropias que debe haber tenido con mi esposa.

—¡Ettore, por el amor de Dios, qué estás haciendo! — Lily acudió en su defensa y eso me enfureció más; quería alejarla de ese profesorcito—. Liam, ¿estás bien?

—Sí, creo que sí —se llevó la mano al maxilar hinchado—. Pensé que había dicho que no había riesgo de un marido celoso.

—Perdón, Liam. Ettore solo está actuando irracionalmente — dijo Lily mirándome con reproche.

—Está bien, Lily. Supongo que defiende su territorio. Yo haría lo mismo si tuviera alguna chance contigo.

—Liam, somos amigos — ella se apartó de él y él confesó: — Porque nunca me diste una oportunidad.

No me arrepiento del golpe. De hecho, aún tengo ganas de partirle la cara. — Lo siento. Nunca te di esperanzas.

—Lo sé, Lily, pero eso no me impidió intentar.

—¡Hijo de puta! —me preparé para golpearlo otra vez, pero levantó las manos en señal de paz. — No hace falta atacarme de nuevo, Vacchyano. Me voy. — Se puso de pie y lanzó a mi esposa una mirada empática que me enervó. — Pero quiero que sepas, Lily, que si alguna vez me necesitas, o los bebés necesitan algo, cuenta conmigo. Sigo siendo tu amigo.

Ella asintió y el tipo se fue. Ni hablar de que lo deje acercarse a mi esposa otra vez. Seguía cabreado; quería haberle dado más fuerte. Lo vi subir a un coche oscuro y abandonar la mansión como el cobarde que es.

Volví mi atención a Lily; estaba molesta, clavándome esos ojos lavanda. Cruzó los brazos sobre el pecho y su respiración agitada me dejó más consciente de sus pechos exuberantes. El recuerdo de haberle metido su pezón voluptuoso en la boca me dejó con un puto deseo animal. Una erección apareció de inmediato, apretando mis pantalones. Joder. Se veía tan bonita enojada que me dieron ganas de besarla.

—No tenías derecho a echar a Liam así. Es mi amigo.

—Solo estaba aclarando las cosas con el profesor.

—¿Aclarando qué? ¿Que eres un ogro?

—Tú y los bebés son míos, Lily, y cuido lo que me pertenece.
—¿Sabes cuánto quiero gritarte? — respiró ella.

Esbocé una sonrisa ladina y me acerqué. — Bueno... si gritas, tendré que callarte de alguna manera, piccola.

—Aléjate. Estoy muy enfadada contigo, Ettore. Y solo para que quede claro, no soy tu propiedad.

Como el depredador que soy, la inmovilisé entre mis brazos. Su piel se erizó al contacto.

—Eres mi esposa, la madre de mis hijos, la mujer que... — empecé.

—¿Con la que te viste obligado a casarte? — me desafió ella.

—No estoy obligado, Lily. Cuando un hombre quiere algo, simplemente va y lo toma. Y el hecho de desearte en mi cama alimenta más esta obsesión. —Le aparté un mechón detrás de la oreja y le acaricié la mejilla. — ¡Santo cielo! Haré todo para tenerte de vuelta.

—No necesito que finjas deseo solo para conservar a tus hijos. Como madre, me alegra que hayas aceptado a los bebés y no los hayas rechazado.

—Son mis hijos, mi sangre. Nunca los rechazaría. Los amo. Y no estoy fingiendo, Lily. No quiero nada falso en nuestro matrimonio; solo te pido una nueva oportunidad. Eres mi mujer y, Dios mío, cuánto extraño tenerte y hacer el amor apasionadamente contigo.

Su rostro se sonrojó ante mi lenguaje crudo; ella, tímida, no esperaba tanta franqueza. Lily se apartó de mis brazos.

—No necesitas obligarme a... a hacer el amor contigo.

De forma automática tomé su mano y la llevé a la protuberancia dura de mi pantalón; no podía ocultar mi enorme excitación. En ese terreno nunca hubo fingimiento; siempre la he deseado con locura.

—¿Parece que me estás obligando, amore mio? — le susurré.

Ella apartó la mano rápidamente, como si el simple contacto la hubiese quemado. Sonreí, aunque su mirada ahora era de furia — una furia nacida del deseo. Lo quería, aunque no lo admitiera.

—Elena me contó que Arabella está comprometida.

—Qué bien por ella — respondí indiferente.

—Bien. Pero yo no seré un reemplazo. No quiero sexo comprado. Cuando haga el amor con un hombre, será porque me ame de verdad.

La mera mención de Lily con otro hombre me quemó por dentro; el fuego del celos me desgarró. Aprieté los labios y la mandíbula me crujió.

—Soy el único hombre con el que harás el amor. Ningún otro experimentará el placer de estar entre tus brazos. Volverás a calentar mi cama pronto.

—No tienes derecho a decir en qué cama me acostaré — murmuró con frialdad. — No te pedí un informe sobre en qué camas buscaste consuelo después de que me fui.

Fruncí el ceño y luego sonreí.

—¿Entonces eso es todo? ¿Estás celosa? —apreté el botón correcto, lo noté por su respiración.

—No estoy celosa; no toleraré que me tomes por tonta.
La alcancé otra vez y la rodeé por la cintura estrecha.

—El celibato fue mi única compañía después de que me abandonaste —confesé, y vi la determinación en su mirada.

—No me debes explicaciones, Ettore. No olvides que nuestro matrimonio fue una farsa.

Torci los labios. Lily no lo iba a poner fácil.

—Nuestros bebés son muy reales.

—No te atrevas a usar a los gemelos para justificarte y seguir en el error.

—Si fue un error, fue el error más delicioso que cometí en mi vida.

—¿De verdad estás dispuesto a tener a los bebés a cualquier costo? —me preguntó desafiante.

—Si la madre forma parte del paquete, sí.

—Yo... —quise decir algo, pero no me dejó terminar.

—Pensé que gritarías, piccola — le recordé. — No le di tiempo de responder y la dejé sin palabras besando sus labios dulces con los míos.

El beso fue febril, a la vez tierno. Su sabor me embelesó y deseé más.Nos entregamos a esa sensación arrolladora sin imaginar que una pequeña platea animada nos observaba desde la parte alta de la mansión.


@julio_drawn_arts



CAPÍTULO 29

ETTORE VACCHYANO

Meses después

Los gemelos dormían plácidamente en sus cochecitos. Eran niños hermosos y sanos. A menudo acompañaba a Lily a las citas mensuales con el pediatra, aunque algunas veces evitaba ir, sobre todo en los días de vacunas, porque mi único impulso era llevármelos lejos. Me partía el alma ver esos ojitos llenos de lágrimas, suplicantes. No sabía que se podía amar tanto a unos bambini, pero el instinto paternal y protector había nacido en mí con una fuerza inmensa. Solo quería mantenerlos a salvo de todo mal.

Todavía me dolía que Lily y los pequeños no vivieran en la villa. Mi bella esposa seguía reticente a darme una segunda oportunidad, pero estaba decidido a demostrarle mi sinceridad con cada fibra de mi ser. Mis hijos se habían apegado demasiado a mí, y mi deseo era criarlos en un hogar estable, junto a la mujer que me había robado el corazón.

Mamma y Elena estaban fascinadas con ellos. Por más que vinieran seguido a visitarlos, también deseaban vernos unidos como familia. Incluso cuando Lily y yo llevábamos a los gemelos a la villa, no era lo mismo. Mamma evitaba presionarme para confesar la razón por la que Lily me había dejado, pero sabía que tanto ella

como Elena sospechaban que la había herido por culpa de mi exnovia, y que esa había sido la causa de su partida.

La verdad es que todo aquello ya no importaba. Lo único relevante era la obsesión creciente que sentía por mi adorable esposa.

Ahora la contemplaba bajo el sol del atardecer, que se reflejaba en su melena rubia y sedosa. Sonreía mientras me contaba una travesura de los gemelos, pero yo apenas escuchaba; estaba absorto en su belleza, en su rostro suave y sonrosado. Cazzo, Lily era tan hermosa que no podía dejar de mirarla. Llevaba un vestido floreado que giraba con el viento.

Ella se levantó del banco y señaló los paquetes de regalos que había dejado sobre la mesa de piedra, junto a un ramo de rosas. De vez en cuando le enviaba flores, intentando hacer lo correcto. Esta vez iba a conquistarla como se merecía desde el principio.

—Gracias por los regalos para los bebés y por las flores.

—¿Pero...? —quise adivinar lo que pensaba.

—Es un desperdicio. Los gemelos no usarán toda esa ropa ni esos zapatitos. Y algunos juguetes recién podrán usarlos dentro de tres años.

—Puedo comprar más.

—No se trata de eso. Aunque seas millonario, no tienes que gastar dinero innecesariamente.

En los últimos meses había comprado demasiadas cosas para los pequeños. ¿Una forma de redimirme por no haberlos acompañado en el vientre de Lily? Por mi culpa, había estado lejos de ellos desde el principio. Si no hubiese herido tan brutalmente a

mi esposa aquel día fatídico, ella nunca se habría marchado de la Toscana.

Me acerqué a ella.

—Dio mio, eres tan hermosa... Estoy loco por hacerte el amor. ¿Cuándo volverás a mi cama, piccola? —mi mirada se clavó en su boca con devoción.

El deseo de ahogar sus gemidos mientras alcanzaba el clímax, de hundirme en su interior hasta ese punto dulce y torturante que la dejaba temblando y rendida... las memorias me azotaron con violencia. Todo mi cuerpo dolía por ella, cada maldita fibra latía por tenerla.

—Ettore, los bebés... — sus mejillas se tiñeron de un rubor suave. No sabía cuánto me fascinaba esa naturalidad.

—Están dormidos, y no estamos haciendo nada más que besarnos.

—No nos estamos... Oh! — calló cuando la atraje de la cintura y uní mis labios a los suyos.

Saboreé su boca lentamente, profundizando el beso, hasta colar mi lengua entre sus labios delicados. Sus manos se apoyaron en mi pecho, como buscando refugio. Su cuerpo suave se amoldó al mío, y el aroma dulce de su perfume me embriagó. Cada célula mía reaccionaba a ella, y mi excitación crecía sin control. Quería llevármela a la cama ya mismo.

Aunque Lily me correspondía, todo se arruinó cuando un llanto estalló en el jardín. Ella me empujó de golpe, como un balde de agua fría.

—Abby... —corrió hacia los cochecitos y tomó a nuestra hija en brazos, acunándola.

—Tranquila, mi amor, mamá está aquí.

Enseguida, Lorenzo también empezó a berrear, reclamando atención. Lo alcé y, como por arte de magia, se calmó. El lazo entre nosotros era innegable. Mi hijo me observó con sus enormes ojos castaños y me regaló una sonrisa que mostraba sus primeros dientecitos. Yo sonreí también, sintiendo el calor paternal inundar mi pecho. Lily acunaba a Abby, y Lorenzo, risueño, jugueteaba con mi corbata. Yo daría mi vida por mi familia.

Abby, ya tranquila, balbuceó:

— Ma-má — tomando un mechón de cabello de Lily y señalando el conejito amarillo en el banco.

—Mi pequeña traviesa —dijo Lily, enternecida.

—¿Cuándo volverás a la villa? —pregunté con seriedad. Ella me miró, confundida.

—Lily, dame una segunda oportunidad. No quiero que mis hijos crezcan lejos de mí, aunque solo sean unos kilómetros.

—Yo... lo pensaré.

—Está bien. Tengo que irme, tengo una reunión en Florencia dentro de unas horas y debo pasar por la villa. Este fin de semana viajaré a California y estaré fuera unos días.

Martina apareció con dos biberones. Le entregué a Lorenzo y él comenzó a llorar, extendiéndome los bracitos. Sentí que el corazón se me partía.

—Papá volverá pronto, bambino. — Luego miré a Lily — ¿Puedo hablar contigo un momento?

Ella dejó a Abby en el cochecito y le dio el conejito. Lorenzo ya se entretenía con la mamadera. Lily me siguió hasta la fuente.

Tomé sus manos y la miré intensamente.

—Lily, esta espera me está volviendo loco. Considera mi propuesta, bella mia — casi supliqué. — Si necesitas cualquier cosa, llámame. Y, si quieres, puedo pedirle a Elena que te ayude con la mudanza y...

—Ettore, lo pensaré. — Sonrió, y cazzo, era la sonrisa más pura y dulce del mundo.

Madonna mia, ¿cómo pude ser tan estúpido de culparla alguna vez por las acciones de su padre? Entendía que aún no confiara en mí; me había comportado como un animal y la había herido.

—Tengo un regalo para ti. — Saqué del bolsillo una cajita de terciopelo azul y se la entregué.

Ella la abrió y se tapó la boca, sorprendida. Era un par de pendientes de diamantes en forma de lirio, como su nombre. Si supiera que investigué obsesivamente el origen de ese nombre...

—Dios mío, son preciosos.

—¿Te gustan?

—Definitivamente, me encantan. Gracias.

—Quiero que vuelvas a usar otra cosa también, piccola. — Saqué del bolsillo nuestra alianza de matrimonio.

—La conservaste —susurró, maravillada.

Tomé su mano izquierda y deslicé el anillo en el lugar del que nunca debió salir.

—Siempre tuve la esperanza de que regresara a donde pertenece.

—Ettore, sabes que esto no significa que volvamos.

—Estaré fuera diez días. No necesitas darme una respuesta ahora. —Suspiré, agotado. Tal vez nunca me perdonara.

¿Por qué solo valoramos cuando perdemos? Lily siempre había sido una joya, un diamante en bruto que, al ser pulido, reveló lo más puro de su esencia. Cariñosa, ardiente en la cama, madre amorosa. Y yo lo había arruinado todo con mi resentimiento por haber sido obligado por su padre al matrimonio. Pero la verdad es que, con el tiempo, había terminado enamorándome. Ahora no me creería si le confesara que la amo con desesperación. Parecía que todos mis esfuerzos eran en vano.

—Lo sabré cuando vuelva a la villa y te encuentre allí — le dije, atrapado en su mirada confundida.

Le di un beso en los labios y me marché.



CAPÍTULO 30

ETTORE VACCHYANO

Nueve días después

Ella volvió. Es lo primero que noto cuando entro en la habitación. Su aroma delicioso impregna el aire: un rastro floral y fresco. Mi Lily. La puerta del balcón está abierta y tengo ante mí la mejor visión de todas. Está bellísima, con una cascada de cabellos plateados bajo la luz de la luna, vestida con un camisón largo y un batín blancos. Mi polla se endurece al instante, deseando poseerla. Pasé demasiado tiempo de abstinencia sin tenerla en mis brazos.

Camino hacia ella, hipnotizado, rendido ante la visión de esa diosa bañada por la luz plateada de la noche. Me desprendo del saco, el chaleco y la corbata y los dejo caer en una poltrona. Estos días trabajé como un condenado, en reuniones y conferencias, cerrando acuerdos multimillonarios. Pero todo lo que ocupaba mi mente era ella, y la necesidad urgente de reencontrarla con nuestros hijos en la villa.

Me apoyo en el umbral y la llamo.

—Lily.

Ella gira lentamente. Aunque mantiene cierta sumisión, percibo tristeza en su mirada, y me maldigo por ello.

—Pensé que llegarías mañana — susurra, temblorosa.

Me acerco y la envuelvo en mis brazos. Su cuerpo perfecto se ajusta al mío con precisión.

—Moría de saudade por ti, piccola, y por los bebés.

La beso suavemente, pero ella se aparta, impidiendo que profundice el contacto.

—He decidido darle una oportunidad a nuestro matrimonio. Por el bien de los bebés, claro. Todo sigue confuso. No sé cómo va a funcionar.

Sus palabras me dejan un peso enorme en el pecho. ¿Será que ya no me ama? ¿Será que ese profesor de mierda conquistó su corazón? Mis facciones se endurecen. No me importa. Si por los gemelos debo tenerla en mi cama, deseosa y rendida, que así sea. Y si eso me convierte en un cabrón egoísta, che cazzo, que se joda.

Acaricio su rostro angelical, queriendo eternizarlo en un cuadro. Veo incomprensión en sus ojos, y ella se aleja, tensa.

—¿Qué ocurre, piccola?

—Dijiste que en tu familia no existe el divorcio. Tengo la solución perfecta: los bebés aún son pequeños, no entienden nuestra relación. Fingiremos ser un matrimonio normal y, si quieres tener una amante, no me opondré.

Su propuesta me parece ridícula. Si supiera que no deseo a ninguna otra mujer... Que mi pequeño ángel es la única capaz de dejarme hambriento de deseo, siempre pensando en cómo tomarla una y otra vez.

—Obviamente, eso significaría que no te tendría en mi cama. —Reí, sin humor.

—No seas canalla, Ettore. Lo que te ofrezco es una forma de criar a nuestros hijos en un hogar estable. Tú tendrías tu libertad y yo fingiría ser una esposa feliz. Incluso podrías estar con la mujer que amas.

¿Qué diría si le confesara que ya tengo a la mujer que amo? Ella no me creería. Después de todo, la traté con brutalidad, destruyendo sus sueños.

—¿Y tus deseos de mujer? — la sujeté por la cintura, impidiendo que huyera.

Ella jadeó y sus iris se oscurecieron con la misma chispa que me atravesó. Maledizione. Nunca fue indiferente a mí. Lily aún me desea. Renovado por esa certeza, sonreí con confianza.

—Eres fuego, piccola.

—No importa, Ettore. No se trata de mis deseos, sino de lo que es mejor para los niños.

—¿Entonces no te pondrías celosa si llevo a otra mujer a mi cama? —la provoqué.

—Cla... claro que no — balbuceó, sin convicción.

—Cuánto altruismo, esposa. Créeme, yo no sería tan condescendiente si tú tuvieras un amante. Conocería el camino del infierno enseguida — gruñí, envenenado por el celo.

Ella se sobresaltó con mi brutalidad, aferrándose a mis bíceps. Su corazón latía acelerado.

—No tengo amante.

—No habrá otras mujeres. Solo te deseo a ti. Te pienso todo el tiempo, piccola. Este dolor que siento en el cuerpo solo se aliviará

cuando te tenga de nuevo. — La levanté en brazos y la llevé a la cama.

Ella gritó, sorprendida, y la deposité sobre el colchón. Empecé a desabotonar mi camisa. Mi polla palpitaba, dura y dolorida, rogando por entrar en ella. Quería desgarrar su camisón y hundirme en su calor en una sola embestida. Pero mi razón me frenó: debía reconquistarla, mostrarle que no era solo lujuria irracional. Tendría paciencia.

Terminé de desnudarme. No quise ocultar mi reacción; quería que viera el poder que tenía sobre mí. Ella me miraba con aprensión, tensa, aunque sus pupilas dilatadas y el roce de sus muslos delataban su deseo. Aun así, no la tomaría esa noche.

—Te invitaría a acompañarme en la ducha, pero por tu mirada de gacela asustada, creo que una paja o una mamada deliberada están fuera de discusión.

Ella se ruborizó, aunque sus ojos oscuros y su respiración agitada me confirmaban que la había estremecido. Me dirigí al baño antes de perder el control. Mis cojones pesaban de tanto deseo. Cazzo. Una ducha fría me devolvió la calma. Al volver, solo con una toalla, la vi en la cama fingiendo dormir. Era evidente que no lo estaba: su postura rígida, su respiración entrecortada la delataban. Me puse un pantalón de chándal y me metí en la cama, atrayéndola hacia mis brazos. Ella intentó resistirse, pero le susurré:

—No voy a tomarte, Lily. Solo quiero que duermas entre mis brazos. — Le di un beso suave, dulce, sin un ápice de lujuria, solo amor.

Con el tiempo, apoyó la cabeza en mi pecho. Velé su sueño, y por primera vez en mucho tiempo sentí paz.



A la mañana siguiente

Jugaba con los niños en su cuarto. La luz del sol llenaba de vida el ambiente, prometiendo un día perfecto para sacarlos a pasear. Lily había salido temprano con Elena. Me tomé el día libre para disfrutar de mis hijos, que ya cumplían un año. Los meses lejos de ellos me habían destrozado, pero ahora estábamos juntos, como debía ser.

Lorenzo ya daba sus primeros pasos; se entretenía con piezas de encaje, mientras Abby, al ver que su hermano le quitaba las piezas de su jirafa, hizo un puchero y rompió en llanto. La alcé enseguida.

—Está bien, bambina. No hay necesidad de pelear. Hay más juguetes.

Entonces fruncí la nariz. Un olor sospechoso me invadió. Revisé su pañal: mierda pura.

—¡Porca miseria! Esto es una emergencia, hija. Necesitamos refuerzos.

Ella dejó de llorar y me miró divertida, balbuceando:

— Papá... pa...

—Ven, bambina, busquemos ayuda. — Corrí por el pasillo con Abby riéndose y agitando las piernas, como si disfrutara de mi desesperación de padre novato.

Al llegar a la escalera, vi a Lily subir.

—Dio mio, aún bien que llegaste, piccola.

—¿Qué pasó?¿Por qué traes a Abby así?

—Es una pequeña emergencia.

—¿Emergencia?

—Sí. Pañal cagado.

—¡Dios mío, Ettore! ¿Todo este drama por un pañal cagado? —rió, tomó a Abby y la llevó al cambiador.

La observé fascinado mientras limpiaba y calmaba a nuestra hija. En minutos, la bañó, la vistió y la dejó fresca y sonriente. Abby volvió al corralito con Lorenzo.

—¿Por qué elegiste ese nombre para nuestra hija? —pregunté, curioso.

—Abby es diminutivo de Abigail. Mi madre se llamaba así.

La abracé por detrás, besando su hombro desnudo.

—Es un nombre hermoso, piccola. — Susurré contra su piel. — . He pensado que unas vacaciones en familia nos vendrían bien. Tengo una casa en Capri. Los gemelos amarán el mar.

Ella meditó un instante y luego respondió:

—Claro. Nunca han visto el mar.

—Lily, esta puede ser nuestra segunda luna de miel. Solo tienes que aceptarme.

—¿Qué quieres decir?

—Que esperaré tu tiempo. Haré el amor contigo solo cuando estés lista, la mia vita.

—Ettore...

—Esta vez quiero hacerlo bien. Quiero ser el hombre que mereces.

Ella me miró con determinación, pero vi una chispa encenderse en sus ojos. Y sonreí.





CAPÍTULO 31

LILY VACCHYANO

El olor de la brisa marina penetra mis fosas nasales y me hace sentir relajada y en paz. Hace más de una semana que estamos en Capri. Esta isla, de verdad, tiene sus encantos y es fabulosa.

Ettore ha mantenido su palabra. Realmente no me ha tocado, aunque estamos compartiendo la misma habitación, como una pareja. Muchas veces absorbo el deseo voraz que consume sus ojos, pero al final no cedo a las ganas de mi cuerpo. Ya basta con el destrozo que he hecho en nuestras vidas. Mira a dónde me llevó mi amor platónico: a un matrimonio forzado con el hombre que amo. ¿Será que siempre me sentiré culpable? Porque, obviamente, él solo está conmigo por los gemelos. Pero claro que el canalla me roba varios besos durante el día. Eso me descoloca, no lo voy a negar.

Mi marido ya bajó a la playa con los niños y Martina, y ahora voy a reunirme con ellos. La isla, de verdad, es mágica. Ettore me llevó en barco a la Gruta Azul, que es una atracción local. El lugar está dentro de una cueva y ese azul tan intenso invita a zambullirse; parece místico. Al mismo tiempo, sus aguas se sienten misteriosas y enigmáticas. Ettore realmente se está comportando como un marido enamorado. También paseamos de la mano por las callecitas estrechas de Capri, donde están las boutiques de lujo, vibrantes y refinadas.

Lo que más me impresiona es su compañía. Antes nunca tenía tiempo ni ganas para cosas tan sencillas, y ahora es como si de verdad lo apreciara. Estoy feliz, en cierto modo, incluso al ver la dedicación que tiene con los bebés, esforzándose por estar con ellos.

Dejo esos devaneos y cojo un bikini azul turquesa. Dudé entre ponérmelo o un bañador blanco, pero por la transparencia del tejido blanco terminé decidiéndome por el bikini. También agarro un pareo azul estampado que queda como un vestidito, y un sombrero para protegerme del sol. Luego bajo a la playa. La bajada es algo empinada y, pese a los escalones, hay que tener cuidado.

Pronto oigo el suave golpeteo de las olas contra las rocas. Más adelante veo a Ettore y a los pequeños jugando en la arena. Se nota cuánto se divierten por los ruiditos de alegría de los gemelos. Abby está llenando un cubo con arena con ayuda de una palita, y está preciosa con su bikini rosa. Lorenzo intenta coger una pelota en la orilla y, con las manitas regordetas, se la lanza al padre. Ettore lo anima, o al menos lo intenta, pero enseguida pierde el equilibrio y se da un traspié sentado en la arena. Su risa contagiosa llena mi corazón de alegría.

Me siento en una tumbona cerca de Martina, que también observa la escena emocionada. No quiero entrometerme ni estropear el momento de los gemelos con su padre, pero deseo inmortalizar ese recuerdo. Al instante tengo el móvil en la mano y empiezo a hacer un montón de fotos. Ettore, como siempre, está muy fotogénico. Lo compruebo al pasar las imágenes. Luego desvío la vista hacia él y me quedo un rato así. El hombre es un verdadero dios del Olimpo. Lleva solo unos shorts oscuros, y el pecho fuerte y cincelado, sin una sola grasa a la vista. Es mucha crueldad de la Madre Naturaleza; es un remedio para los ojos. No es que deba quejarme. Y aunque no me gusta hacer ejercicio intenso —prefiero cosas suaves como caminar o yoga— también tengo buena genética, aunque después de los gemelos algunas michelines fueron inevitables.

—El señor Vacchyano tiene buena vocación para ser padre. Hizo una buena elección, niña — comenta Martina mientras bebe su agua de coco.

Sonrío. Está claro que Ettore es un padre estupendo y consiente todos los caprichos de los pequeños, como si sintiera culpa por no haber estado con ellos sus primeros meses de vida.

—Sí. Haría cualquier cosa por los gemelos.

—Y por ti, querida. El señor Vacchyano te ama — susurra Martina.

Pienso que el sol y el calor me están afectando. De ninguna manera Ettore me ama. Si no fuera por el chantaje de papá, nunca se hubiera fijado en mí. Lo medito con tristeza, pero no digo nada a Martina.

Veo que Ettore ahora nota mi presencia y sonríe descaradamente. Parece adivinar mis pensamientos, o mejor dicho, que lo estaba mirando fijamente hace unos segundos. Me ruborizo. Lo odio, pero parece inevitable.

Me sirvo una agua de coco y tónica sin alcohol con unas rodajas de naranja. Ettore sigue jugando un rato con los gemelos, y luego viene con ellos hacia donde estamos.

—El agua está deliciosa. ¿No la vas a aprovechar, piccola? — pone a Lorenzo y a Abby sobre una manta extendida en la arena.

—Creo que mejor no. Ya sabemos que mi historial con el agua no es el mejor.

Miro hacia arriba y contemplo cómo el sol realza su belleza masculina: la barba cerrada, la sonrisa descarada en su rostro irresistiblemente bello y esos ojos oscuros y enigmáticos que dificultan cualquier desconexión. Recuerdo cómo sucedieron las

cosas aquel día: el empujón y Ettore siendo mi héroe. Su acto altruista lo unió a mi vida de forma irrevocable.

—No te dejaría ahogarte, amore mio — guiña un ojo indecente. — Luego se dirige al mar y se zambulle.

Su cuerpo de músculos poderosos es bañado por el agua salada y yo me quedo babeando, con ganas de unirme a él, pero al mismo tiempo tengo miedo. Martina, con rapidez, coge a Abby y a Lorenzo para llevarlos de vuelta a la mansión, poniendo la excusa de que ya es hora de su papilla y de que necesitan dormir la siesta. Me mortifico cuando comprendo que probablemente ha notado el clima que se iba calentando entre Ettore y yo. De hecho, la mirada de mi marido sobre mí es tan intensa que grita a los cuatro vientos que desea devorarme aquí mismo.

El viento me golpea el rostro y disipo el pensamiento. Él sale del mar y veo caer una gota de agua por sus músculos firmes y suaves. Dios... Las yemas de mis dedos hormiguean con la ansia de palpar esa pared rígida. Su sonrisa seductora y sus iris penetrantes me queman como si adivinara mi pensamiento. Ettore agarra una toalla, empieza a secarse y se sienta en una tumbona cercana. Me pongo tensa.

—Creo que necesitas protector, piccola, te estás poniendo roja —me provoca, tomando una agua de coco.

Tomo coraje por lo que mi cuerpo y mi mente ya decidieron inconscientemente, mientras yo intentaba engañarme. La verdad es que cada poro de mi ser reacciona a este hombre y lo respira. Así que, con determinación, le digo:

—No hace falta esperar más... — me detengo de golpe, temiendo un rechazo, respiro hondo y prosigo. — Estoy lista para darle una segunda oportunidad a nuestro matrimonio. Es decir... no te echaré de mi cama si quieres... tocarme.

Apenas tengo tiempo de formular un pensamiento coherente porque después de eso Ettore me atrapa y empieza a dar vueltas conmigo en sus brazos. Solo puedo reír, enamorada de esa actitud inesperada.

—Déjame tocarte, Lily, y saborearte profundo. Necesito degustarte hasta saciar el hambre que corre por mis venas.

—Tócame, Ettore. Echo tanto de menos las noches calientes acurrucada entre tus brazos.

—Gracias, amore mio. Prometo que valdrá cada segundo. Dio mio... tanto tiempo sin tocarte... casi enloquezco. Me volviste dependiente, piccola — usa su lenguaje ardiente y, por el fuego en sus iris color miel, sé que no bromea.

La rigidez inconfundible de su deseo acumulado es innegable. Puedo sentirla rozar mi vientre cuando me coloca en el suelo. Es la prueba viva de cuánto me desea. Mi cuerpo también anhela por él, como si pequeñas corrientes atravesaran mi piel. Siento escalofríos, calor y ardor, y sé que no se debe al sol de Capri. Donde Ettore me toca, me incita, me enciende y me da vida. Él me besa y yo le devuelvo todo el ardor y el amor. Su lengua sedienta busca la mía con hambre y una dulce devoción. Estoy completamente entregada.

—Te amo, piccola. Estoy loco por ti — murmura entre besos, aunque sé que solo lo dice impulsado por la pasión del momento. — Los inicios me envidiarían por tener algo tan bello y solo mío.

Me lleva hacia la otra parte de la isla, donde está más aislado y hay sombras de palmeras. Ya sé cuál es su intención y sonrío. Quiere hacer el amor en la playa.

—Ettore... — susurro cuando extiende la manta suave sobre la arena dorada. Veo algunos condones en su mano. — Dios mío, ¿viniste prevenido?

Sonríe y me abraza de nuevo, robándome el aliento con sus besos apasionados.

—Tengo un stock de condones en cada cuarto de la casa. Sabemos lo ardientes y compatibles que somos. Por más que yo desee verte embarazada, los gemelos aún son muy pequeños.

Me conmueve su cuidado.

—¿Quieres tener más hijos?

—Si quieres, piccola, quiero tener muchos bebés contigo. Quiero verlos crecer en tu vientre. Dio mio, sueño con eso — susurra con posesividad.

Mi marido me deja embelesada con sus toques ardientes y besos llenos de promesas de placer que erizan mi piel. Sus caricias atrevidas me hacen olvidar por un momento dónde estamos. Sus labios me toman con una persuasión viril y provocadora que me hace rendirme, dominada por el deseo violento que se apodera de mi cuerpo. Chupa mis pechos con una maestría impresionante, volviéndome aún más loca y húmeda de excitación. Su mano masculina se infiltra entre mis muslos, haciendo una magia deliciosa en mi clítoris, y luego su boca sabrosa lo sustituye, casi haciéndome perder el suelo.

Solo puedo gemir y acariciar su abundante cabello castaño entre mis muslos. Estoy completamente abierta y expuesta, derretida por su seducción deliciosa en mi centro íntimo. Un remolino gigantesco se forma, en olas ardientes y delirantes en mi útero, pidiendo liberación. En pocos instantes me arrastra un orgasmo arrollador. En ese momento soy una esclava dócil de mis deseos.

La sonrisa de Ettore es dulce cuando se lame los labios, embadurnándose con los últimos restos de mi placer.

—¡Cazzo! Qué delicia, ángel. Tienes un sabor tan bueno —murmura, ronco, y me besa los labios, haciéndome sentir el sabor de mi propio goce en su boca.

Se aparta despacio de mí, pero su mirada lasciva no me abandona ni un minuto. Luego lo veo desnudarse, revelando su miembro grueso y rígido que me mira con una gula flagrante y excitante. Ahora desenrolla un condón sobre su polla estirada y dura, y después me coloca de cuatro sobre la manta. Dominando mi cuerpo, penetra en mí con una profundidad delirante. Ambos gemimos al unísono por el placer colosal. Sus movimientos son lentos y sabrosos, mientras me sujeta posesivamente por las caderas, buscando con ternura ese punto ardiente y creciente de placer.

Cuando la necesidad de satisfacción se hace categóricamente apremiante, Ettore intensifica las acometidas deliciosas. Su miembro grueso me llena, tan potente y profundo, que me deja sin aliento. Este hombre ya me marcó por completo, de una manera que no tendrá retorno, en mente, cuerpo y corazón.

En un solo movimiento implacable, él explota dentro de mí, haciéndome alcanzar las estrellas y ver un cielo oscuro y luminoso, incluso bajo el sol de Capri. Es algo delirante y fascinante.

Después de un rato solo se oyen nuestras respiraciones descompasadas y las olas refrescantes del mar. La brisa fría del agua nos revitaliza de algún modo. Solo quiero quedarme así, abrazada a sus brazos, sintiéndome protegida y amada.

Ettore deja un beso en mi frente. Sus ojos oscuros y picantes me observan, analizando mi cuerpo sin pudor, como si quisiera comérmelo otra vez. Todavía me estoy recuperando de la tormenta de pasión cuando me abraza tiernamente, me alza en sus brazos y me lleva al mar. Nuestros cuerpos desnudos están sudados y ardientes por la entrega intensa, y el agua los refresca.

—Eres deliciosa y tan ardientemente perfecta que muchas veces me haces perder el control.

—Te amo, Ettore. Por favor, no me rompas el corazón.

—Nunca, piccola. Estás tan arraigada en mi sistema y en mis pensamientos que tengo la absoluta certeza de que una eternidad es poca para adorarte, amarte y hacerte feliz. — Me toma los labios con pasión después de susurrar esas palabras como si fueran una promesa.



CAPÍTULO 32

LILY VACCHYANO

El restaurante es refinado y está repleto. Me doy cuenta de eso mientras Ettore me guía por el espacio moderno, ubicado en Florencia. Pronto veo a Elena. Ella ya llegó y está sentada, con su novio, en la mesa. Esta fue una invitación de última hora. El novio de Elena es un fotógrafo famoso, estadounidense, de la Vogue, y como viajará mañana para una sesión en Sudáfrica, ella nos invitó aquí para que Ettore lo conociera. Para ella, la aprobación de su hermano es muy importante. Es lo que percibo.

Yo ya conocía al fotógrafo de una tarde que pasé con los gemelos en la boutique lujosa de Elena. Su negocio ha crecido mucho en el último año.

Al llegar a la mesa y saludarlos, noto que el joven rubio y guapo está un poco tenso. Elena coloca su mano sobre la de él, encima de la mesa, y ambos intercambian sonrisas cómplices. Forman una pareja preciosa.

—Perdónennos por la demora. Antes tuvimos que acostar a los gemelos — justifica Ettore.

Observo las miradas apasionadas entre Elena y el atractivo fotógrafo.

—No se preocupe, señor Vacchyano. Elena me estaba explicando que, seguramente, fueron los gemelos los que los retrasaron. Ya vi a los pequeños con su esposa en la tienda de Elena. Son, de verdad, unos niños encantadores — dice el muchacho, simpático, y se presenta. — Me llamo William Birds.

—Mucho gusto, señor Birds. Pero, si va a entrar en la familia, creo que lo mejor es que me llames simplemente Ettore.

—Lo mismo digo, señ... Quiero decir, Ettore.

—Perfecto, William. Entonces... He escuchado mucho sobre ti en los últimos días. Cuéntame un poco de tu trabajo. ¿Siempre quisiste ser fotógrafo?

—Sí, desde niño. Fui criado solo por mi abuelo, que ya falleció, pero él nunca se deshizo de mi sueño; al contrario, solo me impulsó. En mi cumpleaños número diez, me regaló una Canon, y hasta hoy la conservo.

Mientras Ettore conversa con William, aprovecho para charlar con Elena. Puedo notar lo feliz que está. En realidad, parece un hada, irradiando alegría, y eso me emociona. Estoy muy contenta por ella.

—Quiero que seas mi madrina — me susurra, enamorada de verdad.

—Ay, Elena, que sepas que lo haré encantada.

Ella analiza mi vestido negro de terciopelo con una raja enorme que llega hasta la mitad del muslo. Solo espero no haber errado en la elección. Ella, en cambio, lleva un conjunto divino de falda y blusa en blanco y rosa, que resalta el verde de sus ojos.

—Estás muy elegante, Lily.

—Gracias. Aprendí con la mejor consultora de moda de Florencia —sonrío—. Tú también estás maravillosa, Elena.

Pronto llega el plato de entrada: un delicioso crostini di fegatini, una especie de pan con paté. Se sirve el vino, y claro, el mejor de toda la Toscana: el Vacchy. Degustamos la comida y conversamos como viejos amigos. Después sirven más platos.

En un momento, veo en una mesa cercana a una pareja que me llama la atención. Me doy cuenta de que es Arabella. El estómago se me contrae y un nudo sube a mi garganta. Elena es la primera en notar mi incomodidad y mira alrededor, ansiosa, buscando la razón de mi nerviosismo. O Ettore es un gran actor y finge no haber notado la presencia de su exnovia, o la charla con el futuro cuñado realmente absorbe toda su atención.

—Lily, de vez en cuando, será inevitable que se encuentren.

—Sí, lo sé.

Pero siempre existirá la terrible duda: al haber sido comprado, ¿Ettore, en algún momento, mirará a Arabella con resentimiento por lo que le arrebataron? La inseguridad me sofoca, pero no puedo permitir que los fantasmas del pasado resurjan.

Pido permiso y voy al baño, que, por suerte, está vacío. Necesito aire, pero no pienso salir del restaurante como una niña asustada. La antigua Lily habría reaccionado así, no la nueva Lily. Entro en una cabina y hago pis. Cuando salgo, veo al fantasma de la hermosa morena a través del espejo. Me quedo petrificada con la visión del reflejo. Es como si la hubiera invocado desde mis pesadillas.

Su postura es sensual y atrevida, y desliza un labial rojo sobre sus labios carnosos, hechos con algún tipo de relleno. El efecto resulta exagerado.

Demostrando un valor que estoy lejos de sentir, me acerco al lavabo.

—Un anillo precioso, ¿no crees? — me dice, y noto dos anillos de compromiso en su mano. Ambos son hermosos, pero uno destaca por sus destellos incrustados de pequeñas piedras preciosas.

—Sí, es muy bonito. Felicidades por tu compromiso. Me alegro mucho por ti — respondo cordialmente.

De algún modo, me siento inferior a Arabella, pues sé que tiene el corazón del hombre que amo.

Olvida eso, Lily — me digo a mí misma. — . Decidiste darle una nueva oportunidad a tu matrimonio y tienes un marido que te desea. Aunque no te ame, el sexo es fenomenal, y muchos matrimonios sobreviven con mucho menos.

—Gracias. Pero en realidad, quien me dio este anillo no fue mi prometido. Fue un regalo especial del único amor verdadero que tuve — confiesa, segura de sí.

¿Qué revela esto? Nada nuevo. Ettore y Arabella fueron novios un tiempo, y es obvio que él le dio muchos regalos. Él es muy generoso.

—Si intentas insinuar que fue mi marido quien te lo dio, no veo el problema. Fueron novios.

Ella sonríe con cinismo.

—No fue un simple regalo. — Sus ojos oscuros y astutos se clavan en mí. — Ettore me dio este anillo el día de tu boda, el día en que me juró amor y me dijo que solo se casaba contigo por negocios — pronuncia con despecho.

Aunque la revelación me hiere, intento mantenerme firme. Recuerdo cuando los sorprendí en el jardín del hotel, un lugar

apartado donde, probablemente, reafirmaron su amor. No dudo de que Ettore realmente le entregó ese anillo, pero ¿qué significa? ¿Un amor eterno, incluso si el destino los unió a otras personas?

Odio sentirme insegura frente a esta mujer fría, pero ¿cómo sus palabras no iban a herirme, si sé que son verdad y sé cómo sucedió todo?

Aun así, reúno fuerzas y, con insolencia, le pregunto:

—¿Estás acusando a mi marido de haberse casado conmigo solo por interés? — la desafío, mirándola con osadía.

Ella vacila unos segundos.

—¿Y qué más podría ser? Después de que tu padre murió, él asumió los negocios Bellini. Una fusión ventajosa, ¿no? Se casó con una patita fea que no entiende nada de moda. Por cierto, ese vestido salió de temporada hace tres meses. Deberías estar más atenta a las tendencias —me dice con desprecio.

—Es cierto, Arabella, pero la demanda de cuidar a dos niños pequeños y a un marido insaciable me hace pasar por alto detalles tan superficiales.

Sus ojos arden de rabia, frustrada porque no logró humillarme. Le tiendo un pañuelo de papel.

—¿Qué es esto?

—Se te está escurriendo la baba de tu veneno. Ahora, si me disculpas, mi marido y nuestros acompañantes me esperan. —Salgo del baño, controlando mis emociones hasta llegar a la mesa.

Me siento, tensa e inquieta. Todos conversan. Algún tiempo después, Arabella vuelve y se sienta en su mesa. En ese momento, Ettore detecta su presencia, pero su semblante es impenetrable y su

mirada hacia la pareja dura apenas unos segundos. No consigo leer nada en su rostro.

En cierto instante, Ettore intenta tomar mi mano bajo la mesa, pero la aparto de golpe. No quiero que note mi reacción. Todavía tiemblo y estoy helada por el enfrentamiento con Arabella. Le ofrezco apenas una sonrisa seca.

—¿Qué pasa, amor? Pareces tensa desde que volviste del baño. ¿Alguien te molestó? —me pregunta, como si leyera mis pensamientos.

—No es nada, solo un dolor de cabeza. Nada con lo que no pueda lidiar — respondo, intentando ocultar la acidez en mi voz.

—Vamos a casa. Pareces cansada, amore mio — determina, como un marido preocupado.

Después de pagar la cuenta, nos despedimos de Elena y William, que siguen otro camino. En cuanto Mattia llega con el coche, subimos. Me aíslo en un rincón, y el silencio se vuelve cortante. Todavía siento un torbellino de emociones.

—Lily, no esperaba que Arabella estuviera en el restaurante. Ese tipo de inconvenientes no se pueden prever —dice tras un rato de silencio, mientras el coche avanza por las calles majestuosas de Florencia.

—¿Le entregaste un anillo de compromiso el día de nuestra boda? —pregunto, ya conociendo la respuesta.

Oigo su respiración pesada antes de confesar:

—Sí —su susurro es casi inaudible.

No pensé que me dolería tanto su afirmación. Mi rostro ya está empapado de lágrimas, aunque intento contenerlas.

—Dios mío, debieron reírse mucho de mi estupidez. Los sorprendí juntos ese día y nunca imaginé que era una escena de amor eterno. Ya puedo imaginarlo: "Lo siento, amor, por dejarte así, pero debo casarme con ella, la manipuladora de mi vecina, o mi hermano irá a la cárcel. Pero tú eres la única dueña de mi corazón. Y como prueba de mi amor eterno, quédate con este anillo. Siempre que lo mires, sabrás que me tienes por completo" —escupo, amarga.

—¡Cazzo! ¿Qué tonterías dices? Puede que no haya sido racional aquel día, Lily, y reconozco que estaba resentido con Bellini por la chantaje, pero no hubo juras de amor. ¡Per l'amor di Dio! Si supieras los devaneos eróticos que tenía aquella noche con mi hermosa esposa, estarías sonrojada.

—¿Lo juras? ¡Vaya! No lo habría notado si Arabella no me hubiera dicho lo contrario — respondo sarcástica.

—Por favor, Lily, no arruines todo ahora. Arabella forma parte del pasado. Puede haberte usado para desestabilizarnos. Piccola, sabes perfectamente que no deseo a ninguna otra mujer. Estoy enfermo, obsesionado, solo contigo.

—Entonces,¿por qué diablos le diste un anillo a tu ex el día de nuestra boda?

—¿Por estupidez? Esa era la única cosa que me unía a ella. Compré ese anillo para Arabella porque pensaba pedirle matrimonio, pero nunca surgió la oportunidad. El destino conspiró a mi favor, porque sabía que no sería feliz con ella. Mírame, Lily... — me toma del mentón con delicadeza, obligándome a enfrentarlo.

Sus ojos ardientes me devoran. Ettore seca mis lágrimas con ternura, y en ese instante quiero empujarlo. Aún estoy herida y celosa.

—Le di ese anillo a Arabella como forma de cerrar un ciclo. Eso es lo único que representa. Nunca hubo sentimientos, y ahora

me arrepiento de no haberlo arrojado al mar. Habría sido más práctico y no estaría causándonos problemas.

—Creo que el único problema en tu vida soy yo, Ettore. Tal vez, si no hubiera quedado embarazada, no te sentirías presionado a seguir conmigo.

—¡Dio mio! No hiciste esos bambini sola, y no estoy contigo por ellos. Deberías haberlo entendido ya. ¿Sabes ese sentimiento loco que hace a un hombre cometer locuras? Solo lo sentí por una mujer: tú, piccola — me dice, alzándome sobre sus poderosos muslos.

Quiero golpearlo, pero él me retiene.

—Suéltame, Ettore — ordeno.

—No, Lily. Ahora me vas a escuchar. Aunque no lo creas... te amo con toda el alma — revela, y mi corazón se acelera. ¿Sería un error creerle?

—No debería ser así, pero lo es desde... desde que entraste en aquella catedral, tan hermosa. Eras la novia más perfecta del mundo. La primera vez que hicimos el amor, intenté evitar tus besos porque sabía que tu sabor me volvería adicto, enfermo. Grabé el aroma de tu piel... — me susurra, rozando con la nariz la curva sensible de mi cuello, desatando un torbellino en mí. — Y créeme, cara mia, es único. Si eso no es amor, ¿qué es entonces? ¿Obsesión? ¿Deseo? Llámalo como quieras. Yo solo sé que quiero despertar todos los días contigo a mi lado.

—No me iré con los bebés, Ettore, así que no quiero que mientas solo por lo que pasó. No voy a fingir, fue desagradable enfrentar a tu ex, pero entiendo que, en la situación de nuestro matrimonio, estabas muy resentido.

—¡Cazzo! No estoy mintiendo, Lily. Mira. Mira profundamente en mis ojos. No estoy fingiendo ser un hombre enamorado, soy un

hombre enamorado. — Agarra mi mano y la lleva a sus labios.

Dios... Aunque estoy confundida y angustiada por tantas emociones, su mirada color whisky me tranquiliza como nunca antes. Está claro que está lleno de amor. Pero ¿seré capaz de entregarme sin reservas, como al principio, cuando solo veía a un hombre apasionado? Quizás tengo demasiado miedo de volver a creer y ser herida. Pero ya no puedo resistir. También lo amo.

—Sé que tienes miedo, mi niña, pero te amo demasiado para rendirme. Solo necesito que te quedes conmigo. — Me abraza con ternura.

Siento la vibración acelerada de su corazón, y me aprieta fuerte, como temiendo que me escape.

—¿Me amas de verdad?

—Estoy completamente obsesionado contigo, Lily. Para que veas lo inmenso de este amor, pongámoslo así: si me chantajearan para casarme con otra y tuviera que rechazarte, resistiría y buscaría cualquier alternativa. Lucharía sin descanso por encontrar al verdadero culpable de lo de mi hermano, pero jamás renunciaría a la mujer que amo.

—¿Me dices que nunca amaste a Arabella?

—Te estoy diciendo cuánto te amo a ti, mi dulce Lily.

Siento que el corazón me estalla de felicidad.

—Te amo, te amo — declaro, cubriendo su rostro de besos. El episodio con Arabella se vuelve insignificante ante la fuerza de nuestra revelación. — Pensé que era un sueño imposible. Me sentía la chica más tonta por creer, aunque fuera un instante, que un hombre como tú se fijaría en mí.

—Cualquier hombre caería rendido por ti, bella mia. Pero, aun admitiéndolo, confieso que soy un celoso enfermo.

—¿Celoso?

—Sí. Casi muero de celos cuando recibí el informe de tu paradero con fotos tuyas y del profesor Daviem.

—Pero Liam es solo un amigo, y yo te amo a ti.

—Lo sé, bella mia, pero eso no quita que otros hombres te deseen. Y no quiero que dudes de que te amo. Cada parte de mi cuerpo late por ti. Mi corazón vibra cuando escucho tu voz y mis ojos brillan cuando veo tu sonrisa. Eres la mujer más pura y hermosa que he visto. No quiero que dudes de mis sentimientos. Promételo, piccola.

—Lo prometo, Ettore. Te amo muchísimo — digo como si fuera un juramento.

Siento sus labios firmes sobre los míos, hambrientos, disfrutándolos como si fuera el sello de nuestra promesa de amor. Me derrito. Mi cuerpo ya se rinde a la pasión ardorosa en los ojos de mi marido, mi amante eterno.



CAPÍTULO 33

LILY VACCHYANO

Un año después

Salgo del baño envuelta en un mullido albornoz blanco. Mis piernas aún están inestables y ligeramente temblorosas por los últimos momentos de pasión compartidos con mi marido bajo la ducha. Ettore había salido unos minutos antes, mientras yo terminaba de secar mi melena rubia con el secador.

Cuando entro en la habitación, lo veo: majestuoso, arrebatador, saliendo del vestidor con un blazer color plomo que abraza su cuerpo poderoso. Observo su barba perfectamente recortada y sus labios firmes, adornados con una sonrisa obscena y descarada. Todavía siento su posesión cruda y las marcas de su barba ardiendo entre mis muslos enrojecidos.

Ettore, como si adivinara mis pensamientos profanos, se acerca y deposita un beso rápido en mis labios, hinchados por la pasión reciente.

—Eres tan hermosa, Lily. Me encanta cuando estás así, con las mejillas encendidas, pensando en travesuras con tu marido — comenta, convencido.

—No estoy pensando en nada — miento, y sé que mi rostro debe estar mucho más rojo todavía.

—Qué linda mentirosa, piccola. La punta de tu nariz te delata, se pone tan roja como tus mejillas. Además, hay otra cosita deliciosa que se pone igual cuando te poseo.

—Qué marido más pervertido y desvergonzado. Y yo que pensaba que los italianos eran amantes fríos — lo provoco, recordando su frialdad al inicio de nuestro matrimonio.

Sus ojos cálidos, color whisky, me miran divertidos.

—¿Frío? Creo que juntos podríamos derretir un glaciar. Eres una mujer apasionada, y cada día te amo más — me desarma, besando sensualmente mi cuello. Todo mi cuerpo se estremece bajo ese camino pecaminoso de seducción.

Gimo con el hormigueo abrasador que sus labios provocan en mi piel, una descarga lasciva que se esparce por cada terminación nerviosa.

—¡Cazzo! Si los gemelos no fueran tan pequeños, te llevaría a todas mis giras. Me enciendes, amore mio. Ni parece que acabamos de hacer el amor.

—Eso me gusta mucho — susurro, enlazándolo por el cuello, y una parte de mi albornoz se abre, mostrando un pedazo provocador de mi escote. Escucho su gruñido viril. — Quiero que recuerdes, a cada instante, lo que te espera en casa.

—¡Santo cielo! ¿Cómo voy a dirigir una reunión con esta escena en la cabeza? —ata el cinturón del albornoz como si así pudiera refrenar sus pensamientos perversos. — Me estás provocando a propósito, piccola, porque sabes que si no salgo en diez minutos, me meteré en líos, perderé el vuelo y tendré que posponer la reunión. Lo que, de paso, retrasaría mi regreso a casa.

—¿Y por qué haría yo eso, marido, si no puedo dejar de pensar en esa cabalgata descarada que sé que te encanta?

—¿Ya te dije hoy lo feliz que soy por estar casado contigo, amore mio? No sé cómo voy a soportar tanto tiempo lejos de ti. Espero que conserves esos pensamientos ardientes para cuando vuelva.

—Yo también te voy a extrañar, marido — le rodeo el cuello con pasión.

El último año ha sido increíble. Ettore siempre ha estado presente, y cuando necesita ausentarse de la villa por horas o días, hace lo imposible por volver lo antes posible.

—Cuando regrese, prometo que haremos un viaje en familia. A los gemelos les encanta el mar.

Los niños ya tienen dos años y corren por toda la casa con una energía inagotable. Contratamos a una niñera para ayudarnos. Abby es tranquila, pero Lorenzo es un terremoto que no deja nada en su sitio.

—Estoy segura de que les va a encantar.

Nos despedimos y paso el resto de la mañana jugando con nuestros hijos. Por la tarde, visito a los niños de la institución y les cuento un cuento. Un grupo de voluntarias organiza una cena benéfica para recaudar fondos y me ofrezco a colaborar.



Ettore mandó una docena de lirios rosados a la mansión, y ese gesto romántico me hace feliz. Por la noche, me llama, frustrado por no haber podido regresar. Hablamos de la rutina y de los bebés, hasta que, de repente, con voz ronca y caliente, me pregunta:

—¿Qué llevas puesto, Lily?

Mi respiración se agita.

—¿Quieres una descripción completa? — muerdo mi labio inferior.

Estoy en la terraza de la villa, y el frío de la noche me abraza con una nostalgia torturante, como si entendiera mi necesidad de encontrarme con mi amante. La penumbra engulle los campos de olivos, y la luna me baña con un toque de lujuria.

—¿Y si digo que llevo un pijama viejo con florecitas, se desmorona tu fantasía?

Escucho su carcajada al otro lado.

—Nada de lo que lleves podría dejarme menos excitado, piccola. Podrías estar envuelta en un saco de estopa, y aún serías la mujer más hermosa del mundo.

—No son esos los recuerdos que tengo de cuando me vestía como una solterona.

—Te subestimas, Lily. ¿Quién dijo que no reparaba en la mejor amiga de mi hermana? Aunque nos viéramos poco en la villa o en el palazzo, alguna vez te noté tan triste que lo único que deseaba era espantar esa nube de angustia en tu mirada.

Me emociono. Nunca pensé que él me hubiera notado en aquellas pocas ocasiones. En realidad, yo estaba tan nerviosa en su presencia, que lo único que quería era huir.

Terminamos la llamada después de un rato. Esa noche duermo tan profundamente que es como si me acunaran sus brazos.



A la mañana siguiente me levanto temprano, hago mi caminata y luego paso tiempo con los gemelos. Más tarde voy a la ONG para colaborar en los preparativos de la cena benéfica.

Leonardo y Belamina son el matrimonio detrás del proyecto que apoya a niños con cáncer y a sus familias.

—Lily, conseguimos un lugar para la cena. Será en el Hotel Bellissimo Firenze. El espacio es enorme y perfecto para recibir a muchos invitados. Leonardo descubrió que el nuevo dueño es un viejo amigo suyo, y se entusiasmó tanto que quiso cedernos el lugar. Será un evento noble y también servirá de promoción para su hotel. Y debo reconocer que la vista es de las más espectaculares de Florencia. El Ponte Vecchio es tan romántico... —suspira.

—Me alegra mucho, Belamina. Ahora hay que enviar las invitaciones. Estoy segura de que será un éxito y que recaudaremos mucho para la institución.

—Dios te oiga, Lily.

Conversamos un poco más y luego me despido. Voy a encontrarme con Elena en un restaurante. Mi amiga irradia felicidad.

—Lily, aquel fin de semana en París fue mágico —suspira, mirando el enorme anillo de brillantes en su dedo—. Una propuesta en la Torre Eiffel.

—Estoy muy feliz por ti, Elena.

Nos despedimos y regreso a la villa. La tarde transcurre tranquila. Llevo a los gemelos al parque, pero volvemos pronto. Ettore no llamó, así que imagino que sigue en reuniones y que no regresará esa noche.

Al anochecer, después de la cena, acuesto a los niños y me doy una ducha. Me pongo crema hidratante, vuelvo al cuarto con el

albornoz y trato de llamarlo, pero la llamada cae al buzón. Cansada, escojo una camisola rosada y me acuesto.



Despierto horas después. La habitación está en penumbra y siento sus brazos fuertes envolviéndome, atrayéndome a su cuerpo viril. Esa vibración poderosa me enciende. Ettore me toma contra su cuerpo desnudo y me seduce lentamente. Sus labios firmes reclaman los míos en un beso arrebatador. Sus manos levantan mi camisón hasta la cintura, y su piel ardiente me toca con urgencia.

—Dio mio, piccola, te deseo con locura —susurra, apasionado, mientras me desnuda. Luego empala mis pechos en su boca con una posesión viril.

Las vibraciones intensas se expanden por mi piel. Ya me siento ansiosa por su dominio.

—Ettore... —susurro, embriagada.

—Eres tan deliciosa, ángel —murmura con voz ronca de lujuria.

Pronto me posee, penetrándome poco a poco. Hacemos el amor lentamente, pero nuestros cuerpos suplican más. No tardo en rogarle que me tome con intensidad.

Soy arrasada por un orgasmo espectacular, seguido por el estremecimiento de Ettore, inundándome con su esencia antes de desplomarse sobre el colchón.

—Te amo — susurro, casi dormida, sintiéndome muy amada.

—Te adoro, piccola. Ahora duerme. En la madrugada voy a cobrar esa cabalgata descarada que me prometiste — me dice al oído, alineándome contra su cuerpo poderoso.

Me duermo feliz en sus brazos.



CAPÍTULO 34

LILY VACCHYANO

Me miro en el espejo por enésima vez. Debí haber comprado el sujetador una talla más pequeña, es la única explicación. Palpo mis pechos y noto que parecen más grandes, o tal vez hinchados. La sensibilidad es más evidente de lo normal.

Desisto de la lencería sexy, me pongo un top cómodo y luego una blusa suelta con un pantalón. Ettore salió a cabalgar con los gemelos. Mis pequeños aman a los animales. Me despertó con besos en el rostro y me llamó para unirme a ellos, pero me sentía tan exhausta, como si un remolino hubiera drenado mis energías, aun habiendo dormido toda la noche en sus brazos. Así que preferí quedarme un poco más en la cama.

Bajo y tomo mi desayuno. Algo ligero. Algunos alimentos me están revolviendo el estómago, así que opto por un té calmante, tostadas y mermelada. Después de comer, me dirijo al lugar donde están los animales. Mi marido, como el padre protector y cariñoso que es, al ver cuánto les gustan los bichos a los gemelos, compró dos ponis, caballos y otros animales.

Cuando llego al área reservada, veo a Ettore y a Lorenzo cabalgando un hermoso semental negro de pelaje brillante. Ambos llevan ropa adecuada para la monta. Martina sostiene a Abby, que

también viste un conjunto infantil de equitación y está aún más adorable. Ella señala al padre y al hermano en el corral.

—Papá y Enzo... —balbucea.

Cuando me acerco, se lanza a mis brazos casi haciéndome perder el equilibrio.

—Travesura, ya eres una señorita, y bastante pesada para andar en brazos. —La apoyo en la cerca y la sostengo, mientras aplaude y grita el nombre del caballo.

—¡Máxi!

—Buenos días, Martina.

—Buenos días, niña. ¿Dormiste bien?

Asiento, aunque noto en su expresión cierta preocupación.
—Pareces algo pálida y tienes ojeras. ¿Te pasa algo?

Mi última batería de análisis indicó que estoy bien, con todas las vitaminas en niveles normales, así que no debería sentirme tan cansada. En realidad, exhausta. ¿Cómo es posible?

—Estoy bien. Tal vez es la ansiedad porque la cena benéfica sea un éxito y logremos recaudar muchos fondos para la ONG. Algunos invitados confirmaron su asistencia, pero aun así me siento inquieta.

—Será un éxito, Lily, estoy segura —me anima. — Llegó una yegua nueva a los establos. Es preciosa. Estaba algo debilitada por los malos tratos de su antiguo dueño, pero desde que el veterinario empezó a cuidarla, está cada día más fuerte — me cuenta. Pienso en cómo puede haber gente tan cruel que maltrate a los animales. Ellos no tienen culpa de nada.

Observo a Ettore y Lorenzo dar la última vuelta. Mi marido entrega a Máximus a uno de los empleados y nuestro hijo saluda al caballo con la mano. Cuando Ettore lo pone en el suelo, el niño corre hacia Martina señalando el lago.

—Buongiorno, piccola — me saluda Ettore al acercarse, dándome un beso rápido en los labios.

—Te amo... papá. — Abby se lanza a sus brazos, rodeándole el cuello y besándole la cara.

Ella es muy celosa con su padre. Aunque sea tranquila, Abby es posesiva y se enfada fácilmente si alguien toca un juguete suyo.

—Papá también te ama, princesa. — Ettore la abraza con ternura y besa su carita.

La pequeña se escapa de sus brazos y corre hacia Martina y Lorenzo, que están mirando a los patos en el lago con la niñera. Un empleado acerca a la nueva yegua de pelaje rojizo para ejercitarla.

—¿Qué tipo de malos tratos sufrió?

—Stella pertenecía a un circo, y como ya estaba vieja y rendía poco, la abandonaron. Estaba muy débil y flaca por el descuido, pero ahora responde bien al tratamiento.

Cuando me doy cuenta, mi rostro está cubierto de lágrimas. Veo la expresión de Ettore, que me observa sin comprender.

—¡Cazzo!¿Qué pasó? ¿Sientes algún dolor, bella mia? — pregunta, preocupado.

Sacudo la cabeza rápidamente, entre sollozos. No sé qué diablos me ocurre, pero imaginar a la pobre yegua sola, hambrienta, sedienta y abandonada, me estrujó el corazón.

—No es nada, solo me entristece su destino.

—Ahora está rodeada de gente que la quiere.

—Sí. Gracias por haberla rescatado.

—Ven aquí, amor. No quiero que llores. Es tuya. — Me seca las lágrimas y me besa con dulzura.

—¿Mía?

—Sí. Ahora podremos cabalgar fuera del dormitorio también. —Guiña un ojo malicioso, arrancándome una sonrisa.

—¿Existe algún momento en que no pienses en picardías, señor Vacchyano?

—Carita de ángel y diablilla en la cama. No te hagas la inocente, piccola. Sabes perfectamente que me encanta cuando me usas como un caballo.

Me sonrojo aún más al notar que uno de los empleados, que se acercaba con la yegua, se aleja discretamente.

—Ettore, un día me vas a hacer desmayar de vergüenza con tus indecencias.

—Entonces será mejor que vayamos a la cama. No queremos público para lo que tengo en mente. — Vuelve a guiñar con picardía y me guía de regreso a la casa.



CAPÍTULO 35

LILY VACCHYANO

El salón está abarrotado y una melodía clásica resuena en el ambiente como si, de algún modo, rindiera homenaje a los invitados. Muchas figuras ilustres de Florencia han acudido, y el evento es, sin duda, un éxito. Entre danzas, conversaciones animadas y platos sofisticados, veo a Belamina acercarse a mí.

—Lily, querida, la cena está siendo un triunfo y la recaudación superará todas las expectativas.

A la hora del banquete, ya estamos acomodados en nuestras mesas. El primer plato llega pronto: un exquisito ravioli relleno de yema de huevo, espinaca y trufa rallada. Apenas lo pruebo, me doy cuenta de cuánto apetito tengo.

—Es uno de los mejores platos que he probado en mi vida.

—Por eso los restaurantes Bellini son tan prestigiosos. Los chefs cuidaron cada detalle del menú. Tu George siempre exigía lo mejor — comenta Ettore.

Me alegra que hable de mi padre sin rencor. ¿Algún día será capaz de perdonarlo por haberlo atado a mí? No me permito seguir con ese pensamiento, porque el siguiente plato ya está frente a mí. Pero, a diferencia de la entrada, este me produce una sensación de pavor. Está bellamente presentado, pero el olor del baccalà alla

vicentina —elaborado con bacalao seco— me resulta insoportable. Mi estómago se revuelve con violencia y siento el sudor frío correr por mi piel.

—Te has puesto pálida de repente.¿Qué sucede?

—Nada... Solo necesito ir al baño —miento, forzando una sonrisa.

Pido permiso y me levanto apresuradamente. Una vez en el tocador, logro recomponerme y controlar la náusea. No regreso al salón; no quiero arriesgarme a otra crisis delante de todos. Prefiero refugiarme en los jardines del suntuoso hotel. Son enormes, con palmeras majestuosas iluminadas por la luna y una pequeña réplica de la Ponte Vecchio. El aire fresco acaricia mi piel y me eriza los sentidos.

Cruzo la réplica de la puente y llego a un rincón oculto, un jardín envuelto en el misterio de la noche. Al alzar la vista, contemplo un helicóptero descender sobre la azotea del hotel. ¿Será alguna celebridad que llega tarde al evento? Aparto la mirada y me concentro en las estrellas. La noche es perfecta. Una fugaz cruza el cielo y cierro los ojos, haciendo un deseo, como papá me enseñó: "Lo que anheles con el corazón, podrás alcanzarlo".

Entonces, escucho pasos detrás de mí. Pienso que es Ettore, que me busca, pero cuando me giro, un escalofrío me recorre la espalda. Mi garganta quiere gritar, pero el sonido se ahoga, atrapado en un nudo de pavor.

Una figura imponente, vestida con una chaqueta de cuero marrón y la cabeza cubierta por una capucha, avanza lentamente sobre la pequeña puente. Su porte emite una advertencia: Mantente lejos. Peligro. Sin embargo, su presencia también desprende un aire de sofisticación. Su cuerpo poderoso exhala una amenaza oscura. Cuando levanta el rostro, el brillo de sus ojos castaños me resulta

dolorosamente familiar. Contengo la respiración hasta que, finalmente, la suelto con angustia.

—Mário... — susurro, sorprendida.

Hace tiempo que no lo veía. La última noticia que tuve de él fue que había abandonado el país. No recuerdo haber visto su nombre en la lista de invitados.

—¿Qué pasó? Desde la apertura del testamento no te veía.

—Lily, luces radiante, como una flor que acaba de abrirse — su expresión es áspera. — Y cómo no, si ahora eres una de las mujeres más ricas de Florencia, mientras yo tuve que luchar por sobrevivir. El tío no fue generoso conmigo en su testamento.

Su voz arrastra un resentimiento tormentoso. Por un instante, casi siento pena por él.

—Lo lamento mucho... Pero dime, ¿cómo te las arreglas? Si necesitas ayuda económica o un empleo, puedo hablar con Ettore, él podría…

Su carcajada me interrumpe.

—¿De verdad crees en esa estupidez? Tu marido me odia. ¿Qué parte de eso aún no entiendes?

—No digas tonterías, Mário. Puede que Ettore tenga un carácter implacable en los negocios, como lo tenía mi padre, pero es un hombre justo y bueno.

—¿Lealtad familiar, Lily? —Se quita la capucha y distingo sus facciones endurecidas, su piel más bronceada y sus líneas faciales marcadas como piedra. —Tu adorado marido me echó de las empresas Bellini como a un perro sarnoso. Y claro, tú lo defiendes... porque estás enamorada de él.

—Es mi esposo, claro que lo amo.

Su risa es corta y seca.

—Le das la espalda a tu único pariente vivo, a tu propia sangre.

—No, estoy ofreciéndote ayuda.

—¿Ayuda? ¡Miseria! Yo crecí creyendo que heredaría las franquicias Bellini. Y de repente todo fue para la hijita inútil y para un marido comprado a última hora — su tono es acusador, como si realmente hubiéramos conspirado contra él y sus ambiciones. — Muchas veces me he preguntado si todo lo que hice valió la pena.

—¿De qué hablas, Mário? Sí, siempre estuve enamorada de Ettore, pero ni en mis sueños más ambiciosos pensé en casarme con él, mucho menos en tener una familia.

Él se acerca demasiado y, por instinto, me alejo. No me gusta el rumbo de la conversación.

—Y para empeorar las cosas, tuviste hijos. Pensé que eras estéril. Deberías haber muerto con esa maldita enfermedad cuando eras niña — su grito de odio me estremece de pies a cabeza.

Sé que ha perdido el control y que puede hacerme daño. Mi instinto me dice que corra, pero no podría superarlo; en dos pasos me alcanzaría. Mis ojos se llenan de lágrimas cuando veo cómo su rostro se transforma en una máscara cruel.

—¿Por qué me dices todo esto? Papá te crió como a un hijo. Si lo decepcionaste, fue tu culpa que cambiara sus planes, no mía. —Mi voz tiembla.

—Siempre tan buena, tan angelical. Ruega por mis pecados, Lily, pero reza aún más para que las sombras no te alcancen. Sería trágico que un ángel tan puro muriera... Tu marido perdería la razón.

Y tus gemelos... — hace una pausa y sonríe de forma aterradora. — Los niños pequeños mueren de tantos accidentes: ahogos, asfixias, descargas eléctricas...

—¡No te atrevas a amenazar a mis hijos o yo...! — No logro terminar, porque me agarra del brazo con una fuerza brutal, como si quisiera romperlo.

—¿O qué? No pudiste salvar a George. ¿Cómo salvarías a esos mocosos? Yo derribé al rey.

Mis pulmones se agitan, mi pecho arde. No quiero creer lo que acaba de insinuar.

—¿Qué estás diciendo...?

Su sonrisa es enfermiza, diabólica. ¿Siempre fue así y nunca lo vi?

—Un ataque fulminante. ¿Quién sospecharía de un hombre con un corazón ya débil? — su voz es venenosa. — George tomaba todos los días sus pastillas. Nadie imaginó que estaban manipuladas, que eran veneno. Cada dosis, una gota de muerte.

—¡Monstruo! ¿Cómo pudiste hacerle eso a mi padre? ¡A nuestra familia! — grito, y las lágrimas me ciegan. Recuerdo cuando me abrazó en el funeral, fingiendo consolarme.

Mário siempre fue un lobo disfrazado de cordero. ¿Y todo por qué? ¿Ambición, dinero, poder? Esos demonios que corrompen el alma.

Lo golpeo en el pecho, pero él me inmoviliza con facilidad. Sus guantes me rozan la piel y lo odio.

—Me das pena, Lily. Tan ingenua. Debería haberte eliminado hace años. — Me toma del cuello, robándome el aire.

El cuero contra mi piel arde como una sentencia. Su amenaza es real.

El eco de la fiesta distante y el silencio del jardín crean el escenario perfecto para el terror.

—Sué...lta...me —susurro, casi sin voz.

Saca algo del bolsillo de su chaqueta. Un olor nauseabundo me golpea: tabaco, humo, cuero y algo más. Una daga plateada, con un rubí incrustado en el mango, brilla bajo la luna. La desliza cerca de mi rostro, sin herirme, solo para asustarme.

Cierro los ojos, con la respiración entrecortada. El miedo me recorre como un tren desbocado.

—Así me gustas: dócil, Lily.

—¿Por qué me confiesas todo esto? ¿No temes que vaya a la policía? Podría pudrirte en la cárcel.

—¿La cárcel? Los muertos no hablan, Lily. ¿Crees que sería tan estúpido? — susurra con un cinismo helado.

De reojo percibo una silueta surgir desde el puente, y entiendo que es mi única oportunidad de escapar. Mário también se da cuenta de que no estamos solos. Instintivamente, lanzo mi rodilla hacia sus partes íntimas. Logra esquivar el golpe, no lo alcanzo de lleno, pero lo suficiente para que me suelte y deje caer el puñal al suelo.

Corro, pero apenas doy dos pasos cuando sus manos crueles me atrapan del cabello y me hacen caer de espaldas sobre el césped. El dolor en el cuero cabelludo me arranca un grito desgarrador.

Mário intenta recuperar la daga que yace entre las hojas del jardín. Distingo el brillo plateado del arma junto a mis pies y, con

todas mis fuerzas, la pateo lejos. Mi tobillo palpita de dolor, y solo entonces me doy cuenta de que debí torcérmelo en la caída.

De pronto, veo a un Ettore furioso irrumpir entre nosotros. Agarra a Mário por la chaqueta y le propina un puñetazo en el estómago que le roba el aire. Luego, un gancho directo a la mandíbula lo hace volar hacia atrás, desplomándose.

—¡Hijo de puta! ¿Entonces te gusta lastimar mujeres?

Mário se reincorpora con una sonrisa confiada, mientras un hilo de sangre resbala de sus labios.

—Solo a la que sé que te hará sangrar, Vacchyano.

—Mantente lejos de mi esposa.

—¿Crees que puedes intimidarme? Ya no soy uno de tus empleaditos en Bellini — escupe con odio.

—Tu suerte fue largarte del país, porque en una de mis auditorías descubrí que estabas desviando dinero de la empresa.

Una carcajada helada de Mário retumba en el jardín.

—¿Dinero? ¿Te refieres al que tú robaste? ¿Te sientes el jefe ahora por haberte vendido para casarte con Lily? Claro, debió encantarte la idea: ser dueño de una empresa millonaria a cambio de acostarte con la niñita inútil de George.

—¡Cierra la maldita boca! — ruge Ettore, abalanzándose sobre él.

Los cuerpos chocan con violencia sobre el césped, y los golpes resuenan con brutalidad. Todo ocurre demasiado rápido, guiado por la ira. Intento incorporarme para pedir ayuda, pero el dolor en mi tobillo me derrumba otra vez. Las lágrimas de

impotencia nublan mi visión y solo consigo gritarles que paren. Parece una eternidad la que llevan peleando.

Finalmente, Ettore le propina una patada en el abdomen y lo advierte con fiereza:

—No te acerques nunca más a Lily. Y si vuelves a amenazar a mi esposa o a mis hijos, te haré pedazos, maldito. Mantente lejos de mi familia, o considérate un hombre muerto.

Mário tose y escupe sangre. Ettore llama a los guardias por el celular y da instrucciones rápidas. Luego se acerca a mí: su ceja sangra y su ropa está desordenada, pero mi primo está mucho peor.

—¿Estás bien, piccola?

—Mi tobillo duele... Creo que me lo torcí.

—Prometo que nunca más volverá a tocarte. Ven, vamos a casa.

Los guardias aparecen por el puente, pero un escalofrío me sacude al ver un movimiento oscuro cerca de nosotros. El recuerdo del puñal me hiela la sangre.

—¡Cuidado, Ettore! — grito, horrorizada.

Él se gira con rapidez, pero no estoy segura de que sea suficiente para detener el ataque traicionero de Mário. Todo sucede en un torbellino de cuerpos, maldiciones y destellos metálicos. Distingo un líquido rojo manchando el suelo, mientras los guardias corren hacia nosotros. La música del evento se corta de golpe, y lo único audible es mi grito desesperado y un disparo seco que rasga el aire nocturno.

Ettore cae al suelo. Veo sus dedos manchados de sangre y corro hacia él, olvidando mi tobillo herido.

—¡Llamen a una ambulancia! —chillo a los guardias. —Ettore, ¿estás herido? —Observo la mancha roja en su camisa mientras me arrodillo junto a él. —No... No me hagas esto. — Las lágrimas empañan mi visión.

—Estoy bien, Lily...

—¡No, estás herido! ¿No lo sientes?

—Mário solo me rozó. — Me muestra el costado ensangrentado—. Tranquila, amor. Esto no le hará bien a nuestro bebé.

—¿Nuestro... bebé? —repito, atónita. Por un segundo, sentí que el mundo se me derrumbaba al verlo caer, ensangrentado.

—Estás embarazada — afirma con seguridad.

—No, yo... —Me detengo, recordando mi cansancio constante y el sueño excesivo. — ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Tu cuerpo cambió — su voz posesiva sale ronca mientras fija la mirada en mi pecho. — Y estás más emotiva. He leído sobre los síntomas, tienes al menos tres. Esta vez estaré contigo en cada paso, amor.

Llevo la mano a mi vientre, preguntándome si Dios volvió a bendecirme.

La voz de Tommaso me saca del estupor:

—Lo siento, jefe. El sujeto está muerto y la policía ya fue avisada. Daré las declaraciones necesarias.

Recuerdo el disparo de hace instantes y miro hacia el césped: Mário yace inmóvil, sin vida. Ahora entiendo a qué se refería Tommaso.

—La ambulancia ya viene — añade.

—No te culpes, Tommaso. Hiciste lo que debías. Ve ahora. Contactaré a mi abogado — ordena Ettore, tomando el teléfono. Una mueca de dolor atraviesa su rostro. —¡Mierda! Solo es un rasguño, pero arde como el infierno.

—Quédate quieto o sangrarás más. — Con decisión, arranco un trozo de mi vestido y lo presiono contra la herida.

—Qué mandona.

—No más que cierto italiano.

Una sonrisa fugaz cruza sus labios mientras Tommaso se aleja. Ettore contacta a su abogado y relata lo sucedido.

Miro hacia el cuerpo de Mário. Papá seguramente percibió la ambición desmedida en su corazón, por eso cambió sus planes. Pero no llegó a descubrir a tiempo que mi primo se volvería un monstruo capaz de asesinarlo.

Un llanto seco y desgarrador brota de mí. Papá podría estar vivo y conocer a sus nietos. Recuerdo su fe ciega cuando el médico dijo que yo nunca podría concebir: "Ese viejo necesita jubilarse. Me darás muchos nietos, Lily, y serás mi alegría en la vejez. El apellido Bellini vivirá por generaciones en tu vientre". Yo sonreí, aunque por dentro estaba rota.

Regreso al presente al sentir los brazos de Ettore rodeándome.

—No puedo decir que lo lamento, querida. Mário estaba perdido —me susurra, dándome calor y consuelo.

—No lloro por él — aclaro, entre sollozos. — Lloro porque fue él quien mató a mi padre. Lo envenenó, cambiando sus medicinas diarias, hasta causarle el infarto. Todo por ambición.

—Lo siento, Lily. George era un buen hombre.

Ettore me abraza con más fuerza, y yo me dejo arrastrar por el llanto. No sé si es por la tormenta de hormonas o por la verdad recién revelada, pero la pérdida me desgarra el alma.

Solo cuando los paramédicos llegan a atendernos me percato de la multitud de curiosos en el jardín. Aunque Ettore insiste en que regrese a casa, me niego. Permaneceré a su lado, como siempre. Mi corazón está unido al suyo, y lo estará por toda la eternidad.



EPÍLOGO

LILY VACCHYANO

Un año y algunos meses después

La brisa de la mañana trae consigo el frescor del mar Mediterráneo en la isla de Sicilia. La mansión está llena de movimiento, pues hoy recibiremos a toda nuestra familia. A lo lejos, escucho el ir y venir de los empleados organizando cada detalle con impecable precisión. Doña Eleonora llegó anoche y seguramente está con los gemelos. Ella está loca por los nietos, es una abuela presente y se convirtió en una madre para mí, al igual que Martina. Elena llegará pronto con su esposo; esperan a su primer hijo y están radiantes con la noticia, así como todos en la familia.

Giovanni, en cambio, sigue soltero, desfilando con distintas novias y siendo portada en algunos tabloides. Hace seis meses Ettore lo nombró vicepresidente de la Vacchy. A pesar de sus excesos con mujeres, es responsable y comprometido con el trabajo. Llegó temprano esta mañana y, después del desayuno, él y Ettore se encerraron en el despacho para hablar de negocios, seguramente.

Casi es mediodía cuando termino de arreglarme. Elijo un mono largo color crema. Me observo en el espejo: mi cabello rubio está suelto y llevo un maquillaje ligero. Me siento increíble, aunque aún estoy perdiendo el exceso de peso de mi último embarazo. Tener a mis bebés conmigo es una bendición. Amo ser madre, y

Ettore adora a los niños. Aunque la llegada de los trillizos fue una sorpresa total, esta vez supe que él estaría a mi lado en cada paso de ese camino. Nuestra familia creció, y aunque casi todos los días la casa está llena de llantos y risas de bebés, yo amo esta atmósfera hogareña, después de una infancia solitaria y sin amigos por culpa del tratamiento de mi enfermedad. El estigma y el prejuicio me llevaron a aislarme.

El llanto de uno de los trillizos me lleva hasta su habitación, decorada en azul y con temática de baloncesto. Obviamente, fue idea de su padre, que ya mandó construir una cancha en la villa para que los pequeños jueguen algún día. Al entrar, veo a Martina acunando a George, mientras Dante y Zeno duermen plácidamente en la cuna. Son idénticos, por eso cada uno lleva una pulsera con la inicial de su nombre, aunque también empiezo a notar sus personalidades. Tienen apenas cinco meses, pero ya muestran carácter.

—Es hora de dormir, mi niño — murmura Martina con ternura, como una verdadera abuela.

Ella es la madre que Dios puso en mi camino: estuvo conmigo en los momentos más difíciles y también en los felices, nunca me abandonó.

—¿Qué sucede? — pregunto, porque los trillizos suelen seguir su rutina y es la hora de la siesta.

—No te preocupes, niña. Vine a cambiarle el pañal a George, pero ahora se niega a volver a la cuna y solo quiere brazos. Quédate tranquila, yo me ocupo. Elena acaba de llegar con su marido — me informa mientras intenta lidiar con el dramatismo de George.

George es el más llorón, Dante el pequeño líder y Zeno el más tranquilo. Mi familia lo es todo para mí. ¿Quién dijo que los milagros no existen? Yo pensé que nunca podría concebir, pero Dios me bendijo con cinco hijos junto al amor de mi adolescencia. Esta es

la familia que tanto anhelé en mi corazón. Beso a mis pequeños que siguen sumidos en un sueño sereno.

—Gracias, Martina.

Cuando regreso a mi habitación, encuentro a Ettore sentado en la cama con un periódico en las manos. Su expresión refleja satisfacción.

—Lily, amor. —Se levanta y viene hacia mí. — Dario está preso. Lo atraparon en España, acusado de fraude fiscal. Congelaron sus cuentas y pronto irá a juicio.

Me alegra que ese hombre, que engañó a Giovanni en la sociedad y robó dinero a los socios, esté tras las rejas. Ettore me contó cómo sucedió todo y cómo papá propuso nuestro matrimonio para evitar un proceso contra Giovanni. Aunque entiendo sus razones, a veces me siento culpable. Y aunque no dudo del amor de Ettore, en mi corazón siempre late la duda: ¿podrá algún día perdonar a papá por lo que hizo? En el fondo, sé que no fue por maldad. Papá solo quería verme feliz con el hombre al que amaba, aunque eligió un camino nada honroso para lograrlo.

—Me alegra mucho, Ettore. Sé cuánto ansiaban justicia tú y Giovanni.

Me abraza, pero mi cuerpo se tensa en sus brazos. Me aparto y camino hacia la terraza. No quiero que note la tristeza en mis ojos. Siempre me atormenta pensar que mi felicidad nació de la decisión de papá y que quizá Ettore nunca lo perdone. Tal vez siempre llevaré esa incompletitud en el alma.

La brisa del mediodía acaricia mi rostro. Cierro los ojos, y pronto siento la presencia firme de mi marido detrás de mí. Su perfume delicioso me embriaga. Me envuelve en sus brazos y besa mi mejilla. Una lágrima se desliza por mi cara.

—Lily, querida, ¿dije algo que te molestó?

—No es eso, Ettore... Solo me pregunto si algún día podrás perdonar a mi padre por la chantaje. Sé que lo odias... y quizás nunca lo hagas.

—¡Santo cielo! ¿Crees que no lo perdoné por haberme entregado su tesoro más precioso?

Me gira suavemente para mirarme a los ojos y seca mis lágrimas con ternura. Sus iris color whisky brillan llenos de amor.

—No llores, piccola. Me duele verte triste. Yo no sabía cuánto necesitaba tu amor hasta que lo probé y lo llevé en mi sangre.

—Entonces... ¿lo perdonaste?

—Ya lo hice. Tenía razón: fue tan fácil amarte.

Sus palabras derriten mis miedos.

—Nunca te lo dije, pero esa duda me atormentaba — susurro. — . Gracias por hacer realidad todos mis sueños y por soñar conmigo. ¿Ya te dije cuánto te amo?

—Yo te amo más, mi dulce Lily. Bella mia, no concibo mi vida sin ti.

Su boca busca la mía en un beso ardiente que me roba el aire. Lanzo un pequeño gemido cuando me toma en brazos y me lleva a la cama. El deseo feroz en su mirada me estremece, encendiendo cada fibra de mi cuerpo.

—Eres deliciosa, piccola. Estoy ardiendo por estar dentro de ti —gruñe con lujuria, mientras baja el cierre de mi mono con impaciencia. Sus manos fuertes recorren mi piel y me hacen temblar de ansias.

—Ettore, no podemos. El almuerzo ya debe estar servido y los invitados nos esperan — intento razonar.

—Ellos comprenderán. Tenemos trillizos — replica con picardía, devorándome con la mirada.

—Qué mentiroso... — lo provoco dulcemente, rindiéndome a su juego.

Me tumba en el colchón y se deshace lentamente de la corbata, observándome con hambre.

—Soy yo quien necesita, piccola. ¿Me quieres dentro de ti? — susurra, ronco.

—Oh, sí... por favor — mi súplica apenas se oye.

—Tus deseos son órdenes, señora Vacchyano.

Nuestros cuerpos se funden en un torbellino de sensaciones y placer arrebatador.



Bajamos más tarde, cuando todos ya están reunidos en el jardín. William, Elena y Giovanni charlan bajo la sombra de un pérgola. El clima es fresco y la vista al mar, esplendorosa. Nos unimos a ellos. Mi cabello húmedo y mis mejillas encendidas delatan el motivo de nuestra tardanza.

Abby y Lorenzo corren felices hacia su abuela, que los espera en un columpio. Ettore me rodea con un abrazo y besa mi cabeza. Yo sonrío, enamorada, segura de que en sus brazos siempre tendré refugio.

Doy gracias a Dios por la familia que me regaló y por este amor verdadero. Aunque todo comenzó con una chantaje, floreció la

más dulce de las promesas. Y sé que durará hasta el fin de los tiempos.

FIN



AGRADECIMENTOS

Al creador del universo, por una obra más concluida;
A las personas especiales que encuentro en mi vida;
A los lectores nuevos y antiguos, que disfrutan de mi trabajo;
A mis amigas, que siempre me incentivan y me apoyan. ¡Las amo! :)

Si disfrutan de mi trabajo, les pido que dejen su valoración, pues es muy importante. Si desean dejar su feedback, búsquenme en las redes sociales o en el grupo de la autora. Será un enorme placer tenerlos allí, emocionándose y disfrutando conmigo.

¡Los espero!

Mi Instagram: clic aquí.


AUTORA DE ROMANCES • AUTORA DE ROMANCES • AUTORA DE ROMANCES • AUTORA DE ROMANCES •
Lady
BW